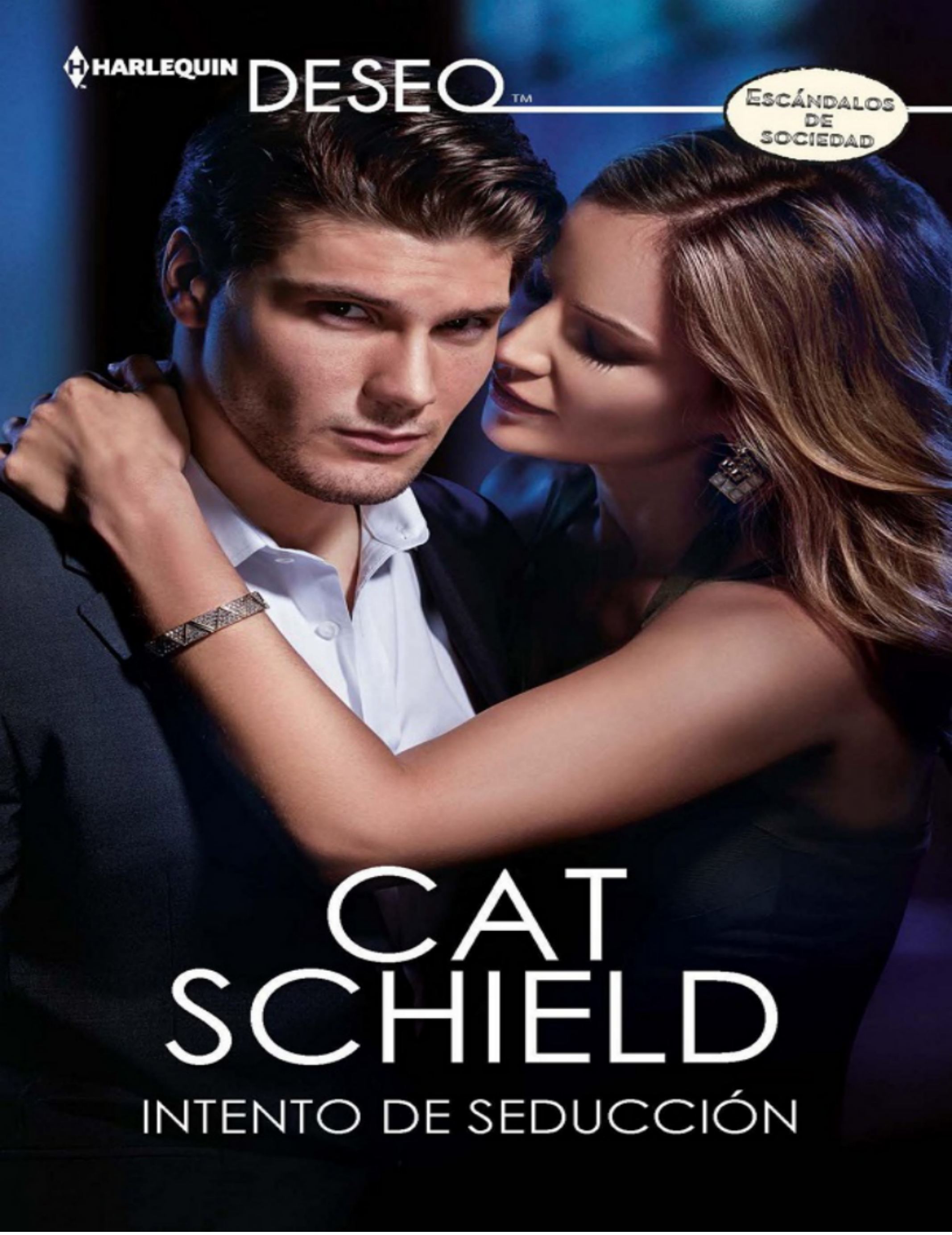

HARLEQUIN
DESEO™
ESCÁNDALOS DE SOCIEDAD
CAT SCHIELD
INTENTO DE SEDUCCIÓN

DESEO

CAT SCHIELD

Intento de seducción



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Intento de seducción, n.º 162 - febrero 2019
Título original: Substitute Seduction
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-528-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

–Tenemos que desquitarnos de Linc, Tristan y Ryan. Los tres necesitan una lección.

Cuando Everly Briggs decidió que asistiría a un acto que se llamaba «Las mujeres hermosas toman las riendas», indagó quién iba a asistir y se fijó en dos mujeres que le pareció que podían estar dispuestas a participar en su plan para hundir a tres de los hombres más influyentes de Charleston, Carolina del Sur.

Las habían pisoteado a las tres. Linc Thurston había roto su compromiso con London McCaffrey y Zoe Crosby acababa de pasar por un divorcio espantoso, pero lo que Ryan Dailey le había hecho a Kelly, la hermana de Everly, no tenía nombre.

–No sé cómo podría vengarme de Linc sin que saliera escaldada –comentó London mordiéndose el labio pintado de color coral.

–Tiene razón –Zoe asintió–. Hagamos lo que hagamos, acabaremos pareciendo las malas.

–No si cada una… persigue al hombre de otra –replicó Everly con cierta emoción al ver que las otras mujeres mostraban curiosidad–. Pensadlo. Somos unas desconocidas en un cóctel. ¿Quién iba a relacionarnos? Yo persigo a Linc, London persigue a Tristan y Zoe persigue a Ryan.

–Cuando dices «perseguir» –Zoe titubeó un poco–, ¿en qué estás pensando?

–Todo el mundo tiene trapos sucios, sobre todo, los hombres poderosos. Solo tenemos que averiguar cuáles son los peores que tienen ellos y airearlos.

–Me gusta la idea –comentó London–. Linc se merece sentir algo del dolor y humillación que he soportado desde que rompió nuestro compromiso.

–Cuenta conmigo también –añadió Zoe asintiendo con la cabeza.

–Fantástico –Everly levantó la copa, pero solo mostró una parte de toda la alegría que sentía–. Brindo para que paguen.

–Que paguen –repitió London.

–Que paguen –concluyó Zoe.

Capítulo Uno

La fiesta de celebración del décimo aniversario de la Fundación Dixie Bass-Crosby estaba en su apogeo cuando Harrison Crosby pasó por debajo de la lámpara de cristal de Baccarat que colgaba del altísimo techo del vestíbulo de la mansión reformada. Tomó una copa de champán de la bandeja de una camarera, cruzó el vestíbulo de mármol y columnas y llegó al salón de baile, donde había un cuarteto de cuerdas que tocaba en un rincón.

Hacía treinta años, Jack Crosby, el tío de Harrison, había comprado la histórica plantación Groves, a unos cincuenta kilómetros de Charleston, para que esas cuarenta hectáreas de terreno fuesen la sede central de Crosby Motorsports.

En aquella época, la mansión de 1850 estaba en un estado lamentable y estaban a punto de derribarla cuando Virginia Lamb-Crosby y Dixie Bass-Crosby, la madre y la tía de Harrison respectivamente, pusieron el grito en el cielo. La familia Crosby, en vez de derribarla, metió un montón de dinero para restaurarla minuciosamente y hacerla habitable. El resultado fue una obra de arte.

Aunque Harrison había asistido a docenas de actos benéficos para financiar la fundación familiar, ese torbellino social le aburría. Prefería donar el dinero y ahorrarse todo el boato. Aunque su madre y su tía reivindicaban la fortuna y las relaciones ancestrales de la familia Crosby, él no tenía nada que ver con la élite de Charleston y prefería los caballos de potencia que había debajo del capó de su Ford que los caballos del campo de polo.

Por eso, pensaba limitarse a saludar a su familia, a charlar lo menos que pudiera y a salir corriendo de allí. Solo quedaban tres carreras para terminar la temporada y tenía que concentrarse física y mentalmente para prepararlas.

Vio a su madre y fue a saludarla. Estaba hablando con una joven que no reconoció. Al acercarse, se dio cuenta del error que había cometido. La preciosa rubia que estaba con su madre no llevaba anillo en la mano izquierda y su madre siempre quería endosarle a

cualquier mujer que le pareciera aceptable. Ella no entendía que su profesión de piloto le exigía todo el tiempo y energía que tenía… o sí lo entendía y esperaba que una esposa y una familia lo convencieran para que lo dejara todo y sentara la cabeza.

Estaba a punto de desviarse cuando Virginia «Ginny» Lamb-Crosby lo vio y esbozó una sonrisa triunfal.

–Aquí está mi hijo –Virginia alargó una mano para atraerlo–. Sawyer, te presento a Harrison. Harrison, te presento a Sawyer Thurston.

–Encantado de conocerte –Harrison frunció el ceño–. Thurston…

–Soy hermana de Linc Thurston –le explicó Sawyer, quien ya estaba acostumbrada a tener que explicar su relación con el famoso jugador de béisbol.

–Claro…

Su madre intervino antes de que él pudiera decir algo más.

–Sawyer es de la Sociedad para la Conservación de Charleston y estábamos hablando de las visitas por casas históricas que hacen en vacaciones. Quiere saber si este año pensamos abrir la casa de Jonathan Booth. ¿Qué te parece?

Ese era el tipo de sandeces que le espantaban. Ginny Lamb-Crosby haría lo que quisiera independientemente de la opinión de los demás.

–Creo que deberías preguntárselo a papá porque también es su casa –murmuró Harrison mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Harrison hizo un par de comentarios de cortesía, fingió que tenía que decirle algo a alguien y se disculpó. Mientras recorría el salón de baile sonriendo y saludando a los conocidos, se fijó en una mujer muy hermosa que llevaba un vestido azul cielo. El pelo color miel le caía como una cascada sobre los hombros y mostraba un resplandeciente pendiente. La habitación estaba repleta de mujeres hermosas, pero esa rubia de ojos grandes y labios rosas le llamó la atención porque tenía el ceño fruncido, no sonreía ni parecía divertirse. Ni siquiera parecía escuchar a la morena más baja, más rellena y con una belleza más clásica, que la acompañaba.

Parecía interesada por… Siguió su mirada y se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a Tristan, su hermano. Eso debería haberlo disuadido. No tendría nada que ver con un descarte de su hermano por nada del mundo. Sin embargo, esa mujer le despertaba algo más que curiosidad. Sentía una necesidad apremiante de comprobar si esos labios eran tan dulces como parecían, y hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así.

Dio la espalda a esa belleza y se dirigió hacia donde estaba su tía con un grupo de personas al lado de una pantalla de televisión muy grande que proyectaba el vídeo promocional de la Fundación Dixie Bass-Crosby. La fundación, además de ayudar a familias con hijos enfermos, financiaba programas educativos centrados en la alfabetización. Su tía había donado unos diez millones de dólares.

Aunque estuvo charlando con su tía, su tío y ese grupo de personas, su atención volvió hacia la rubia con el vestido azul. Cuanto más la observaba, más distinta le parecía de las mujeres que solían atraerle. Era igual de hermosa, pero no era una chica chispeante que fuera de fiesta en fiesta. Su madre le daría el visto bueno.

Cuanto más la miraba, más constreñida le parecía. No en un sentido sexual, como si no fuese a reconocer un orgasmo aunque lo tuviese delante de las narices, sino en un sentido que indicaba que toda su vida era como una camisa de fuerza. Podría haberse olvidado de ella de no haber sido por lo interesada que estaba por Tristan.

Tenía que averiguar quién era y fue a buscar a su tío. Bennet Lamb lo sabía todo de todos y se dedicaba a la compraventa de habladurías como otros compraban y vendían acciones, inmuebles u obras de arte. Lo encontró rodeado de gente cerca de la barra.

–¿Tienes un segundo? –le preguntó Harrison mientras miraba alrededor para comprobar que su presa no se había escapado.

–Claro –contestó Bennet.

Los dos se retiraron unos pasos y Harrison le señaló a la mujer que le interesaba.

–¿Sabes quién es?

Bennet miró con un brillo burlón en los ojos en la dirección que le había señalado Harrison.

–¿Maribelle Gates? Se prometió hace poco con Beau Shelton. Es de buena familia. Consiguieron conservar la fortuna a pesar de algunos consejos desastrosos de Roland Barnes.

Harrison maldijo para sus adentros el verbo «prometerse». ¿Por qué estaba tan interesada en Tristan si no estaba libre? Quizá estuviese engañando a su prometido… Siguió preguntando para que su tío no pensara que le interesaba una mujer prometida.

–¿Y la morena?

–Maribelle Gates es la morena –Bennet comprendió adónde quería llegar su sobrino y sacudió la cabeza–. Ya, te interesa la rubia. Esa es London McCaffrey.

–London… –paladeó su nombre y le gustó su sabor–. Su nombre

me suena.

–Estuvo prometida con Linc Thurston durante dos años.

–Acabo de conocer a su hermana.

Harrison volvió a observar a London mientras su tío siguió hablando.

–Él rompió hace poco el compromiso. Nadie sabe por qué, pero se rumorea que se acuesta con su empleada doméstica –explicó Bennet con una sonrisa maliciosa.

Harrison hizo una mueca de desagradado. Miró a la esbelta rubia y se preguntó qué tornillo habría perdido Linc para dejarla escapar.

–No parece de los que persiguen a la empleada doméstica…

–Nunca se sabe.

–¿Y por qué está todo el mundo convencido de que se acuesta con ella?

–«Convencido» es mucho decir. Digamos que es una conjetura. Linc no ha salido con nadie desde que rompió con London. Nadie ha rumoreado nada sobre otro… idilio y, según he oído, es una viuda joven con un hijo pequeño.

Harrison dejó a un lado la habladuría y volvió a centrarse en la mujer que le interesaba. Cuanto más aventuraba Bennet sobre los motivos de Linc para que rompiera con London, menos le gustaba que ella mostrara interés por su hermano. Ella se merecía algo mejor. Tristan siempre había tratado mal a las mujeres, como lo demostraba su comportamiento durante el reciente divorcio de su esposa desde hacía ocho años. No solo la había engañado desde que se casaron, también había contratado a un abogado matrimonialista sin escrúpulos y Zoe había acabado casi sin nada.

–Si lo que quieres es salir con alguien, me gustaría proponerte…

Harrison no escuchó a su tío y siguió dándole vueltas en la cabeza a London McCaffrey.

–¿Está saliendo con alguien en este momento? –preguntó Harrison interrumpiendo lo que estuviese diciendo su tío.

–¿Ivy? No lo creo.

–No –Harrison se dio cuenta de que no había estado prestando atención a su tío–. London McCaffrey.

–No te acerques a ella –le advirtió Bennet–. Su madre es de lo peor. Fue un personaje de la alta sociedad de Nueva York que cree que tener mucho dinero, y quiero decir mucho dinero, le abrirá las puertas de lo más selecto de Charleston. Sinceramente, esa mujer es una amenaza.

–No me interesa salir con su madre.

–London es igual de arribista. ¿Por qué si no crees que persiguió a Linc Thurston?

–Evidentemente, no crees que estuviese enamorada de él –contestó Harrison en tono irónico.

Sabía muy bien lo elitista que podía llegar a ser la vieja guardia de la alta sociedad de Charleston. Su propia madre había defraudado a su familia al casarse con un hombre de Carolina del Norte que solo tenía sueños y ambición. Él no había entendido los matices de la relación de su madre con su familia y, además, le había dado igual. Lo único que había querido toda su vida había sido retocar coches y conducir deprisa.

Su padre y su tío habían sido mecánicos antes de invertir en la primera tienda de repuestos de automóviles. Cinco años después, los dos tenían una cadena de tiendas por todo el país. Si bien Robert «Bertie» Crosby, su padre, era feliz llevando el timón y dirigiendo el crecimiento de la empresa, Jack, su tío, intentó cumplir el sueño de pilotar coches de carreras.

Para cuando él tuvo edad de poder conducir, su tío ya había conseguido que Crosby Motorsports fuese un equipo ganador. Tristan, como sus hermanos mayores, había entrado en la empresa familiar para no ensuciarse las manos, pero él adoraba cada mancha de polvo y grasa que le adornaba la piel.

–Lo persiguió porque sus hijos llevarían el apellido Thurston –siguió su tío.

Harrison lo meditó. Era posible que London lo hubiese catalogado por su posición social, pero también era posible que hubiese estado enamorada. En cualquier caso, no lo sabría con certeza si no llegaba a conocerla.

–¿Por qué te interesa tanto? –le preguntó Bennet sacándolo del ensimismamiento.

–No lo sé.

No podía decirle a su tío que le intrigaba y le preocupaba el interés de London por su hermano. Durante los dos últimos años, había estado muy preocupado por el constante deterioro de su matrimonio con Zoe. Aun así, no había hecho caso de los rumores sobre las aventuras de su hermano aunque reconocía que Tristan tenía un lado oscuro y una tendencia a ser despiadado. Le remordía la conciencia que Zoe hubiese desaparecido del mapa después haberse separado de Tristan. Al principio, no había querido meterse en lo que parecía que iba a ser un divorcio muy desagradable, pero le habría gustado ser un cuñado mejor.

–¿Sabes a qué se dedica London? –le preguntó a su tío para

volver al asunto que le ocupaba.

–Tiene una empresa de organización de todo tipo de festejos –contestó Bennet con un suspiro.

–¿Ha organizado este?

Harrison estaba empezando a tener una idea.

–No. Casi todo lo había hecho Zoe…

Bennet tampoco estaba cómodo al hablar de su exsobrina política.

–Creo que voy a presentarme a London McCaffrey –comentó Harrison.

–No te sorprendas si no le interesas.

–La mitad de mi pedigrí es muy aceptable –replicó Harrison guiñándole un ojo.

–Ella no se conformará con eso.

London McCaffrey estaba con Maribelle Gates, su mejor amiga, y no dejaba de mirar al hombre alto e imponente al que se había propuesto hundir en los próximos meses. El exmarido de Zoe Crosby era muy guapo, pero sintió un escalofrío al ver su mirada gélida y el gesto mordaz de sus labios. Según lo que había investigado sobre él, sabía que había sido implacable con su esposa y que la había dejado sin casi nada después de ocho años de matrimonio.

Tristan Crosby, además de haber engañado a Zoe durante su matrimonio, había falseado pruebas para demostrar que la infiel había sido ella y que había incumplido el contrato prematrimonial. Zoe había tenido que gastarse decenas de miles de dólares para rebatirlo y se había gastado lo estipulado en el convenio de divorcio. Un convenio que se basaba en la información sobre la situación económica de su marido y que indicaba que estaba hipotecado y muy endeudado.

El abogado de Zoe sospechaba que Tristan había constituido sociedades pantalla en el extranjero que le permitían ocultar dinero y no pagar impuestos. No era nada raro ni ilegal, pero era difícil seguir el rastro de esos documentos.

–Caray, ese hombre no está nada mal cuando se arregla –comentó Maribelle sin disimular lo impresionada que estaba–. Además, ha estado mirando hacia aquí desde que llegó –le dio un codazo a London–. Sería fantástico que le interesaras…

London dejó escapar un suspiro de desesperación y se giró hacia su amiga para repetirle por enésima vez que no se le pasaba por la cabeza tener una relación amorosa. Entonces, comprobó que se

trataba de Harrison Crosby, el hermano pequeño de Tristan.

Era el favorito de los circuitos de carreras gracias a su cuerpo largo y esbelto y a su atractivo rostro, pero para ella era poco más que un niño bien. Zoe le había contado que a su excuñado le gustaban los coches veloces, las mujeres guapas y todo lo que les gustaba a los machitos del sur.

–No es mi tipo –replicó London antes de volver a concentrarse en su objetivo.

–Cariño, yo te quiero –Maribelle arrastró las palabras el estilo sureño–, pero deberías dejar de ser tan melindrosa.

London sintió que el resquemor se adueñaba de ella, pero no lo demostró. Desde que su madre le dio una bofetada por armar jaleo durante la fiesta de su sexto cumpleaños, había decidido que tenía que aprender a disimular sus sentimientos si quería sobrevivir en la familia McCaffrey. A los veintiocho años, era casi imposible saber lo que sentía.

–No soy melindrosa, soy realista.

Él no era el hermano Crosby que le interesaba y no iba a dedicarle ni un segundo de su tiempo.

–Eso es lo malo –se lamentó Maribelle–. Siempre eres realista. ¿Por qué no te dejas llevar alguna vez y te diviertes?

Maribelle, por amabilidad o compasión hacia su amiga, no dijo nada sobre el último intento fracasado de London para subir en la escala social de Charleston. Ya había oído bastante de su madre. Cuando London empezó a salir con alguien de una de las familias más antiguas de Charleston, su madre lo había recibido como la victoria social que había estado persiguiendo desde que se casó con Boyd McCaffrey, consejero delegado de una cadena de restaurantes, y había abandonado su adorada Nueva York para irse a Connecticut. Más tarde, cuando el padre de London aceptó un empleo mejor y se mudaron a Charleston, la situación de Edie Fremont-McCaffrey empeoró considerablemente.

Cuando llegaron, Edie dio por supuesto que sus relaciones en Nueva York, su fortuna y su estilo serían más que suficientes para que la flor y nata de Charleston le abriera las puertas de par en par. Sin embargo, acabó dándose cuenta de que el apellido y los ancestros importaban más que algo tan vulgar como el dinero.

–No es que no quiera divertirme –replicó London–, es que no sé si me interesa el tipo de diversión de Harrison Crosby.

¿No parecería el tipo de mojigata aburrida que había dejado que el guapo y rico Linc Thurston se le hubiese escapado entre los dedos? Se le encogió el corazón. Aunque ya no creía que estuviese

enamorada de Linc, había estado dispuesta a casarse con él. Sin embargo, ¿lo habría hecho? No tenía nada claro qué relación tendrían en ese momento si no se hubiese roto el compromiso.

–¿Cómo sabes qué tipo de diversión le gusta a Harrison Crosby? –le preguntó Maribelle para devolver a London al presente.

Se mordió el labio inferior porque no podía explicarle a su amiga que había estado investigando a la familia Crosby. Solo había tres personas que sabían el plan que habían trazado para vengarse de los hombres que las habían agraviado. Lo que Everly, Zoe y ella estaban haciendo no tenía por qué ser ilegal, pero si las descubrían, la represalia podría ser atroz.

–Es piloto de coches –contestó London como si eso lo explicara todo.

–Y es impresionante…

London pensó en todas las fotos que había visto de él. Tenía el pelo moreno y rizado y barba incipiente, llevaba vaqueros y camiseta o el mono azul de piloto con anuncios de patrocinadores desde los pies a la cabeza, lucía la sonrisa y la seguridad en sí mismo de quien sabía que todo le salía bien.

–Será si te gustan desaliñados y rudos –añadió London, a quien no le gustaban así.

–A mí me parece elegante y refinado…

Él tono de Maribelle le picó la curiosidad y desvió lentamente la mirada en su dirección.

El Harrison Crosby de las fotos no se parecía en nada a ese hombre con un traje gris oscuro hecho a medida que le resaltaba la amplia espalda y las estrechas caderas. Sus hormonas reaccionaron con una intensidad inusitada. Estaba perfectamente afeitado y tan elegante que podría haberse bajado de una pasarela. Había desdeñado al chico duro vestido con el mono de piloto y no había captado al atractivo de un hombre seguro de sí mismo.

–Efectivamente, no está nada mal cuando se arregla –reconoció London desviando la mirada para que él no la sorprendiera mirándolo.

–Viene hacia aquí –dijo Maribelle con la voz destemplada.

A London se le aceleró el pulso mientras se deleitaba con su elegancia.

–Domínate –murmuró London, aunque no supo si se lo dijo a su amiga o a sí misma.

–Buenas noches –él tenía una voz grave y profunda como el ronroneo de un gato–. Soy Harrison Crosby, sobrino de Dixie Bass-Crosby.

–El número veinticinco –London se quedó boquiabierta por el tono casi infantil de Maribelle–. Esta temporada estás haciendo una segunda mitad muy buena. Yo soy Maribelle Gates.

Él esbozó media sonrisa muy sexy.

–¿Sigues las carreras? –le preguntó Harrison.

London, mientras él tenía esos ojos azules como el mar clavados en Maribelle, lo miró con espanto. Su cuerpo estaba reaccionando a su cercanía de una manera muy desconcertante.

–Sí –contestó Maribelle–. Mi prometido y yo somos muy aficionados.

London empezó a sentirse como la tercera en discordia mientras su mejor amiga hacía alarde de unos conocimientos asombrosos sobre las carreras de coches. Si bien habían sido amigas íntimas desde que se conocieron en el exclusivo colegio privado al que habían ido, siempre había habido algunas diferencias entre las dos.

Las dos eran de familias adineradas, pero la de Maribelle tenía la categoría social que le había permitido entrar en los círculos que habían cerrado las puertas a London y su familia. Ambas eran hermosas, pero Maribelle siempre había tenido que luchar contra su peso y eso había hecho que se sintiera menos segura sobre su aspecto. Sin embargo, la mayor diferencia era que London siempre había sido la que había tenido más éxito a pesar de su falta de posición social… hasta ese momento.

–¡Oh! –exclamó Maribelle como si se hubiese dado cuenta de repente de que había marginado a London–. He sido muy grosera al monopolizarte. Te presento a London McCaffrey.

–Encantada de conocerte.

Sin embargo, estaba muy molesta por la falta de interés de él y no lo decía del todo en serio.

–Lo mismo digo –Harrison miró alternativamente a las dos mujeres–. Parece que lo sabéis todo sobre mí… ¿Qué hacéis vosotras?

–Yo estoy organizando la boda –contestó Maribelle con una risita absurda.

London tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco y Harrison esbozó una sonrisa condescendiente.

–Me imagino que es un trabajo muy… arduo.

London se mordió el labio inferior para no resoplar en tono de burla.

–Yo tengo una empresa que organiza festejos –explicó London en un tono bastante agresivo.

Sintió que se le acaloraban las mejillas al oír su propio tono. ¿De

verdad estaba compitiendo con su amiga prometida por un hombre que ni siquiera le interesaba?

–¿Estás organizando su boda?

London miró a su amiga mientras negaba con la cabeza.

–No.

–¿No es tu… especialidad? –preguntó él demostrando perspicacia.

–Organiza sobre todo actos benéficos y corporativos –intervino Maribelle con una sonrisa tan dulce que fue como una puñalada en el corazón de London.

–Vaya, es una pena –London sintió un hormigueo en las manos cuando Harrison la miró a los ojos–. Mi hermano cumple cuarenta años el mes que viene y quería organizarle una fiesta. Sin embargo, no sé ni por dónde empezar. Supongo que no te gustaría ayudarme…

–Yo…

Su primer impulso fue rechazarlo, pero había estado buscando la manera de entrar en la órbita de Tristan y organizar su cumpleaños sería un paso enorme en esa dirección.

–No suelo organizar festejos personales, pero me encantaría reunirme contigo para hablar del asunto –terminó ella.

London sacó una tarjeta del bolso y se la entregó a él.

–London McCaffrey –leyó él–. Propietaria de ExcelEvent. Te llamaré –entonces, esbozó una sonrisa arrebatadora–. Encantando de conoceros a las dos.

London no pudo apartar la mirada de su espalda durante unos segundos. Cuando volvió a mirar a Maribelle, su amiga tenía una sonrisa burlona.

–¿Qué te había dicho? Necesitas divertirte un poco.

–Es un trabajo –London recalcó cada palabra para que Maribelle no interpretara mal la reunión–. Está buscando a alguien que le organice la fiesta de su hermano y por eso le he dado la tarjeta.

–Claro –los ojos color avellana de Maribelle dejaron escapar un destello–. Lo que tú digas, pero creo que lo que necesitas es que alguien te haga olvidar lo que pasó entre Linc y tú y, en mi no muy modesta opinión, él –señaló la figura que se alejaba– es el hombre perfecto para ese cometido.

Todo lo que ella había leído sobre Harrison decía que le gustaba hacerse el duro y que la relación sentimental más larga le había durado poco más de un año. Ella había decidido que su próximo idilio sería con un hombre serio, alguien con quien tuviese muchas cosas en común.

–¿Por qué lo crees? –le preguntó London sin poder entender el razonamiento de su amiga–. Que yo sepa, es como Linc: un atleta con todas las mujeres que quiera a su disposición.

–Es posible que esté buscando la mujer indicada para sentar cabeza… –Maribelle había cambiado de opinión sobre los hombres y el amor desde que había empezado a salir con Beau Shelton–. ¿No puedes darle una oportunidad?

London suspiró. Maribelle y ella habían tenido esa conversación infinidad de veces, siempre que su amiga intentaba endosarle a uno de los amigos de Beau. Si aceptara, quizá Maribelle dejara de incordiarle.

–No estoy preparada para salir con nadie.

–No lo plantees así –replicó Maribelle–, tómatelo como si pasaras el rato con alguien.

Como ella ya estaba pensando lo que tenía que hacer para que Harrison la llevara hasta Tristan, podía prometer eso sin ningún problema.

–Le daré una oportunidad a Harrison Crosby si así dejas de darme la tabarra –concedió London disimulando la satisfacción por matar dos pájaros de un tiro.

Capítulo Dos

Harrison pasó más de los veinte minutos habituales en el cuarto de baño del ático con vistas al río Cooper mientras se preparaba para la reunión con London McCaffrey. Hacía un año había salido una temporada con una mujer que le había dado algunas indicaciones sobre detalles… cosméticos que les gustaban a las mujeres. En su momento, lo tomó con escepticismo, pero después de haber probado distintas lociones, exfoliantes para la cara y otros productos, le habían sorprendido los resultados y había cosechado los beneficios del aprecio de Serena.

Durante la temporada de carreras estaba concentrado en otras cosas y no se dedicaba a actividades tan superficiales. Ese día, sin embargo, se había aplicado todo lo que había aprendido, había comprobado que no le quedaba nada de crema en las manos, se había cortado las uñas minuciosamente e, incluso, se las había limado un poco para que estuviesen muy lisas.

Mientras miraba los vaqueros negros, el jersey de cuello cerrado gris y los mocasines de ante granates, decidió que a una mujer con tanto estilo como London le gustaría que un hombre se acicalara. Además, la verdad era que su nada desdeñable seguridad en sí mismo aumentó más todavía cuando a la recepcionista de ExcelEvent se le cayó la baba al verlo entrar en las oficinas de la calle King.

–Usted es Harrison Crosby –exclamó la esbelta morena con los ojos como platos– y está aquí…

La chica se quedó boquiabierta y se agarró al borde del mostrador como si tuviera que sujetarse.

–¿Le importaría decirle a London que ya he llegado? –le preguntó él con una sonrisa.

–Claro, naturalmente –ella descolgó el teléfono y marcó un número sin dejar de mirarlo–. Harrison Crosby está aquí… De acuerdo, se lo diré –volvió al colgar el teléfono–. Vendrá enseguida. ¿Quiere un café, agua…?

–No, gracias.

–Si quiere sentarse… –la recepcionista señaló un sofá–. No tardará.

–Gracias.

Harrison no se sentó y se quedó de pie. Mientras esperaba, miró alrededor para hacerse una idea de los gustos de London.

Le vibró el teléfono en la mano y suspiró cuando vio el mensaje en la pantalla. Aunque se tomaba libres los lunes y martes durante la temporada, no pasaba ni una hora sin que el equipo se pusiese en contacto con él mientras preparaban el coche para la siguiente carrera. Cada circuito era distinto y había que adaptarlo a sus características, había que cambiar el peso, la altura, los amortiguadores, los neumáticos, los frenos y una docena más de variables. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se planteó no contestar el mensaje. La información podía esperar hasta que hubiese terminado la reunión con London.

Una especie de brisa con un olor primaveral le acarició la piel antes de que London McCaffrey dijera su nombre.

–Señor Crosby.

Levantó la mirada del teléfono y se le alteró el pulso. Llevaba un vestido color melocotón sin mangas y unos zapatos de tacón con un estampado de flores. El pelo rubio y ondulado le caía por los hombros. Se dirigió hacia él con una mano tendida y una perfección femenina algo distante. Se la estrechó y notó que tenía los dedos fríos y suaves.

–Me alegro de verle otra vez –añadió ella.

–Pienso llamarte London –él se inclinó un poco para captar mejor el olor de su perfume floral–, así que será mejor que me llames Harrison.

–Harrison.

Ella no le soltó la mano y lo miró con los ojos ligeramente cerrados. No fue una mirada tímida, fue más bien como si estuviese tanteándolo. Entonces, soltó su mano y señaló hacia un pasillo que había detrás del mostrador de recepción.

–¿Vamos a mi despacho…?

London se dio media vuelta, se puso en marcha y se paró para hablar con la recepcionista.

–Missy, ¿has podido ponerte en contacto con Grace?

–He tenido que dejarle un mensaje. ¿Quiere que se la pase cuando llame?

Missy miró a Harrison mientras hacía la pregunta.

–Sí. Es urgente que hable con ella.

London entró en el despacho y miró a Harrison. El despacho,

como la recepción, era un espacio sereno y con una decoración monocroma.

–Espero que no te importe la interrupción, pero estoy organizando las bodas de oro de los padres de un clienta para dentro de una semana y necesito que sopese algunas cosas que han surgido. Está en el extranjero y no va a volver hasta justo antes de la fiesta.

–Entiendo. Supongo que tendrás muchos frentes abiertos.

–Sí –ella le señaló una mesa y cerró la puerta–. Siempre tengo varios proyectos en marcha.

–¿Lo haces todo tú sola?

La siguió con la mirada mientras iba hacia la mesa y tomaba un bloc de notas y un bolígrafo.

–No, tengo ayudantes –le explicó ella mientras se sentaba enfrente de él–. La mayoría a tiempo parcial, pero tengo dos empleadas a tiempo completo, aparte de Missy, la recepcionista.

–No sabía que fuese una empresa tan grande.

Ella sonrió levemente para agradecer el halago.

–He tenido suerte y he crecido deprisa desde el primer momento.

–¿Cuánto tiempo llevas en esto?

Harrison se dejó caer sobre el respaldo y le miró los esbeltos hombros y los brazos desnudos. Ella se inclinó hacia delante, con los brazos en la mesa y el bolígrafo entre los dedos.

–Casi seis años. Empecé nada más terminar la universidad.

–¿Por qué una empresa de eventos?

Ella entrecerró los ojos como si se hubiese dado cuenta, de repente, que estaba interrogándola, pero no se alteró lo más mínimo cuando contestó.

–Mi madre tenía una vida social muy activa cuando vivía en Nueva York y siempre ha tenido mucho peso en los actos benéficos. Empecé a asistir a todo tipo de actos cuando era adolescente y la mayoría me parecían muy aburridos porque no conocía a nadie. Para entretenerme, me dedicaba a analizar la comida, la decoración y todo lo que formaba parte de la fiesta. Cuando llegaba a casa, lo anotaba y estudiaba lo que yo habría hecho de otra manera.

Harrison asintió con la cabeza.

–Se parece mucho a cómo empecé yo en las carreras de coches. Mi tío me dejaba que lo ayudara con la parte mecánica, pero también me dio la oportunidad de ponerme detrás de un volante en cuanto tuve la edad. Con catorce años, podía desmontar un motor entero y volver a montarlo.

–Me parece que los dos sabíamos lo que queríamos hacer desde que éramos muy pequeños.

–Una cosa que tenemos en común…

Y él esperaba que tuviesen muchas más. Ella se aclaró la garganta como si se hubiese dado cuenta de que se habían metido en terreno personal.

–Me contaste que estás interesado en que alguien organice una fiesta para tu hermano, ¿no?

–Sí –a él le admiró cómo había vuelto al motivo principal de su visita–. El mes que viene cumple cuarenta años y he pensado que alguien debería organizarle algo.

Él, después de haber conocido a London la otra noche, había llamado a su madre y había confirmado que nadie estaba haciendo nada para el cumpleaños de Tristan. Antes, Zoe, la exesposa de Tristan, se ocupaba de esas cosas, pero ya no se podía contar con ella.

–Cuéntame algo sobre tu hermano –le pidió ella dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc.

Él lo pensó un minuto. ¿Qué sabía de Tristan? No solo les separaban ocho años. Tenían opiniones muy distintas sobre el dinero, las mujeres y las carreras profesionales. Tampoco habían estado muy unidos de pequeños. La diferencia de edad significaba que habían ido a colegios distintos.

–Dirige la empresa familiar desde que nuestro padre se medio jubiló hace cinco años –empezó a contarle Harrison–. Crosby Automotive es una cadena de tiendas de repuestos y de talleres de reparación que se extiende por veinte estados y está valorada en miles de millones de dólares. También tenemos uno de los mayores grupos de concesionarios de la Costa Este.

–Y tú eres piloto de carreras.

Lo dijo en un tono neutro, sin juzgarlo, pero él supuso que alguien tan cabal como London McCaffrey no tendría una opinión muy buena sobre lo que hacía. Le parecería mejor alguien como Tristan, quien se ponía un traje muy caro y se pasaba el día detrás de una mesa en un despacho. Por otro lado, había estado prometida a un jugador de béisbol y, seguramente, él era el único que estaba prejuzgando.

–Soy uno de los cuatro pilotos de Crosby Motorsports.

–El coche número veinticinco.

London garabateó un dos y un cinco en el bloc y los rodeó con unas estrellitas.

–Sí –confirmó él mirándola con asombro.

–Jamás he visto una carrera.

Ella levantó los ojos, vio que él estaba mirándola y tapó el dibujo con el bolígrafo, como si le avergonzara.

–Pues tienes suerte –comentó él–, el domingo tengo una carrera en Richmond.

–Bueno, no creo… –replicó ella abriendo los ojos.

–Es mi última carrera de la temporada –insistió él en el tono más persuasivo que pudo.

–No es lo mío.

–¿Qué lo es?

–¿Lo mío? –ella frunció el ceño–. Creo que nada en concreto. Trabajo mucho…

–Y eso no te deja tiempo para divertirte.

–Según lo que me contó una amiga sobre el calendario de los pilotos, me gustaría saber cuándo bajas el ritmo para divertirte.

–Aquí estoy. No paro en casi todo el año.

Ella asintió con la cabeza como si eso diese por terminado el tema.

–Entonces, ¿a cuántas personas tenías pensado invitar al cumpleaños de tu hermano?

–A unas cien.

–¿Tienes un presupuesto?

Ya estaba más relajada al haber vuelto al terreno que dominaba y pasó a una hoja en blanco para tomar notas.

–Que no pase de diez.

–¿Diez mil?

Pareció un poco sorprendida y él se quedó preguntándose si era poco o mucho.

–Esa cantidad nos permite elegir entre varios locales. Naturalmente, vamos un poco justos de tiempo porque es al principio de la época de vacaciones. ¿Tienes pensada alguna fecha concreta?

–Su cumpleaños es el cinco de diciembre.

–Le diré a Missy que empiece a llamar para ver qué hay libre.

London se excusó y fue a hablar con la recepcionista, pero volvió antes de que él pudiera leer los mensajes que había recibido.

–¿Estás pensando en una cena sentados con cóctel antes y baile después o en algo más desenfadado?

–Mi madre está empeñada en que sea algo formal, pero descartaría el baile. A lo mejor, un grupo de jazz para que la gente pueda mezclarse y charlar.

–Hiciste bien en pedirle su opinión –comentó ella–. Mi última

pregunta por el momento es si has pensado en algún tema.

¿Tema? Él se quedó boquiabierto.

–Bueno, solo había pensado que cumple cuarenta años…

–¿Algún… juego de colores?

Él empezó a desear cada vez más que hubiese encontrado otra manera de conectar con London McCaffrey.

–¿Propones algo?

Ella arrugó los labios y pensó la pregunta.

–Elaboraré tres ideas y te las pasaré. ¿Qué has pensado para la comida?

–¿No depende del sitio que elijamos?

–Sí, pero podríamos ir descartando sitios si prefieres marisco, carne o pollo, por ejemplo.

–Ya, ¿puedo pensarlo?

Ella negó ligeramente con la cabeza e insistió.

–Dime lo primero que se te ocurra.

–Marisco.

–Hay bastantes sitios muy buenos –replicó ella mientras lo anotaba.

Aunque él jamás había organizado algo así, le pareció que todo iba sobre ruedas con London a los mandos. Estaba demostrando que era eficiente y que sabía lo que hacía.

–Lo haces muy bien –comentó él.

–Es lo que hago para ganarme la vida.

–No es que me sorprenda, es que jamás había celebrado una fiesta de cumpleaños para nadie y estás haciendo que todo sea muy fácil.

–Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo has acabado ocupándote tú de este festejo?

–Me ofrecí voluntario porque quería llegar a conocerte mejor y un amigo me avisó de que no me darías la más mínima oportunidad.

–¿Llegar a conocerme mejor? –ella lo preguntó más con curiosidad que con fastidio o placer–. Entonces, ¿decidiste contratarme para que organizara la fiesta de cumpleaños de tu hermano? Deberías saber que no salgo con mis clientes.

Él, a pesar de la advertencia, tuvo la sensación de que no estaba cerrándole todas las puertas.

–Dijiste que tus clientes suelen ser empresas. Esto podría ser una oportunidad muy buena para que te conozca Crosby Automotive y yo tengo la oportunidad de trabajar con una mujer que me intriga. Todos salimos ganando.

–Todos salimos ganando… –repitió ella sin disimular el interés.

El bolígrafo de London recorría al bloc de notas mientras dibujaba distraídamente un centro de flores y pensaba las palabras de Harrison. Había dado saltos de alegría cuando él la había llamado para concertar la cita. Si organizaba la fiesta de cumpleaños de su hermano, ya no tendría que seguir pensando qué podía hacer para acercarse lo bastante a Tristan y así averiguar cómo hundirlo. Cuanto más sabía sobre el exmarido de Zoe, más ardua le parecía la tarea. La frustración iba adueñándose de ella cada vez que pensaba en ese pacto irreflexivo que había hecho hacía unos meses. ¿En qué había estado pensando para aceptar algo que podría causarle problemas en el futuro si no tenía mucho cuidado? Sin embargo, ¿cómo iba a echarse atrás cuando Zoe y Everly ya tenían sus planes en marcha?

–¿Quieres cenar conmigo esta noche? –le preguntó Harrison.

Lo inesperado de la invitación, mezclado con el cosquilleo que le producía su cercanía, la sorprendieron desprevenida y se quedó desorientada por el placer que sentía por dentro.

–Yo…

Había estado tan concentrada en la misión de ayudar a Zoe que ni se le había ocurrido la posibilidad de tener una relación personal con Harrison. En ese momento, la situación se había complicado.

–No he podido dejar de pensar en ti desde que te conocí la otra noche en la fiesta –reconoció él con un brillo en los ojos–. No sales con los clientes, pero no hay nada que te lo prohíba. Déjame que te invite a cenar.

–Mañana sería mejor –replicó ella casi sin saber qué decir.

–Mañana me voy a Richmond con el equipo. Solo puedo hoy.

Estaba a punto de rechazarlo cuando él dejó de sonreír y sus ojos resplandecieron de tal manera que a London le costó respirar. El atractivo de ese hombre era inconmensurable y se encontró deleitándose con el resplandor de su admiración, aunque, al mismo tiempo, no podía evitar preguntarse si era sincero o solo quería halagarla para acabar acostándose con ella. Lo que era peor, tampoco sabía si le importaba.

Se acordó de lo que le había dicho Maribelle. Podía divertirse un poco y acostarse con Harrison Crosby podría ayudarle a pasar la página de Linc… solo si no utilizaba a Harrison en su plan de venganza.

–No quiero tener que esperar otra semana para salir una noche

contigo –siguió él mientras ella se debatía con su conciencia.

–Me siento halagada –comentó ella para ganar tiempo.

–Eso no es verdad.

Harrison no era el tipo de caballero sureño a los que estaba acostumbrada, a los que podía dominar con un dedo. Tenía un atractivo sexual descarado que la excitaba y que hacía que se sintiera impulsiva. Se quedó pasmada cuando sintió unas ganas casi incontenibles de agarrarlo del jersey para besarlo.

–De verdad…

La intuición le avisaba a gritos que se alejara, que la debilidad hacia ese hombre podría llegar a ser muy peligrosa.

–Crees que coqueteo contigo porque quiero acostarme con todas las mujeres que conozco.

–Ni lo soñaría…

Ella lo murmuró con inocencia mientras miraba el bloc de notas y se daba cuenta de que había estado dibujando corazones. Pasó la página apresuradamente y dejó el bolígrafo.

–No te hagas la Scarlett O'Hara conmigo –replicó Harrison–. No voy a mentirte y a decirte que no me imagino que acabemos en la cama, pero estoy dispuesto a disfrutar del trayecto, no solo del destino.

La indignación se adueñó de London, pero mezclada con cierta curiosidad burlona. Maldito fuese ese hombre, su descaro al hablar estaba teniendo un efecto insospechado en ella.

–Pareces muy seguro de ti mismo. ¿Qué te hace pensar que me interesas en ese sentido?

–Que sigas hablando de eso conmigo en vez de haberme expulsado con cajas destempladas.

–¿De verdad crees que eres el primer cliente que coquetea conmigo?

–Estoy seguro de que no lo soy –él no parecía nada impresionado por la actitud de ella–, pero creo que vas a darme una respuesta distinta que a todos los demás.

Le fastidiaba que tuviese razón y no le consolaba pensar que lo habría rechazado de plano si no hubiese hecho ese trato con Zoe y Everly porque no era verdad.

–Cenaré esta noche contigo –concedió ella–, pero elegiré yo el sitio y te esperaré allí.

–Y te prometo que me portaré como todo un caballero.

–Me temo que no tienes nada de caballero –ella sintió un escalofrío de placer solo de pensarlo–. ¿Aceptas mis condiciones?

–¿Cómo no voy a aceptarlas si así te sientes segura?

Le irritó que hubiese empleado la palabra «segura». No había puesto esas condiciones porque se sintiera nerviosa con él, sino para que entendiera que no era una de esas mujeres que se morían de ganas por tener un anillo con un diamante de cinco quilates en la mano izquierda.

–¿Quedamos en The Front Porch a las ocho?

–Perfecto.

Entonces, ella volvió a hablar del motivo original de esa reunión.

–Estaría bien que pudiéramos vernos la semana que viene para visitar un par de sitios.

Ella ya se había hecho una idea del festejo por todo lo alto que pensaba organizarle.

–Estaré aquí el lunes y el martes.

Ella tomó el teléfono y comprobó la agenda.

–¿Te parece el lunes a las dos de la tarde? Cuanto antes reservemos un sitio, antes podremos entrar en detalles. Además, pensaré algunas cosas y te las mandaré a lo largo de esta semana.

–Me parece muy bien.

Harrison se levantó.

–¿Estás segura de que no quieres venir a Richmond para ver mi carrera? –le preguntó él mientras ella lo acompañaba a la puerta.

London miró a la recepcionista. Missy estaba con las antenas puestas.

–No sé…

–Podrías llevar a tu amiga Maribelle, se llamaba así, ¿no?

–Sí… –se desanimó un poco ante la idea de compartir las atenciones de Harrison–. Quiero decir, sí, se llama Maribelle. Ella y su prometido, Beau, son muy aficionados.

–Que vengan los dos. Os conseguiré asientos en nuestro palco.

London se acordó de lo entusiasta que había estado Maribelle después de haber conocido a Harrison. Le extrañaba que ese deporte ruidoso y aburrido pudiera gustarle a una dama sureña.

–Veré si está ocupada y te lo diré –replicó ella antes de pensarlo un poco.

Tenía que llegar hasta Tristan y Harrison era la mejor manera de conseguirlo. A juzgar por cómo se le aceleraba el pulso cada vez que él le sonreía, no le costaría gran cosa parecer interesada. Solo tenía que mantener controlados los impulsos del cuerpo y que la cabeza solo pensara en la venganza.

Harrison pareció quedarse un poco sorprendido por el cambio de opinión, pero sonrió lentamente.

–Perfecto.

–Fantástico –murmuró ella mientras le tendía la mano.

Había sido un gesto profesional, pero sintió una descarga eléctrica por todo el brazo cuando él le tomó los dedos entre los suyos… Tenía una misión y Harrison era una pieza esencial para que pudiera cumplirla. Una cosa era que se aprovechara del interés de él por ella, pero corresponder a esa atracción solo podía darle problemas.

–Hasta las ocho.

London se dio cuenta de que seguían dándose la mano y soltó la suya.

–A las ocho –repitió ella mientras abría la puerta para que Harrison saliera a la calle.

Se despidieron y ella se dirigió a la recepcionista sin perder un segundo en mirar cómo se alejaba él. Missy estaba disimulando que trabajaba. Si le preocupaba que la vieran en público con él, no debería haberlo acompañado afuera.

Se dejó caer en la silla del despacho y no hizo caso del leve temblor de manos mientras tomaba el ratón para desactivar el salvapantallas. Miró el bloc y la mezcla de notas y garabatos. Había diez corazones, como mínimo, por toda la página. ¿En qué había estado pensando?

Tenía que dominar con más fuerza el subconsciente o podía pasar cualquier cosa.

Llamó a Maribelle para ponerle al tanto de todo lo que había pasado y transmitirle la invitación de Harrison.

–Beau se va a quedar maravillado. ¿Crees que Harrison podrá llevarnos a boxes el día de la carrera?

–Es posible. Puedo preguntárselo… –London pasó la yema de un dedo por el veinticinco que había vuelto a garabatear en el bloc–. Esta noche vamos a salir a cenar.

Maribelle dio un alarido tal que London tuvo que separarse el teléfono de la oreja.

–¿Lo ves? Sabía que estaba interesado por ti. ¿Adónde vais? ¿Va a llevarte a un sitio romántico? ¿Vas a acostarte con él? Yo lo haría. Estoy segura de que es muy bueno en la cama. Es muy sexy. He leído que está… en plena forma. Daría cualquier cosa por echarle las manos encima.

–¿Tengo que recordarte que estás prometida? Será mejor que moderes lo que dices. A Beau podría no gustarle que dijeras esas cosas de otro hombre.

–No te preocupes, mi Beau sabe que es posible que mire a otros,

pero que tiene todo mi corazón.

London sintió cierta envidia por una declaración tan firme y entrañable. ¿Había estado ella tan entregada a Linc? No había hecho falta. No había mirado a nadie desde que se convirtió en su novio, y ella había creído que él era igual. Su confianza en él no había flaqueado ni un momento aunque sabía que habría muchas mujeres arrojándose a sus brazos mientras estaba fuera de la ciudad durante la temporada de béisbol. Jamás se había imaginado que su competidora podía ser alguien tan insospechado y tan… cercano.

–Sois muy afortunados por teneros el uno al otro –comentó London sinceramente.

–Encontrarás a alguien –replicó Maribelle en tono tajante–. Además, te amará y hará que te sientas segura.

Otra vez la palabra «segura» y London se irritó de nuevo. Era una mujer fuerte y competente que no necesitaba a un hombre para sentirse segura. Aunque se repetía esa letanía en la cabeza, cierta melancolía le atenazaba una parte diminuta de sí misma. ¿Qué se sentiría cuando cuidaban de una? No quería un respaldo físico o económico, sino un respaldo sentimental, formar parte de una pareja entregada como Maribelle y Beau.

Era algo que no había conocido cuando era pequeña. Sus padres habían depositado en ella unas expectativas enormes. Su padre era un empresario autoritario que le había metido en la cabeza que solo podía triunfar, y se había pasado toda la infancia aterrada por el miedo a no obtener notas suficientemente altas. Se había impuesto un régimen de clases muy riguroso, había participado en el consejo escolar, en el equipo de fútbol femenino y en el club de debates. No recordaba ni un momento durante el instituto y la universidad en el que no estuviese agotada o dominada por la angustia.

Su madre no era menos exigente. Si bien su padre había esperado que triunfara en el terreno profesional, su madre había esperado que lo hiciera en el social y, para conseguirlo, la había arrastrado a cientos de actos sociales y le había dedicado cientos de horas a trabajar como voluntaria. Prometerse a Linc había sido un triunfo, pero, aun así, tenía muy claro que hiciera lo que hiciese, nunca sería suficiente.

–Acabo de escribirle un mensaje a Beau y propone que volemos el sábado y volvamos el domingo –siguió Maribelle–. Dice que así podremos ver los entrenamientos. ¿Qué te parece? Tú sueles tener trabajo los sábados por la noche, ¿no?

Le habría resultado muy fácil utilizar el trabajo como excusa, pero vio que su amiga estaba tan emocionada que dejó escapar un

suspiro de rendición.

–Solo tenemos una pequeña fiesta de aniversario y Annette va a ocuparse.

Para su propia sorpresa, se dio cuenta de que estaba deseando salir de la ciudad. Había trabajado como una loca desde que Linc rompió el compromiso. Mantenerse ocupada le había parecido la mejor manera de no darle vueltas a esa relación fallida.

–Además, como Beau va a llevarnos, yo me encargaré de las habitaciones de hotel.

–Deberíamos ir a comprarnos algo para la ocasión. Es más, deberíamos ir de compras ahora mismo.

London se imaginó a su amiga tomando el bolso y corriendo hacia el coche.

–¿Qué prisa tienes?

–Tengo que cerciorarme de que esta noche no te pones algo que proclame a los cuatro vientos que no quieres acostarte con nadie.

–Es que no quiero.

–¿Has estado con alguien después de Linc?

–Sabes que no.

–Tienes que sacarte un clavo con otro clavo y me parece que Harrison Crosby sería perfecto.

No le sorprendió que Maribelle le dijese lo mismo que había estado pensando ella hacía una hora. Eran amigas desde hacía tanto tiempo que algunas veces una terminaba la frase de la otra.

–¿Por qué lo dices? –le preguntó London.

–Porque jamás sentarías la cabeza con alguien como él y eso hace que sea perfecto para un revolcón esporádico.

A London estaba empezando a gustarle la idea de darse un respiro tórrido con un piloto de coches muy sexy. Todavía, no se había acostado con nadie sin sentimientos de por medio. Además, también era posible que saber que no iba a enamorarse de él fuese un punto extra para lo que estaban tramando Everly, Zoe y ella.

–Podrías tener razón…

Quizá no fuese mala idea dejarse llevar un poco por la sintonía sexual y tener una relación esporádica. Los dos eran adultos. ¿Qué daño podía hacerles?

Capítulo Tres

Harrison llegó a The Front Porch diez minutos antes de la hora y fue a la barra para esperar a London. Desde que salió de su despacho esa mañana, había estado temiendo que ella lo llamara para cancelar la cita. Sin embargo, a medida que pasaban las horas, había estado cada vez más seguro de que ella no se resistiría a la atracción que sentían. Sin embargo, en ese momento, mientras contaba los minutos, la angustia le atenazaba las entrañas.

El efecto que tenía ella en él debería haber bastado para que hubiese salido corriendo en dirección contraria. Ya sospechaba que eran muy distintos en algunas cosas fundamentales. Por ejemplo, London no era su tipo y estaba muy claro que él tampoco era el de ella. Era elegante y distante, muy distinta de las chicas con ganas de divertirse que rondaban por los circuitos.

También se imaginaba que sería muy mandona en una relación. Esa noche era un ejemplo. Ella había elegido el sitio y la hora para dejar muy claro que si él quería jugar, sería con las reglas de ella. Sonrió con sarcasmo. Podía poner todas las reglas que quisiera, se las saltaría todas. Se abrió la puerta del restaurante y a Harrison le dio un vuelco el corazón antes de que viera completamente a la mujer que entraba. Para ser alguien acostumbrado a sortear sin pestañear colisiones a velocidades de vértigo y a soportar sin inmutarse un estrés muy fuerte durante mucho tiempo, Harrison no supo cómo interpretar que se le hubiese parado el pulso por la llegada de London.

Ella echó una ojeada para buscarlo y él, con la respiración entrecortada, pudo observarla con detenimiento unos segundos. Se había puesto un impresionante vestido azul marino con un escote que le permitía ver los delicados hombros y las cavidades que tenía encima de las clavículas. La tela se le ceñía al torso, le resaltaba la curva de los pechos, y se abría en la cintura en una falda con vuelo que le llegaba hasta las rodillas. El color oscuro contrastaba con la blancura de su piel y entonaba con los ojos azules. Se había recogido el pelo en un moño suelto en la nuca y había dejado que

unos largos mechones dorados le enmarcaran el rostro. Los únicos complementos eran unos pendientes de perlas.

Cuando lo vio, esbozó una sonrisa titubeante que lo alcanzó como un rayo. Se abrió paso entre el gentío del bar casi sin poder dominar los nervios.

–Estás impresionante –murmuró él mientras la agarraba del brazo y se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Ella se puso tensa por esas confianzas, pero no dejó de sonreír cuando él se apartó para mirarla.

–Gracias.

London lo dijo en un tono que no fue ni tímido ni insinuante y se fijó en sus vaqueros, en su camisa azul claro y en su chaqueta marrón claro.

–Tú vas muy elegante –comentó ella sacándole un poco el pañuelo azul marino que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

–Me alegro de que te guste –replicó él sinceramente–. También me alegro de que pudieras venir a cenar conmigo.

–Fuiste muy amable al invitarme.

Una vez terminados los cumplidos, Harrison le puso la mano en la espalda y la acompañó hasta el maître, quien los llevó a una mesa junto al ventanal y con vistas a la calle King.

–¿Vienes mucho por aquí? –le preguntó Harrison una vez sentados.

Miró la carta, que estaba especializada en productos muy frescos, y se fijó en las vieiras con yogur ahumado, remolacha y pistachos.

–La verdad es que no había venido nunca, pero es uno de los sitios favoritos de Maribelle y Beau. Si primera cita fue aquí y aquí se prometieron –London abrió los ojos como si se hubiese dado cuenta de lo que había dado a entender–. No paran de hablar de lo buena que es la comida y lo he elegido por eso.

–Estoy deseando comprobar si tienen razón.

–Entonces, ¿tú tampoco habías venido nunca?

–No salgo mucho.

–Me cuesta creerlo.

–Es verdad. Paso tanto tiempo de un lado a otro que cuando llego a casa, me gusta recogerme para cargar las pilas.

–¿De verdad?

–Dedico mucho tiempo y atención a los coches y las carreras; a analizar a los contrarios, a estudiar las pistas y a intentar mejorar.

–He investigado un poco sobre ti y he comprobado que eres muy importante en las carreras –London se sonrojó cuando él arqueó las

cejas–. Sales en muchos sitios y vas a muchos actos.

–Solo para promocionar Crosby Motorsports. La verdad es que soy introvertido.

Harrison se dio cuenta de que ella no se lo creía.

–Eso es imposible, tienes muchísimos admiradores.

–No me interpretes mal. Hago las ruedas de prensa que tengo que hacer y me reúno con mis admiradores, pero no me divierte. Prefiero enredar con los coches o salir con mis amigos.

Ella hizo una mueca de extrañeza.

–Me imaginaba que estarías todo el rato en público recibiendo elogios y disfrutando de la fama.

–Me parece que tienes una imagen muy manida de mí –él frunció el ceño–. ¿Por qué?

–No es por ti –London movió la copa de vino y se quedó como absorta por el reflejo de la luz–. Supongo que es por lo que haces. He pasado mucho tiempo rodeada de estrellas del deporte y a la mayoría les encanta ser famosos; lo admiradores que los adoran, el trato especial que reciben en todos sitios… Hace que actúen como si tuvieran derecho a todo.

Evidentemente, era una opinión que se había formado durante su relación con Lincoln Thurston. Thurston, como jugador profesional de béisbol, habría disfrutado de la fama que le correspondía, pero tenía que convencerla de que él no estaba cortado por el mismo patrón.

–No todos son así –insistió Harrison.

–La mayoría.

–¿Linc era así?

Harrison lo preguntó aunque sabía lo arriesgado que era pedirle detalles sobre algo que podía ser doloroso para ella.

–No quiero hablar de él.

El tono tajante de London fue como una advertencia para Harrison, pero, aun así, él necesitaba saber dónde tenía la cabeza ella.

–¿Es porque todavía no has superado la ruptura?

¿Cómo iba a haberla superado? Él también había investigado un poco y sabía que solo habían pasado dos meses desde la ruptura y que habían estado dos años prometidos.

–La he superado –aseguró ella con un destello dorado en los ojos azules.

–¿También le has… superado a él?

–Estuvimos tres años juntos –contestó ella resoplando con desesperación.

–¿Eso es un «no»?

La expresión de London se endureció y Harrison lo interpretó como otro aviso para que no siguiera por ese camino. Aunque eso no iba a pararlo, merecía la pena luchar por esa mujer.

–No puedo imaginarme lo que ha sido para ti que rompiera el compromiso, pero te escucharé encantado si quieres ponerlo verde –él hizo una pausa y sonrió–. Como si quieres poner verde a todos los hombres en general.

Ella frunció el ceño y él supo que la había desconcertado.

–¿Por qué?

–Porque creo que hay demasiados hombres que tratan mal a las mujeres –contestó él encogiéndose de hombros.

–¿Y tú no? –preguntó ella con escepticismo.

–Estoy seguro de que podrías encontrar a muchas mujeres que se quejan de mí.

–Entonces –ella arrugó un poco los labios–, ¿por qué vas a ser distinto al resto de los hombres?

–Es posible que no lo sea, pero también es posible que la verdad sea que no me aprovecho de los demás solo porque puedo. No soy un majadero que se cree con derecho a todo, como muchas veces puede serlo mi hermano. Tristan trata a las mujeres como si fuesen un entretenimiento.

Harrison sacó a relucir a Tristan para ver cómo reaccionaba London. Había mostrado mucho interés por él durante la fiesta y quería saber por qué.

–Pero ha estado casado hasta hace poco. ¿Estás insinuando que fue infiel? –Harrison sacudió la cabeza y eso aumentó el interés de ella–. Nunca he entendido por qué los hombres se empeñan en tener una relación cuando piensan ser infieles.

Harrison se acordó de lo que le había contado su tío Bennet sobre la infidelidad de Linc Thurston. London tenía motivos para recelar de los hombres que eran tan famosos o adinerados como su exnovio.

–Es una convención social.

–¿Eso es lo que piensas? –le preguntó ella sin salir de su asombro.

–¿No es verdad?

–¿Y qué pasa con el amor?

–No todo el mundo cree en el amor. Mi hermano se casó con una mujer muy guapa, muy joven pasiva y maleable. Durante ocho años, ella fue una acompañante dócil y decorativa y eso satisfizo las necesidades de él –Harrison se acordó de que Zoe iba apagándose

con cada aniversario de bodas que pasaba–. Su único fallo fue su incapacidad para hacer feliz a mi hermano.

–¿Era responsabilidad de ella? –preguntó London sin disimular la sorpresa–. Yo creía que en el matrimonio se sustentaban el uno al otro.

–El mío será así –Harrison esperó un segundo para ver cómo lo asimilaba ella–. Creo que la insatisfacción de Zoe con su papel llegó a ser tan grande que no pudo contenerla. Te diré algo sobre Tristan, le gusta salirse con la suya, se pone como una fiera si las cosas no salen como a él le gusta. Me imagino que, para él, el descontento de Zoe era por un defecto de ella, no por algo que hubiese hecho él.

London lo asimiló durante unos segundos antes de volver a hablar.

–¿Estás muy unido a su exesposa?

–Aprecio a Zoe. Es discreta, pero cuando llegas a conocerla, te das cuenta de que es cariñosa y de que tiene un gran sentido del humor.

Podría seguir cantando sus virtudes, pero decidió ajustarse a su propósito original, a demostrarle a London que Tristan no era una buena persona.

–Se merecía algo mejor que mi hermano.

–Espero que te agradeciera que fueses su paladín.

–No estoy seguro. Si hubiese sido mejor amigo, habría evitado que se casara con Tristan.

–A lo mejor no hubieses podido. Algunas veces, tenemos que equivocarnos para aprender.

–Es posible, pero algunas equivocaciones tienen peores consecuencias que otras.

London se dejó caer sobre el respaldo, se llevó las manos al regazo y lo miró fijamente.

–No eres lo que me esperaba.

–Espero que eso sea algo bueno.

–El jurado todavía está deliberando –London esbozó una sonrisa enigmática–. Entonces, don Introvertido, ¿qué te gusta aparte de los coches y las carreras?

–Lo típico de los hombres. Hacer deporte al aire libre, estar con mis amigos… ¿Y a ti? ¿Qué haces cuando no estás trabajando?

–Dormir y comer –ella se rio–. Algunas veces me doy un masaje o un tratamiento facial. Me cuesta relajarme.

–Me parece que no paramos…

–Como los tiburones; o nadas o mueres.

Sonó su teléfono dentro del bolso. Tomó el bolso de mano, lo

dejó al lado del plato e hizo una mueca de fastidio. Volvió a sonar como si hubiese recibido un mensaje.

–Lo siento.

–¿Tienes que contestar?

–No –ella dejó escapar un suspiro–. Ya sé de qué se trata.

–Impresionante –bromeó él.

Ella repitió la mueca de fastidio.

–En cuanto a este fin de semana…

Hubo algo en su tono que hizo que él sonriera.

–Has decidido aceptar mi invitación y verme correr en Richmond.

–Hablé con Maribelle y ella y su prometido estaban emocionados por tu invitación.

Su media contestación dejaba lugar a la interpretación.

–¿Y tú?

–No sé en qué estoy metiéndome y me reservo el juicio.

–Algo es algo –murmuró él convencido de que acabaría haciéndose con ella.

–Iremos el sábado por la mañana en avión –siguió ella sin hacer caso del comentario irónico–. Además, a Beau le gustaría saber si podrás llevarnos a boxes.

–Claro.

Ella estaba sentada de frente a la puerta de entrada y, de repente, abrió los ojos como platos. Harrison fue a preguntarle qué le pasaba, pero ella volvió a mirarlo con una sonrisa de oreja a oreja.

–Ya sabes… –London tomó el bolso–. Creo que debería comprobar el mensaje, no vaya a ser que haya algún problema –esbozó una sonrisa nerviosa–. El inconveniente de ser la jefa es que siempre estoy de servicio. Perdóname.

London se levantó y se marchó antes de que él pudiera decir algo, y se quedó mirando cómo se alejaba su espalda.

Everly Briggs caminaba por la calle King, pero no prestaba atención a los restaurantes, tiendas o bares que llenaban las aceras. Estaba plenamente concentrada en el imponente hombre al que estaba siguiendo.

Linc Thurston parecía no darse cuenta del revuelo que levantaba a su paso. Normalmente, el jugador de béisbol se paraba a charlar con los admiradores que se encontraba, pero esa noche parecía ansioso por llegar a su destino.

Desde que Everly, Zoe y London se encontraron en el acto de «Las mujeres hermosas toman las riendas», Everly no había parado de buscar algo que hundiera a Linc. Había rebuscado todas las habladurías posibles y había oído decir que había roto su compromiso con London porque estaba engañándola con su empleada doméstica.

Cuando decidió que no era una aventura pasajera sino una relación secreta y en toda regla, decidió también que esa sería la mejor manera de vengarse de él. En ese momento, tenía planes para sacar a la luz las mentiras de la mujer y socavar su credibilidad. Linc sabría lo que era que lo traicionara alguien a quien amaba.

Naturalmente, sus planes caerían por tierra si se había equivocado sobre lo que Linc sentía hacia Claire Robbins. Por eso, estaba espiándolo para saber si era una aventura esporádica. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Linc se había parado hasta que estuvo a punto de chocarse con él. Pararse de golpe habría sido muy raro y tuvo que seguir de largo, pero pudo ver lo que había llamado la atención de Linc y vio a London junto al ventanal de The Front Porch. Estaba cenando con Harrison Crosby y coqueteaban sin disimulo.

¿Podía saberse qué estaba haciendo London? Tenía que hundir a Tristan Crosby, no salir con su hermano. La irritación se había adueñado de ella cuando llegó al final de la manzana y ya había sacado el teléfono cuando dobló la esquina. Se paró, escribió un mensaje de texto y lo mandó. Aunque las tres mujeres habían acordado no comunicarse para que no descubrieran la trama, tenía que verse las caras con London.

Tenemos que vernos.

Esperó la respuesta con impaciencia y sin dejar de mirar hacia la calle King porque Linc podría pasar en cualquier momento. Había querido seguir sus indagaciones y le molestaba que el comportamiento de London le hubiese obligado a dar un rodeo. Como London no contestó el mensaje inmediatamente, Everly escribió otro. *Te he visto cenando esta noche. Qué estás haciendo?*

Cuando London no contestó, Everly supo que no le quedaba más remedio que pasar a la acción. Linc había pasado de largo mientras ella escribía el segundo mensaje, pero, en vez de seguirlo, volvió al restaurante. London estaba sentada de frente a la puerta y ella se ocupó de que la viera cuando entraba. Las dos se miraron un instante a los ojos antes de que ella siguiera hasta el fondo, donde estaban los cuartos de baño.

Entró en el de señoras y respiró con alivio cuando comprobó que

no había nadie. Se acercó a los lavabos y sacó el pintalabios. Estaba tan furiosa que le temblaron las manos. Linc estaba escapándose mientras ella tenía que vérselas con London.

Cuando London entró por fin en el cuarto de baño, ella estaba más que dispuesta a cantarle las cuarenta.

–¿Qué haces cenando con Harrison Crosby? –le preguntó haciendo un esfuerzo para no gritar–. Deberías estar pisándole los talones a Tristan.

–¿Qué haces tú aquí? –replicó London en un tono poco más elevado que un susurro–. Acordamos que no íbamos a estar en contacto para que esto saliera bien. No pueden vernos juntas.

–He venido para averiguar por qué estás siguiendo al hermano equivocado –replicó Everly sin hacer caso de las objeciones de London.

London se cruzó de brazos y la miró con rabia.

–¿No se te ha ocurrido pensar que Harrison podría ser la mejor manera de llegar a Tristan?

Everly dejó escapar un sonido de desprecio. ¿Cómo podía creer London que iba a tragarse eso? Era evidente lo que estaba pasando.

–A mí me parece, más bien, que te parece atractivo y piensas acostarte con él –London desvió la mirada y Everly supo que había dado en el blanco–. ¿Sabes las consecuencias tan desastrosas que puede tener eso?

–Mira –London parecía convencida de que no estaba haciendo nada malo–, cómo cumplo mi parte del trato no es asunto tuyo. Si alguien nos ve juntas y se descubre que estás detrás de lo que le pase a Linc, podríamos tener un problema.

–Confía un poco en mí. Nadie va a saber que estoy detrás de lo que le pase.

–Da igual. Acordamos que esto solo podía salir bien si no estábamos en contacto. Déjame tranquila.

London se marchó del cuarto de baño antes de que Everly pudiera decir algo.

Everly se quedó echando chispas. Esa situación con London y Harrison Crosby era un problema. Ella tendría que ocuparse de su propia venganza y cerciorarse de que London se mantenía centrada en el plan. Si London no podía llevar a cabo su misión, ella le enseñaría lo que pasaba cuando se dejaba en la estacada a las amigas.

Capítulo Cuatro

London, con el corazón saliéndosele del pecho, se alisó el vestido y volvió lentamente hasta donde estaba Harrison. Los mensajes y la aparición de Everly la habían alterado. Lo que estaban haciendo ya era bastante peligroso, pero si se descubría esa conspiración, podría significar la ruina de sus vidas.

Tampoco podía pasar por alto la pregunta que le daba vueltas en la cabeza. ¿Everly estaba siguiéndola? Se le pusieron los pelos de punta. Si no, ¿cómo había sabido que estaba cenando con Harrison? Además, ¿se había vuelto loca para encararse con ella en un local público donde cualquiera podría haberlas visto? ¿Se habría puesto en contacto con Zoe también? Estuvo tentada de llamar a la tercera integrante de la confabulación, pero estaba enfadada con Everly precisamente por eso.

Tenía los nervios a flor de piel cuando se sentó enfrente de Harrison, y supuso que se le notaba porque Harrison frunció el ceño después de mirarla.

–¿Pasa algo?

–No, nada –London hizo un esfuerzo para sonreír–. He recibido un par de malas noticias sobre un festejo que iba a organizar –la mentira le salió con tanta facilidad que le preocupó–. El cliente no sabía muy bien lo que quería y ha acabado cancelándolo.

–Pareces inquieta. Debía de ser un buen cliente.

–No era extraordinario, pero todos mis clientes son igual de importantes para mí y me fastidia que no haya cuajado.

Aunque no estaba mintiendo, le dejaba un mal sabor de boca estar engañando a Harrison.

–Es posible que cambie de opinión –él sonrió y a ella se le aceleró el corazón por otro motivo–. Estoy seguro de que puedes ser muy persuasiva.

Ese intento de que se sintiera mejor mediante halagos estaba derritiéndola por dentro y aliviando el desasosiego que había sentido. Le sonrió con gratitud mientras el placer se adueñaba de ella. Ese hombre tenía la facultad de cautivarla.

–Si por «persuasiva» te refieres a mandona, estoy de acuerdo contigo –London se dio cuenta de que tenía la tendencia de ir al meollo del asunto sin andarse por las ramas–. Algunas veces me pongo un poco tajante.

–Quieres que se hagan las cosas –Harrison asintió con la cabeza–. Lo entiendo, ganar es lo único que importa.

London pensó que quizá tuvieran más cosas en común de las que había pensado al principio. A los dos les gustaba competir y luchaban por llegar a la meta. Quizá la diferencia fuese que él pilotaba coches a una velocidad de vértigo y tenía que tomar decisiones en milésimas de segundos y ella solía hacer las cosas de una forma más metódica y reflexiva.

–No lo hago exactamente por ganar –replicó London–. Es por el trabajo bien hecho.

–No tiene nada de malo.

–¿Tú ganas muchas carreras? –le preguntó ella mientras jugaba con un pendiente.

–He tenido mis éxitos a lo largo de los años. Suelo terminar entre los diez primeros dos terceras partes de las veces. Menos los dos primeros años, cuando todavía estaba aprendiendo, y otras dos temporadas que estuve apartado de los circuitos por una lesión.

–¿Eso es un buen resultado?

Ella captó su mirada burlona y comprendió que había demostrado una ignorancia absoluta.

–Es una estadística aceptable.

–Entonces, ¿ganar no es importante?

–Claro que es importante, pero hay treinta y seis carreras en una temporada y es imposible estar en lo más alto en todas ellas. Si gano entre cuatro y seis veces por temporada, eso me permite colocarme entre los tres primeros del año si mantengo unas buenas estadísticas.

London, como organizadora de eventos, estaba acostumbrada a hacer montones de cuentas. Así conseguía que sus clientes se quedaran contentos al sacar el máximo rendimiento a su presupuesto, y que además fuese rentable. Le interesaba intentar entender cómo se hacía la clasificación de los pilotos.

–¿Cuántos pilotos hay?

–Casi sesenta.

–¿Cuál fue tu peor temporada?

–La primera, en 2004. Terminé el cincuenta y ocho.

–¿Cuántos años tenías?

–Diecinueve –Harrison arrugó los labios–. Y creía que sabía todo

lo que había que saber.

Ella pensó como había sido a los diecinueve años y no se parecía en nada. Fue su primer curso en la universidad, fue la primera vez que se separó de sus padres y hacía lo que podía por saber quién era.

–¿Y ahora?

–Sigo aprendiendo –contestó él–. Siempre intento mejorar.

–Parecen unos buenos principios…

Su mezcla de confianza en sí mismo y humildad era cautivadora. Se ablandó más todavía con él mientras se maravillaba de su destreza para salir ganando.

Llegó la camarera para tomar el pedido y observó que el hombre que tenía sentado enfrente se la ganaba con su simpatía. Volvió a llamarle la atención la diferencia entre los dos hermanos. Cuando le presentaron a Tristan, él la miró de tal manera que tuvo ganas de salir corriendo hasta su casa y darse una ducha.

–¿Van a tomar postre? –les preguntó la camarera.

Harrison miró a London, que negó con la cabeza.

–Pero no dejes de pedir algo por mi culpa.

–Me espanta comer solo –Harrison esperó a que la camarera se hubiese alejado–. Además, prefiero tomarme un helado de cucurucho en Swenson's.

–Hace años que no voy por allí.

London se acordó del placer tan raro que era que su padre la llevase allí.

–Entonces, ya va siendo hora de que vayas, ¿no? –Harrison no esperó a que contestara–. ¿Cuál es tu sabor favorito? De vainilla, por favor.

–No lo sé… –estaba impresionada por lo que le apetecía hacer algo tan sencillo con Harrison–. Quizá sea el de fresa.

–Hace unos meses añadieron un helado de fresa, miel y pimienta negra que está muy bueno.

–Conoces bien el sitio –a London ya se le estaba haciendo la boca agua–. ¿Llevas allí a todas las chicas con las que sales?

No había querido parecer tan frívola y se sonrojó cuando él la miró con los ojos entrecerrados.

–Tú serás la primera.

–Ha sido una grosería, lo siento.

–¿Eres tan escéptica con todos los hombres o solo conmigo?

Ella pensó la pregunta durante un segundo antes de contestarla.

–Ni con todos los hombres ni contigo. Es que desde que Linc y yo… –lamentó haber vuelto a sacar a relucir el nombre de su

exnovio–. La ruptura me ha dejado con una sensación de estar desprotegida y ataco en el momento más inesperado. Lo siento.

–Te ha hecho daño de verdad…

–Sí y no –ella no quería hablar de Linc durante la primera cena con Harrison, pero quizá conviniese aclarar algunas cosas–. Siempre he conseguido todo lo que me he propuesto, menos una cosa, que me acepten en ciertos círculos sociales. En Charleston es imposible entrar en esos círculos, tienes que haber nacido dentro. Cuando Linc y yo nos prometimos, se abrieron puertas a las que llevaba llamando toda mi vida.

London suspiró. Quería que Harrison entendiera lo que la había motivado. Su familia había empezado de cero, había trabajado muchísimo para levantar un imperio automovilístico. ¿Le parecería a él que su ansia por entrar en ciertos círculos era superficial e intrascendente?

–De pequeña, fui a colegios muy selectos –siguió ella–, pero siempre era la que miraba desde fuera.

–Y eso te molestaba mucho.

Ella se puso a la defensiva a pesar del tono neutro de él.

–¿No debería?

–¿Por qué creías que necesitabas reconocimiento? En mi opinión, ya lo tienes todo.

Sintió un placer que le despertó todas las terminaciones nerviosas y, de repente, toda esa vida de exclusión la pareció menos dolorosa.

–Eres muy amable, pero nunca parecía bastante –London siguió con la explicación al ver que Harrison arqueaba las cejas–. Mi madre no para de repetir lo frustrante que es para ella que no la acepten por mucho dinero que done o por muy espléndidas que sean sus cenas.

–Entonces, es posible que sea un problema de tu madre, no tuyo.

Ojalá fuese tan sencillo…

–Está empeñada.

London podría haber hablado más sobre la presión de su madre para que se casara bien, pero decidió que eso solo serviría para dejar en evidencia los defectos de su familia.

–Parece mucha presión…

–No es ninguna novedad –London se encogió de hombros–. Al fin y al cabo, una presión extrema y el calor convierten el carbón en diamantes –añadió ella repitiendo la frase favorita de su madre.

–Eso no es una verdad científica –replicó Harrison.

–Bueno, pero los diamantes necesitan calor y presión para

formarse –murmuró ella.

–Eso sí es verdad –concedió él con una sonrisa cautivadora.

Esa conversación le había demostrado lo fácilmente que Harrison podía derribar sus defensas y le había indicado que podía estar equivocada sobre el hermano Crosby que era más peligroso para ella. Se acordó de lo que le había dicho Everly. Quizá su preocupación estuviese justificada. ¿Podría cumplir su parte del trato cuando ya estaba pensando en conocer mejor a Harrison y no en utilizarlo?

Quince minutos después, estaban saliendo del restaurante y Harrison, nada más pisar la acera, le tomó la mano y se rodeó el brazo con ella. Sentía cierta calidez por dentro gracias al vino que había bebido y a la estimulante compañía de Harrison. Estar pegada a él aumentaba la temperatura de esa calidez y tomó una bocanada de aire fresco con la esperanza de que le aclarara la cabeza.

–¿Sigues pensando en el helado? –le preguntó él cuando llegaron a una esquina y la llevó a una calle más tranquila–. Yo no…

–¿No…?

London tembló ligeramente cuando la puso contra la pared de ladrillo del edificio y apoyó el antebrazo al lado de su cabeza. Él la miró a los ojos antes de bajar la mirada a los labios.

–El único postre que quiero es el sabor dulce de tus labios.

Si se lo hubiese dicho otro hombre, habría replicado algo cortante, pero Harrison tenía algo que le indicaba que lo decía sinceramente. Se le aflojaron los músculos y agradeció la pared que tenía detrás. Además, no sabía qué hacer con las manos. Ese cuerpo granítico las atraía, pero acariciarle el pecho, aunque tentador, podría ser una… confianza excesiva para la primera vez que salían a cenar.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo…? –repitió él antes de rozarle los labios con sus labios delicados y firmes a la vez.

–Sí… –contestó ella en un tono casi suplicante.

–¿Estás segura de que no sería demasiado atrevido por mi parte?

Parecía decidido a atormentarla como fuera. La propuesta de un beso conseguía exactamente lo que pretendía. La frustraba y le producía curiosidad a la vez. Levantó las manos y las introdujo entre su pelo.

–Bésame como quieres besarme –casi le ordenó ella mientras él le pasaba los labios por la mejilla.

–Si lo hago, podrían detenernos.

Él se rio sobre su piel y ella se estremeció. London, alterada por

el anhelo que había despertado en ella, puso una mano sobre su pecho y captó al instante los latidos acelerados de su corazón, lo que le dio más confianza en sí misma. No era la única que sentía esa atracción, sino que había brotado entre ellos cargada de expectativas.

–No sé qué hacer contigo –murmuró ella mientras él le rodeaba la cintura con una mano y la estrechaba contra su cuerpo.

–Qué curioso, porque yo sé perfectamente qué hacer contigo –Harrison le acarició la curva del trasero–. Eres la tentación en persona.

London sintió una palpitación de deseo entre los muslos y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

–Será mejor que me vaya a casa.

–Te acompañaré hasta el coche.

Para su espanto, eso la defraudó y se hizo varias preguntas mientras iban hacia al aparcamiento donde había dejado el coche. ¿Cómo había esperado que hubiese acabado la noche? ¿Había esperado que él insistiera en que siguieran un rato juntos? ¿Había esperado que la hubiese invitado a su casa?

Él había demostrado que ella le atraía, ¿no? Su comentario sobre la tentación en persona quería decir eso, ¿no? Hablaba como si la deseara, pero no había hecho nada que se hubiese pasado de la raya que ella fijaba para las primeras citas. Sus besos no habían buscado derribar sus defensas ni abrasarla por dentro. Estaba segura de que eso acabaría pasando. El breve contacto que había tenido con él le había demostrado que su cuerpo era como una tea y que sus besos eran la chispa que la encenderían.

–¿Te pasa algo? –le preguntó él abriéndose paso entre sus pensamientos.

–No, estoy bien.

Sin embargo, no lo estaba, ni mucho menos. ¿Le pasaría algo que hacía que los hombres perdieran el interés en el sexo? ¿Sería de ese tipo de mujeres que les quitaban las ganas a los hombres? Harrison casi ni la había besado, era posible que no le interesara llevar las cosas más lejos.

Se le pusieron los pelos de punta al pensar en su relación con Linc. Hacía meses, le había obsesionado la posibilidad de que él hubiese roto el compromiso porque ella no era deseable. Las relaciones sexuales entre ellos habían sido buenas, desde luego. Linc era un amante fantástico y ella siempre se había quedado satisfecha, pero no habían sentido esa pasión desgarradora que Maribelle sentía con Beau, según le había contado ella muchas veces. En

realidad, había llegado a molestarse algunas veces con Maribelle después de que le contara historias de ella y su novio.

–¿Te acuerdas de que te dije que soy introvertido?

–Sí.

–Aparte de la impresión negativa que podemos dar por tímidos, distantes o altivos, tenemos muchas características positivas. Por ejemplo, tenemos la capacidad de recibir y procesar mucha información.

–¿Qué tipo de información? –preguntó ella, que no sabía adónde quería llegar Harrison.

–Cuando estoy en una carrera, pequeños detalles de los coches pueden decirme lo que están pensando los pilotos. También se me da muy bien interpretar expresiones mínimas. Puedo decir lo que está sintiendo alguien por la levísima contracción de un músculo.

–¿Crees que sabes lo que estoy pensando?

A London le molestaba sentirse como un bicho en un microscopio.

–Sé que no estás contenta.

Ella se limitó a mirarlo con una ceja arqueada.

–Puedes mirarme como quieras, pero no estás molesta conmigo.

–¿Qué te hace pensar que estoy molesta con alguien?

–No es con alguien, es contigo misma.

Debería inquietarle que la hubiese interpretado tan fácilmente, pero él no la juzgaba.

–Y supongo que sabes el motivo…

–Podría adivinarlo, pero prefiero esperar a que tú me lo cuentes.

Él no podría haber dicho nada mejor, pero London tuvo ganas de llorar. Se preciaba de su fuerza y resistencia. Que Harrison le hubiese alterado las hormonas, le hubiese despertado sus inseguridades y hubiese estado a punto de hacerle llorar demostraba lo peligroso que podía llegar a ser.

–¿Y si no te lo cuento nunca?

Él, para sorpresa de ella, le dio un abrazo fuerte y casto que le dejó el cuerpo temblando y los nervios de punta.

–Todo el mundo necesita hablar con alguien, London –susurró él mientras la soltaba–. Te llamaré a lo largo de la semana con los detalles sobre el sábado. Estoy deseando que tus amigos y tú vengáis a la carrera.

London aprovechó que estaba sentándose detrás del volante para recuperar el dominio de sí misma.

–¿Debería saber algo de antemano?

–Parece ser que va a hacer sol y un poco de fresco el día de la

carrera. Vístete adecuadamente.

–De acuerdo. Hasta el sábado.

Ella no tenía ni idea de lo que había que ponerse en un circuito de carreras, pero seguro que Maribelle tenía infinidad de ideas.

–Hasta el sábado.

Harrison le guiñó un ojo y retrocedió un paso para que pudiera cerrar la puerta.

–¡Harrison! –el grito de su tío Jack lo devolvió al presente–. ¿Se puede saber qué te pasa? Llevas toda la semana pensando en otra cosa.

Su tío tenía razón. Era sábado a primera hora de la tarde. Las vueltas de clasificación habían sido esa mañana y, en vez de volver a consultar sus resultados en el circuito de Richmond, una rubia no se le iba de la cabeza y le alteraba su capacidad para centrarse en lo que tenía que hacer.

Los días previos a una carrera solía estar especialmente concentrado, pero no lo estaba y había malgastado mucha fuerza lamentándose por haberse echado atrás en vez de haber dado el paso definitivo, como, al parecer, había esperado ella.

Aun así, el conflicto de ella había sido evidente. Había dejado muy claro que él no era el tipo de hombre con el que ella se veía, pero la atracción innegable entre ellos la tentaba. A juzgar por cómo le había rogado que la besara, era indiscutible que le gustaba, y precisamente por eso se había retirado en vez de agotar su resistencia. Esa mujer tenía ideas y límites muy claros sobre cómo tenía que ser una… aventura amorosa. Él tenía que crear las condiciones para unas reglas del juego nuevas.

–Creo que he estado un poco ausente.

–¿Un poco? –su tío se cruzó de brazos–. Nunca te había visto así.

–No será para tanto.

–Desde que te presentaste en Crosby Motorsports y afirmaste que algún día serías nuestro primer piloto, siempre has sido el integrante del equipo más concentrado, y no es decir poco si tenemos en cuenta todo el talento que hemos reunido. Sin embargo, esta semana no lo has hecho.

Entonces, Harrison vio un trío que se dirigía hacia ellos por el callejón de los boxes y sonrió de oreja a oreja. Había reconocido inmediatamente a Maribelle. El hombre espigado y bien vestido que seguía su paso enérgico tenía que ser su novio, y la rubia de piernas largas que los seguía parecía un pulpo en un garaje, miraba a un

lado y a otro mientras intentaba asimilar el ruido de los coches y el ajetreo de los mecánicos.

–Perdóname un segundo –le pidió a su tío antes de ir a recibir a los visitantes–. Bienvenidos a Richmond –les saludó cuando llegó a su altura–. Hola, Maribelle. Tú serás Beau, su novio. Yo soy Harrison Crosby.

–Beau Shelton –Harrison y él se estrecharon la mano–. No hace falta que te presentes, somos grandes admiradores tuyos –Beau señaló a Maribelle con la cabeza y ella asintió con vehemencia–. Te agradecemos esta ocasión de ver las cosas entre bastidores.

–Me alegro de que hayáis venido.

Harrison tuvo que hacer acopio de toda su paciencia porque lo único que quería era dejar a un lado a esa pareja y tomar a London entre los brazos.

–Gracias por la invitación –intervino Maribelle guiñándole un ojo.

A Harrison no le importó su descaro, aunque le llamó la atención otra vez lo distinta que era de su reservada amiga. Dado lo íntimas que parecían ser, Harrison esperó que eso fuese un buen presagio para sus posibilidades con London. Evidentemente, quería tener a alguien cerca que la animara a divertirse de vez en cuando… y la necesitaba.

–Hola –le saludó a London cuando la pareja se apartó–. Me alegro de que hayas venido –añadió él antes de darle un beso en la mejilla a pesar de los titubeos de ella.

London lo miró con los ojos entrecerrados.

–Has sido muy amable al invitarnos.

–Estás impresionante.

Se había puesto unos pantalones vaqueros azul oscuro, ceñidos y con unos desgarrones que les deban un aspecto muy moderno; un jersey blanco, amplio y peludo y una cazadora de ante marrón claro que entonaba con unas bailarinas también de ante. Parecía como si se hubiese esforzado para vestirse, pero no había conseguido el aspecto desenfadado y de fin de semana de su amiga. Sus dedos anhelaban introducirse entre el moño bajo para soltárselo. Necesitaba a alguien como él para desaliñar un poco su imagen perfecta.

–Me gusta tu mono –ella lo miró de arriba abajo y la sangre le bulló–. Tiene mucho colorido.

Harrison se ajustó a una conversación de cortesía para dominar las ganas de buscar un rincón apartado y borrarle con un beso esa sonrisa sarcástica.

–¿Qué tal el vuelo?

–Uno poco más… azaroso que otras veces –sus ojos azules se desviaron y miraron a sus amigos–. Beau está enseñándole a Maribelle a pilotar y ha despegado y aterrizado.

–No ha pasado nada –intervino Maribelle–. Hacía más viento del que estoy acostumbrada durante el aterrizaje, pero lo hice bastante bien, ¿no?

La última pregunta se la hizo a su novio, quien asintió con la cabeza y le sonrió con el cariño reflejado en los ojos.

–Lo hiciste muy bien.

Harrison sintió una opresión de envidia en el pecho por la sintonía evidente de la pareja. Fue un sentimiento que le sorprendió. Durante los diez últimos años, había visto que la mayoría del equipo y pilotos se enamoraba y se casaba. Muchos, incluso, habían formado familias. Ni una sola vez se habría cambiado por ellos, pero estaba empezando a sentir una considerable insatisfacción con su vida personal desde que había conocido a London.

–Mi coche está en el tercer box de la izquierda, si queréis verlo…

–No he visto nunca un coche de carreras de cerca –comentó Maribelle mientras tiraba de la mano de Beau–. Tengo cientos de preguntas.

Harrison dejó que los amigos de London fuesen por delante. No podía negar que tenía ganas de tocarle y rozó el dorso de la mano con el de ella para ver cómo reaccionaba. Ella lo miró con una expresión titubeante, aunque dio la vuelta a la mano para que las palmas se encontraran. Él esbozó una sonrisa indolente mientras le rodeaba los dedos con los suyos.

–Vaya… no está mal… –él no supo qué quería decir, pero ella miraba alrededor como si temiera que fuesen a arrollarla en cualquier momento–. Cuánta actividad…

Los técnicos se arremolinaban alrededor de los coches y hacían los retoques de última hora antes del último entrenamiento del día. Era un día menos caótico que el día de la carrera y él estaba encantado de poder enseñárselo a London y a sus amigos.

–Si creéis que esto es un jaleo, esperad a mañana. Entonces, las cosas se ponen que arden.

–Pero vas vestido como si fueses a ponerte detrás del volante – London le puso un dedo encima del corazón desenfrenado–. ¿Qué pasa hoy?

–Esta mañana hemos tenido las vueltas de clasificación y esta

tarde hay entrenamientos.

Ella ladeó la cabeza como si fuese un pájaro curioso.

–¿Tienes que clasificarte para correr?

–Para ordenarnos por puestos de salida.

–¿En qué puesto sales?

–El décimo.

Debería haberlo hecho mejor, pero la emoción de volver a verla le había impedido concentrarse, y era algo insólito. Ninguna mujer lo había desbaratado de esa manera.

–¿Está bien?

A juzgar por la bronca que le había echado su tío, no estaba nada bien.

–No está mal si tenemos en cuenta que somos cuarenta –contestó Harrison encogiéndose de hombros.

Tampoco era su peor puesto de la temporada. Hacía un mes, el coche no había pasado la inspección previa a la clasificación por culpa de una cinta adhesiva en el alerón y acabó saliendo en el puesto treinta y seis.

–Entonces, ¿te veré pilotar esta tarde?

–Tenemos un entrenamiento de cincuenta minutos a las tres –Harrison le tomó la mano y la llevó consigo–. Venid a conocer al equipo y a ver el coche.

Después de presentarles a su tío y de darles una vuelta por el garaje, Harrison indicó a Beau y a Maribelle desde dónde podían ver los entrenamientos. Luego, antes de dejar que London siguiera a su aire, le tomó la mano para que detuviera a ocho metros del box de su coche.

–He estado pensando en ti durante toda la semana… –reconoció él hipnotizado por los puntos dorados de sus ojos azules.

–Yo también he pensado en ti –luego, London siguió como si ya hubiese dicho demasiado–. El lunes tenemos que ver varios sitios y tengo que pasarte un montón de ideas sobre la decoración.

Él no hizo caso de su intento de desviar la conversación y se inclinó hacia ella.

–He estado lamentándome por no haber aceptado tu oferta.

–¿A qué oferta te refieres? –le preguntó ella con la voz ronca.

Él le tomó la chaqueta entre dos dedos y tiró de ella hasta que los muslos se rozaron. Ella se mordió el labio cuando las miradas se encontraron.

–Cuando me dijiste que te besara como quisiera.

–Eso lo dije llevada por la pasión del momento –replicó ella con la voz baja y un poco temblorosa–. No sé qué estaba pensando.

–Yo esperaba que no estuvieses pensando nada…

–Me imagino que no pensaba nada –London esbozó una sonrisa irónica–. Si hubiese pensado algo, no habría salido contigo.

Ella lo dijo en un tono desenfadado que le quitó hierro a sus palabras.

–Pues yo creo que piensas demasiado.

–Yo creo lo mismo de ti.

–Es verdad –reconoció él—, menos cuando tú estás cerca. Entonces, solo siento –Harrison le tomó la cara entre las manos y le pasó un pulgar por el labio inferior. Ella abrió los ojos por la sorpresa–. Mi tío está muy enfadado conmigo porque no he podido concentrarme.

Estuvo a punto de dejarse llevar por la tentación de inclinar la cabeza y besarla delante de su tío y todo el equipo, pero ella le apartó la mano con delicadeza y se la acarició.

–Te encanta seducir.

–No te estoy seduciendo. Estoy diciendo la verdad pura y dura. ¿Cenarás conmigo esta noche?

–¿Con todos? –preguntó ella mientras miraba a sus amigos que se alejaban.

–Claro, sois mis invitados.

A Harrison le gustó captar cierta decepción en su mirada. ¿Había esperado cenar a solas con él?

–Tengo una rueda de prensa a las seis. ¿Os recojo a las ocho?

–Me parece bien –contestó ella sin dejar de mirar a la otra pareja.

–Perfecto –él desvió la mirada a sus labios–. ¿Un beso para desearme suerte…?

–Yo creía que se trataba de entrenamiento –ella arqueó una ceja–. ¿Para qué quieres la suerte?

–El peligro ronda siempre en la pista –contestó él un tono muy persuasivo mientras tiraba de ella–. Hay mil cosas que podrían salir mal.

–Bueno, no me gustaría ser la responsable de que te pasara algo.

London le dio un beso muy fugaz en la mejilla. No era lo que él había pensado, pero la sangre le bulló en las venas solo de sentir el roce de sus pechos. La agarró de la cintura y la estrechó contra sí durante un segundo arrebatador. Ella se apartó enseguida y con las mejillas sonrojadas.

–Buena suerte, Harrison –le deseó ella antes de darse la vuelta para seguir a sus amigos–. No dejes que se desperdicie al beso.

Él sacudió la cabeza con tristeza y volvió al box, donde su

equipo estaba dispuesto a tomarle el pelo por lo evidentemente que se le caía la baba con London.

–La verdad es que no está nada mal –comentó Jack Crosby inexpresivamente–. Ahora, ¿te importaría dejar de babear y podrías concentrarte durante los próximos cincuenta minutos?

–Jack, si no estuvieses tan enamorado de tu esposa, podría pensar que estás celoso –replicó Harrison con una sonrisa jactanciosa.

Capítulo Cinco

El reloj de la mesilla de la habitación del hotel marcaba las ocho menos cinco y la angustia se adueñó de ella. London se miró en el espejo. Era la tercera vez que se probaba algo distinto y no sabía qué hacer.

Había ido demasiado arreglada al circuito. Parecía que fuera a reunirse con un cliente, no que fuese cenar con un sexy piloto de carreras. ¿Se presentaría él con unos vaqueros y una camiseta o con unos pantalones y un jersey? ¿Debería ponerse ella los pantalones negros y la blusa blanca que había metido en la maleta? Ya estaba yendo hacia el armario cuando llamaron a la puerta.

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho, pero se acordó de que Harrison no sabía el número de su habitación y no podía ser quien llamaba. Abrió la puerta y vio a Beau en el pasillo.

–¿Vas a ponerte eso para salir a cenar? –le preguntó él arqueando una ceja.

Había llegado a apreciar mucho a Beau en los tres últimos años, pero le parecía excesivo que criticara su vestimenta. Se cruzó de brazos y lo miró con el ceño fruncido.

–Sí –¿por qué todo el mundo criticaba su aspecto?–. ¿Qué tiene de malo?

Ella había querido parecer agresiva, pero parecía preocupada.

–Es una cita para salir a cenar –contestó Beau–, no una reunión de trabajo.

–No es una cita –replicó ella.

Quería que lo fuese, pero no podía encariñarse de Harrison cuando tenía que utilizarlo para llegar hasta su hermano.

–Solo somos cuatro personas que vamos a cenar –añadió ella.

–En cuanto a eso… –Beau miró hacia la habitación que tenía con su novia–. Maribelle no se encuentra muy bien y vamos a quedarnos. Pediremos algo al servicio de habitaciones.

London supo al instante que su amiga estaba perfectamente y que solo era una treta de la pareja para que ella cenara a solas con Harrison. El pánico se apoderó de ella.

–Pero ya es demasiado tarde para que yo la cancele. Ya estará aquí…

–Seguro que los dos os lo pasáis muy bien –él le sonrió y le guiñó un ojo–. Ponte otra cosa y diviértete. Es un tipo estupendo.

–Estupendo –farfulló ella mientras cerraba la puerta y se quedaba pensando lo que había dicho Beau.

Efectivamente, Harrison parecía estupendo, alguien que no se merecía lo que ella estaba haciéndole. Sintió una punzada de remordimiento mientras iba al tocador para recoger el bolso. Una mancha azul verdoso le llamó la atención cuando pasó al lado del armario. Había metido el vestido ceñido y con vuelo en el último momento porque el color le recordaba a los ojos de Harrison.

Gruñó por los impulsos que la dominaban, se quitó la chaqueta y se bajó la cremallera del recatado vestido. Un minuto después estaba poniéndose el otro vestido. Casi inmediatamente, la idea sobre la noche que se avecinaba cambió por completo. Se dio la vuelta para tomar la bolsa con accesorios que estaba en el tocador y notó que el remolino de la falda le acariciaba los muslos. Sintió una reacción en cadena de sensaciones.

El espejo del tocador reflejaba la cara de una mujer con un brillo de excitación en los ojos. Se soltó el moño y dejó que el pelo le cayera alrededor de la cara antes de ponerse unos largos pendientes de cristal que le rozaban el cuello al moverse. Miró el reloj y comprobó que llegaría tarde. Recogió la ropa del suelo y la dejó en la cama mientras se ponía unas bailarinas rosadas y tomaba el bolso.

Entonces, cuando cerró la puerta y fue apresuradamente hacia el ascensor, se dio cuenta de que tenía la respiración entrecortada. No podía atribuirlo a haberse cambiado de ropa en el último momento sino a que le alteraba la idea de cenar a solas con Harrison.

Como su habitación estaba en el segundo piso, tuvo menos de un minuto para serenarse antes de que se abrieran las puertas del ascensor. Salió al suelo de mármol del vestíbulo, que estaba repleto de gente que se iba a cenar o que se dirigía al elegante bar para tomar una copa.

Entonces, se dio cuenta de que la zona era muy grande y de que no había quedado con Harrison en ningún sitio concreto. Sin embargo, no le dio tiempo a preocuparse porque apareció enseguida. Iba completamente vestido de negro, muy guapo, muy deseable y con un aire un poco peligroso. Él se acercó y ella resopló para soltar la respiración.

–Hola… –le saludó ella en voz baja.

–Estás impresionante.

Él se inclinó y le rozó la mejilla con los labios. A ella se le puso la carne de gallina.

–Gracias –a London le pareció increíble que no se le ocurriera nada más–. Y tú… Quiero decir, que tú también estás muy bien.

–Gracias –Harrison miró alrededor–. ¿Dónde están Maribelle y Beau?

–Van a quedarse. Ella no se encuentra bien y pedirán algo al servicio de habitaciones.

–Espero que no vayan a perderse la carrera de mañana –replicó él con el ceño fruncido.

–Creo que se repondrá milagrosamente.

Harrison arqueó las cejas y ella se aclaró la garganta.

–Le encanta hacer de casamentera.

–Entiendo.

¿Lo entendía? London lo miró de soslayo y vio que él también estaba mirándola, aunque lo hacía con un descaro y una curiosidad evidentes.

–Maribelle cree que eres un buen partido.

–No quiero ofenderla, pero me da igual lo que crea –Harrison la llevó hacia las puertas de salida de la mano–. Quiero oír tu opinión.

–¿Si eres un buen partido? –London tenía la respiración entrecortada y era por la calidez de los dedos de Harrison–. Claro que lo eres.

Él la miró mientras salían por la puerta.

–Lo dices sin inmutarte.

–¿Y cómo debería decirlo? –a pesar de los recelos iniciales, estaba pasándoselo bien bromeando con Harrison–. ¿Quieres que descubra el pastel y le diga a todo el mundo que estoy colada por ti?

–No estaría mal –contestó él con una sonrisa burlona–. Sobre todo, después de lo que he pensado en ti durante estos últimos días. Me está complicando las cosas con mi equipo.

Él había vuelto a tomarle la mano en cuanto pisaron la acera. ¿Lo decía de verdad? Solo se habían visto tres veces y habían salido una. Estaría contándole un cuento, aunque era muy tentador creerlo. Ese halago era un estímulo para su vanidad, y lo necesitaba mucho porque estaba por los suelos desde que Linc rompió el compromiso.

–Te has quedado muda –siguió–. ¿No me crees?

–No nos conocemos casi.

–Eso es verdad, pero me sentí atraído por ti inmediatamente, y

creo que tú también sentiste la misma atracción. Si no, ¿por qué has aceptado venir aquí este fin de semana?

–Maribelle me habría matado si te hubiese rechazado.

Era una excusa muy mala y los dos lo sabían. London contuvo la respiración. Harrison había sido muy generoso al organizarles ese fin de semana y estaba en deuda con él.

–Además, quería ver lo que hacías. Ha sido muy emocionante verte en las vueltas de entrenamiento.

Él casi la deslumbró con la sonrisa tan radiante que esbozó.

–Pues ya verás la carrera. Todo gana interés cuando cuarenta pilotos ponen toda la carne en el asador.

–Puedo imaginármelo –ella también sonrió porque el entusiasmo de él era contagioso–. ¿Adónde vamos?

La había llevado por una calle del centro mientras hablaban y en ese momento, mientras cruzaban una calle, él le señaló una marquesina roja que indicaba la entrada a un restaurante.

–La comida es muy buena y pensé que te gustaría probarla.

–Me parece muy bien.

La había llevado a un pequeño bistró francés con suelo de madera y mesas con manteles blancos. Había una serie de mesas con asientos de respaldos muy altos a lo largo de una pared de ladrillo y la pared de enfrente estaba llena de botellas de vino. La iluminación tenue daba un aire cálido y romántico al espacio y el olor hizo que a London se le hiciese la boca agua. Los sentaron en una tranquila mesa al fondo del restaurante y ella se concentró en la carta.

–¡Todo tiene muy buena pinta! –exclamó ella–. No sé qué elegir.

–Podemos pedir un par de cosas y compartirlas –propuso Harrison.

A London le pareció que facilitaría la elección y asintió con la cabeza.

–Como ya has estado aquí, te dejaré que decidas.

–¿Te fías de mí?

Ella tuvo la sensación de que él estaba pensando en algo más que en la comida.

–Digamos que me siento un poco audaz en este momento.

–Me gusta…

La camarera les llevó las bebidas y tomó nota y London decidió que iba a tomar las riendas de la conversación.

–¿Dónde te alojas?

–En una autocaravana al lado del circuito –contestó él–. Te invito a que vengas a verla más tarde. Es muy amplia y tiene una

cama muy grande al fondo.

–Supongo que así te sentirás más cerca –replicó ella pasando por alto su invitación–. He visto tu programa del fin de semana y estás muy ocupado. Me sorprende que hayas tenido tiempo para salir a cenar conmigo.

–Me he escapado –dijo él con una sonrisa maliciosa–. Mi tío cree que estoy repasando los datos de las vueltas de hoy para la carrera de mañana.

–¿De verdad? –ella se quedó estupefacta antes de darse cuenta de que él estaba bromeando–. Me estoy dando cuenta de que una carrera no es solo montarse en un coche y correr mucho.

–Algunas veces, los cambios más nimios son trascendentales.

–Entonces, aparte de hidratarte –ella se refería a que él estaba bebiendo solo agua y no compartía la botella de vino que había pedido para ella–, ¿qué más haces para preparar la carrera de mañana?

La ocupación de Harrison estaba empezando a parecerle muy interesante, a pesar de que, en un principio, había dudado mucho de que pudiera interesarle un piloto de coches.

–La noche anterior como muchos hidratos de carbono. Espero que te guste la mousse de chocolate.

–Siempre tengo un hueco para el chocolate.

–Mañana por la mañana desayunaré en abundancia y luego tomaré un almuerzo ligero. En medio, apareceré con los patrocinadores y luego me reuniré con el equipo para repasar la estrategia. Después, hay una reunión de pilotos donde la asociación nos informa de los últimos detalles. Si tengo suerte, conseguiré estar un rato solo en la caravana para poner la cabeza en orden, pero lo más probable es que esté viendo gente y saludando. Al final, después del almuerzo, me vestiré e iré a la presentación de los pilotos.

–¡Caray! El programa es muy apretado –ella empezaba a darse cuenta de que, además de pilotar, era como un embajador de los patrocinadores y una celebridad–. No tienes tiempo para ti mismo.

–La verdad es que no. Todo forma parte de mi trabajo y no renunciaría a nada.

–Dirás que eres introvertido pero ¿no te quedas machacado por esas apariciones en público y el poco tiempo que te dejan?

–Me gusta encontrarme con mis admiradores –untó un poco de mantequilla en un trozo de pan y se lo metió en la boca–, pero cuando tengo tiempo libre, hago lo que sea para recargar las pilas.

–Me sorprende que hayas salido conmigo.

–¿Por qué? –él sonrió de oreja a oreja y las defensas de ella se tambalearon–. Estar contigo es muy estimulante.

–Eres muy amable…

–Lo digo de verdad –él la señaló con otro trozo de pan–. Es el momento para que confiese algo.

–¿El qué? –preguntó ella con la esperanza de que fuese algo espantoso y así pudiera sentirse mejor por utilizarle para acercarse a Tristan.

–Utilicé la fiesta de cumpleaños de mi hermano para volver a verte.

–Ah… –a London se le paró el pulso–. ¿Eso significa que no me necesitas para que la organice?

Ella pensó en todo el tiempo que había dedicado a la fiesta y suspiró, pero tampoco sería el primer cliente que se echaba atrás.

–No, ni mucho menos. Mi madre está encantada de que la haya liberado. Mi hermano puede ser muy especial en algunas cosas y es mejor que yo me haga responsable de su decepción.

–¿Estás dando por supuesto que se decepcionará antes de que te haya contado mis planes? Eso no dice mucho sobre la confianza que tienes en que haga bien mi trabajo.

Él abrió mucho los ojos aunque ella lo había dicho sin rencor ni apasionamiento.

–No quería decir eso. Estoy seguro de que lo harás de maravilla. Lo que pasa es que no es fácil impresionar a Tristan. Siempre ha sido así.

London asintió con la cabeza al acordarse de que Zoe le había contado algo parecido sobre su exmarido.

–Acepto el reto.

–Te creces con las dificultades –comentó él con la admiración reflejada en los ojos–. A mí me pasa lo mismo… por eso nos convenimos el uno al otro.

Aunque esas palabras la emocionaban, el remordimiento empañaba el placer. Había aceptado organizar la fiesta de su hermano y seguir viéndolo para vengarse de Tristan. Lo único que tenía que hacer era dominar los sentimientos.

–¿No crees que dos personas competitivas acabarían estropeándolo todo porque siempre querrían ganar? –preguntó ella.

–No si lo hacemos juntos. Si formamos un equipo, podríamos lograr lo que quisiéramos.

London, antes de asentir con la cabeza, se recordó por qué había empezado a salir con él. Intimar con Harrison era un medio para alcanzar un fin…. y si eso la convertía en una persona espantosa.

Harrison observó mientras subían su coche, el número veinticinco, en el camión que lo llevaría de vuelta a Carolina del Sur. Estaba contento con el segundo puesto. Solo faltaba una carrera para que terminara la temporada e iba el tercero de la clasificación general. A juzgar por los puntos, muy mal tendría que hacerlo el fin de semana siguiente para perder ese puesto.

Cuando desapareció el coche, sintió una oleada de agotamiento que se adueñaba de él. Ya conocía esa sensación. Una vez terminada la carrera, y cuando ya no tenía entrevistas con la prensa, su cuerpo se desinflaba como reacción a ese día interminable.

–Buena carrera –su tío estaba a su lado mientras el equipo se ocupaba del coche–. Estaba preocupado por ti al principio.

Había sido una carrera inusitadamente complicada al principio porque le había costado concentrarse en la pista y en los demás coches cuando no podía dejar de pensar en London y en la cena de la noche anterior. Todo había mejorado después de la centésima vuelta, cuando se había asentado en la carrera y había querido ganar para impresionar a London.

–Solo quería darle un poco de emoción –replicó Harrison con una sonrisa irónica.

–Pues lo conseguiste –gruñó Jack–. Avísame cuando estés preparado para marcharte. Me gustaría haberme largado a medianoche.

–La verdad es que ya tengo quien me lleve a Charleston.

–¿Tu nueva novia? –le preguntó su tío con una ceja arqueada.

–No es mi novia… todavía.

La última palabra dejó claro algo que Harrison no se había reconocido a sí mismo. El interés por London McCaffrey era más que esporádico. ¿Qué le pasaba? ¿Habían salido un par de veces y ya estaba pensando en una relación formal? Solo hacía las cosas deprisa en la pista de carreras, pero se sentía bien cuando estaba con London y su intuición no le había fallado nunca.

–¿Estás seguro de que es la mujer acertada para ti?

La pregunta de su tío fue como un bache que no había visto acercarse.

–¿Tienes algún motivo para pensar que no lo es? –preguntó Harrison con un regusto amargo en la garganta.

Si bien Jack nunca decía nada sobre la vida personal de sus pilotos, dirigía una empresa en la que cada piloto aportaba entre cientos de miles y millones de dólares de patrocinadores. Eso

significaba que no podía permitirse que su equipo no rindiera al cien por cien, y que, por lo tanto, se condenaría cualquier cosa que fuese un obstáculo.

–Le he preguntado a Dixie sobre ella.

–¿Y? –preguntó Harrison en tono desafiante.

–Es una… arribista –contestó Jack con una expresión más dura–. Al parecer, su madre y ella han estado intentando entrar en los círculos más selectos de Charleston sin mucho éxito.

–¿Qué tiene que ver eso con que ella y yo salgamos?

Harrison ya sabía la respuesta, pero quería oírsela a su tío.

–Solo me preocupa que te altere la cabeza si no tienes cuidado.

–¿Porque no soy su tipo?

–Antes de Linc Thurston, solo había salido con ejecutivos y profesionales –contestó Jack–. No creo que hubiese salido con un jugador de béisbol si no hubiese pertenecido a una de las familias más antiguas de Charleston. Además, creo que si ya no están prometidos es porque Linc se lo olió antes de que fuese demasiado tarde.

–Yo creo que no es tan superficial –replicó Harrison con la esperanza de que fuese verdad–. Además, acabamos de conocernos, ¿quién sabe cómo acabará todo esto?

–Ocúpate de aclararlo en cualquier sentido antes de que la temporada vuelva a empezar en febrero –gruñó su tío con el ceño fruncido–. No quiero que estés pensando en otra cosa cuando corres.

–Con un poco de suerte, no tardaré tanto.

Jack asintió con la cabeza y los dos hombres se separaron.

Harrison volvió a la caravana y se dio una ducha. Aunque el día era frío, dentro del coche se alcanzaban temperaturas por encima de los cincuenta grados y una carrera media duraba tres horas como mínimo. Se vistió, se echó la bolsa de lona por encima del hombro y fue al sitio donde había quedado con London y sus amigos. La parecía curioso que Beau fuese piloto de aviones y que Maribelle estuviese aprendiendo a pilotar. Era una pareja que le caía bien, eran la contrapartida optimista a la discreción de London.

Harrison, a raíz de la conversación con Jack, reflexionó sobre lo que buscaba con London. Si solo quería sexo, iba por el camino equivocado a juzgar por la sintonía que bullía entre ellos. La noche anterior, por ejemplo, la acompañó hasta la habitación de su hotel y, una vez más, ella dejó entrever que le gustaría… el contacto físico. Sin embargo, él no entró con ella en la habitación e hizo todo lo que había fantaseado hacer, sino que se limitó a darle un beso en

la frente, porque no se atrevió a rozarle los labios, y se marchó con un dolor punzante en el pecho y en las entrañas.

Agradeció al fresco en la piel y aceleró el paso porque estaba ansioso por ver a London y por oír qué le había parecido la carrera. Un todoterreno plateado lo esperaba al lado de la puerta del aparcamiento. La ventanilla estaba bajada y reconoció a Beau, que sonreía y gesticulaba mientras hablaba con los ocupantes del coche.

–Hola –le saludó Harrison al acercarse–. Gracias por llevarme.

–¿Estás de broma? –Beau miró a su novia–. Es lo mínimo que podemos hacer después de este fin de semana. El pase que nos diste para entrar en boxes fue increíble.

Harrison abrió la puerta que había detrás de la del conductor y vio a London sentada en el extremo opuesto. Sintió una opresión en el pecho. Era preciosa. Llevaba pantalones negros y una chaqueta vaquera sobre un jersey color crema. Tenía el pelo recogido en una coleta floja y unos mechones largos le enmarcaban el rostro. Sus labios carnosos esbozaron una sonrisa y él no captó ningún titubeo. Se sentó al lado de ella con el pulso alterado y enseguida percibió su olor floral.

–¿Qué te ha parecido tu primera carrera? –le preguntó Harrison mientras dejaba la bolsa en la parte de atrás–. ¿Ha sido como te esperabas?

–Si soy sincera, creí que me aburriría, que quinientas vueltas serían demasiadas, pero me lo he pasado muy bien –London señaló a la pareja que iba delante de ellos–. Me explicaron muchos detalles de la estrategia. Por cierto, enhorabuena por el segundo puesto.

–Sí, el equipo ha trabajado muy bien este fin de semana.

¿Por qué estaba quitándole importancia a su éxito? ¿Acaso no quería impresionar a esa mujer? Según lo que había oído, ella solo se conformaba con lo mejor.

–Si todo sale bien el fin de semana que viene –siguió Harrison–, Crosby Motorsports acabará segundo esta temporada.

–Entonces, el fin de semana que viene es la última carrera, ¿no? ¿Qué haces cuando termina la temporada?

–Descanso, juego y me preparo para la temporada siguiente.

–¿Cuánto tiempo tienes?

–La temporada empieza en febrero. Me tomo unas vacaciones en diciembre para celebrar las fiestas con mi familia, pero entreno aunque no haya carreras. Entreno en el gimnasio y con simuladores para mantener los reflejos a punto –Harrison le tomó la mano y le acarició la palma. Notó que los dedos le temblaban un poco–. Anoche lo pasé muy bien –siguió él bajando la voz para que solo lo

oyera ella.

–Yo también. Gracias por la cena.

Ella desvió la mirada hacia la pareja que iba delante y volvió a mirarlo.

–Siento que tuviéramos que acabar tan pronto.

–Hoy te esperaba un día muy importante. Me habría sentido mal si te hubiese entretenido hasta muy tarde.

Ella le dirigió una mirada abrasadora y se le disipó el cansancio. ¿Acaso se sentía descarada porque no estaban solos? Jugó con sus dedos y se imaginó lo que sentiría si le acariciaban el cuerpo desnudo. Sin embargo, para su sorpresa, el deseo que se le despertó al pensar en eso vino acompañado de unas ganas tremendas de saber qué era lo que le estimulaba a ella. Levantó su mano y se la llevó a los labios. Ella contuvo el aliento y él sonrió. Empezaba a sospechar que para abrirse paso entre sus defensas tenía que tensar sus límites sensuales y desequilibrarla. Tendría que ponerlo a prueba al día siguiente, cuando fueran a buscar un sitio para la fiesta.

–Creo que una noche en vela contigo habría compensado un mal resultado en la carrera.

–Estoy segura de que tu tío no opina lo mismo.

–Él también fue joven una vez.

–Dirige un equipo con un presupuesto de muchos millones –replicó ella en un tono tajante–. Además, aunque él te hubiese perdonado, ¿qué me dices de los patrocinadores?

–Algún día me sorprenderás y no serás tan pragmática –contestó él con un suspiro muy exagerado.

–¿Tú crees? –preguntó ella con una leve sonrisa.

–Lo sé.

London se quedó reflexionando en silencio y Harrison no la molestó durante unos minutos.

–No soy precipitada y espontánea. Mi madre me metió en la cabeza que tenía que pensar primero y actuar después. Le preocupan mucho las apariencias y, de pequeña, nunca pude intentar cosas nuevas.

Él sintió curiosidad por ese esbozo de su pasado.

–¿Qué habrías hecho si no hubieses estado tan constreñida?

–Escaparme con un circo.

Ese intento por contestar con humor fue, evidentemente, para que él no siguiera preguntando. Sin embargo, se encogió ligeramente de hombros y siguió.

–No lo sé. Algunas veces reprocho a mi madre que estuviese tan

obsesionada con que yo ascendiera en la escala social de Charleston.

–¿Solo algunas veces?

Ella cerró un poco la mano alrededor de la de él.

–Cuando me permito pensarlo –London se quedó un rato en silencio, pero él esperó con paciencia–. Te fastidia que tu madre piense que tu valía depende de con quién te cases. Eso lo hacen otras personas, pero no tus padres.

–¿Por qué te importa?

Se quedó sorprendida por esa pregunta tan directa. A pesar de la penumbra del asiento trasero, pudo ver la tensión en su expresión. Reaccionó como si él hubiese atacado un principio esencial para ella.

–Quiero que mi madre esté contenta de tenerme como hija.

Él lo entendía. Tristan había buscado siempre la aceptación de su padre, sobre todo, desde que se hizo cargo de Crosby Automotive. Su hermano parecía obsesionado con emular el éxito de su padre con la empresa, aunque no había tenido casi beneficios durante los primeros años de su hermano al frente. No obstante, eso no había parecido afectar a sus gastos personales, algo que había oído criticar a su tío más de una vez.

–¿Crees que no admira todo lo que has logrado? –le preguntó Harrison.

–Creo que mi padre sí –contestó ella con el orgullo reflejado en la voz–. Mi empresa marcha muy bien y eso le enorgullece.

–¿Y tu madre no?

–Ella habría estado contenta si me hubiese casado con Linc y hubiésemos tenido varios hijos y una hija.

–¿Una hija…? –preguntó él aunque sospechaba que sabía la respuesta.

–Evidentemente, mi madre opina que las mujeres valen menos que los hombres –London lo dijo sin alterarse ni indignarse–. Aun así, le gustaría tener una nieta que pudiera hacer lo que yo no hice; presentarse en sociedad.

Harrison sabía que su madre había pasado por todo eso y se había presentado en sociedad a los diecinueve años, pero, en esos tiempos, ¿a quién le importaban esas cosas?

–¿Por qué es tan importante para ella?

–Mi madre se crio en Nueva York y nunca la aceptaron para el baile internacional de debutantes a pesar de las relaciones y la fortuna de su familia. Encajó mal el rechazo –London se dio la vuelta en el asiento para mirarlo–. Luego, llegó a Charleston y se

encontró con todas las puertas cerradas. A nadie le importaba su dinero, solo les importaba que no fuese una de ellos.

–Deberías hablar con mi madre –comentó Harrison–. Rechazó presentarse en sociedad y se casó con mi padre, quien no solo no era uno de ellos, sino que era pobre para el criterio de la familia de ella.

–Supongo que me diría que hiciese caso a mi corazón.

–Es lo que me dijo cuando mi padre me daba la tabarra por hacerme piloto en vez de entrar a trabajar en Crosby Automotive. Si lo hubiese hecho, sería completamente desdichado.

–¿No te ves como un empresario?

–No de los que se sientan todo el día en un despacho estudiando informes. Mi idea es ocuparme algún día de Crosby Motorsports.

–Entretanto, vas a correr y a divertirte.

–Divertirse no tiene nada de malo. Me gustaría demostrártelo.

–¿Qué tipo de diversión crees que me interesa? –le preguntó ella en un tono más serio que coqueto.

–Es difícil decirlo si no te conozco mejor –él tenía algunas ideas al respecto–, pero ¿habrías adivinado que te lo ibas a pasar tan bien en la carrera como te lo has pasado?

–La verdad es que no. Es posible que tenga que mirar fuera de mi limitado círculo de actividades.

–¿Eso es un «sí» a experiencias nuevas?

–Estoy dispuesta siempre que tú estés dispuesto a equilibrar la aventura con formas de entretenimiento más sosegadas.

Ninguna mujer le había dicho nunca algo tan dulce.

Capítulo Seis

El lunes siguiente al fin de semana en Richmond, poco después del almuerzo, London estaba sentada detrás de la mesa ojeando el bloc de notas y con Maribelle hablando sin parar por teléfono mientras le contaba lo bien que Beau y ella se lo habían pasado en el circuito de carreras.

–Le gustas –comentó Maribelle.

London sintió un estremecimiento de placer.

–No sé qué pensar.

Sin embargo, no era sincera del todo. En realidad, estaba pensando que había utilizado a Harrison para llegar hasta su hermano y que cuanto más tiempo pasaban juntos, más se complicaban las cosas por la atracción que sentía hacia él.

Aunque eran íntimas, no le había contado a Maribelle el plan disparatado que habían trazado en el acto de «Las mujeres hermosas toman las riendas». Sabía que si ahondaba un poco en los motivos que había tenido para ocultárselo a su mejor amiga, saldría a la luz más de una duda sobre sus decisiones morales. Sin embargo, abandonarlo cuando las otras dependían de ella…

–¿Te preocupa lo que pensará tu madre de él? –le preguntó Maribelle abriéndose paso entre los pensamientos de London.

Maribelle había estado a su lado cuando la frustración de Edie Fremont-McCaffrey por las reglas de la alta sociedad de Charleston había hecho que la vida de London fuese un infierno. Ella no tenía la culpa de que no la hubiesen aceptado para que se presentara en sociedad, pero eso tampoco había impedido que su madre le reprochara todo tipo de cosas.

–No le hizo mucha gracia que Linc fuese jugador de béisbol, pero era adinerado y tenía las relaciones sociales que anhelaba para mí. ¿Te imaginas lo que le parecería Harrison? No solo es piloto de carreras, es que su padre y su tío no son de la flor y nata y no tienen una categoría social.

–¿Por qué te importa?

No era la primera vez que se lo preguntaba, pero tampoco

despertó ese resentimiento que siempre se escondía bajo la superficie. Era muy fácil para alguien que lo tenía todo restar importancia a sus ventajas. Si a eso sumaba que la familia de Maribelle siempre la respaldaba en todo lo que hacía, London solía acabar sintiendo cierta rabia.

–Porque discutir con ella da mucho trabajo. Es más fácil tirar la toalla.

Se quedó asombrada cuando se dio cuenta de lo que había reconocido y, al parecer, Maribelle se quedó igual de asombrada.

–Oh, London…

Se le empañaron los ojos de lágrimas y, atónita por ese arrebato sentimental, parpadeó repetidamente para contenerlas. Su madre la había perseguido implacablemente toda su vida, pero ella había resistido. Siempre había parecido resistente por fuera mientras por dentro creía que Edie tenía razón y que todo era culpa suya. Tomó el teléfono y le quitó el altavoz.

–Mi madre es una tirana –susurró London como si casi le diera miedo decir lo que tenía en el corazón–. Ha criticado casi todo lo que he dicho y hecho en mi vida.

–Es una persona atroz –confirmó Maribelle, quien siempre estaba del lado de London–, pero también es tu madre y quieres complacerla. Es normal.

¿Lo era? ¿Acaso los padres no deberían querer lo que fuese mejor para sus hijos? Dicho lo cual, Edie defendería que animar a su hija a que se casase bien era lo más importante para su futuro, aunque estaba muy claro que su madre no tenía también en cuenta la felicidad de su hija.

–Es posible que necesite un concepto nuevo de lo que es normal –farfulló London.

–Es posible –reconoció Maribelle en un tono muy serio–. ¿Cómo estás vestida en este momento?

La pregunta fue tan inesperada que London se rio. Se secó las lágrimas que le brotaban por la comisura de los ojos y notó que estaba más animada.

–¿Estás intentando que participe en una sesión de sexo telefónico contigo? –bromeó London para fingir que estaba indignada–. Creo que no es lo que nos va a ninguna de las dos.

–Ja, ja… –Maribelle pareció más impaciente que divertida–. Te lo pregunto porque oí que hacías planes con Harrison para ir a buscar un sitio para la fiesta. Espero que lleves algo menos… recatado que de costumbre.

London se miró el vestido color esmeralda con el escote cruzado

que llevaba. Era mucho más… divertido y relajado que los trajes grises, azules o negros que solían ser su uniforme típico.

–Llevo el collar que me regalaste las navidades pasadas.

London no se había puesto nunca ese collar con coloridas flores de piedra porque le parecía demasiado atrevido para ella, pero ese día había querido impresionar y el collar era el complemento perfecto del vestido.

–¿Llevas el pelo recogido?

London se llevó una mano al tirante moño que llevaba.

–Olvídate de la pregunta –siguió Maribelle–. Suéltatelo y mándame una foto.

London obedeció, aunque se sintió un poco ridícula e, incluso, se ahuecó el pelo para darle un aire sexy y desaliñado, lo que mereció un grito de alegría de su amiga.

–Supongo que eso quiere decir que le das tu visto bueno.

–Esa es la London McCaffrey que he estado esperando toda mi vida. Estás fantástica y es un placer ver que te quites esos trapos anodinos que crees que te hacen parecer más profesional.

–Gracias…

A pesar del cumplido con doble intención de su amiga, se sentía emocionada y optimista por volver a ver a Harrison. ¿Le gustaría su imagen nueva o sería el típico hombre que no se daba ni cuenta del cambio?

–Te gusta mucho, ¿verdad?

London abrió la boca para negar que el corazón se le aceleraba y que temblaba como un flan cada vez que estaba con Harrison, pero no podía mentirle a su amiga.

–Me gusta… más de lo que podía haberme imaginado. Dicho lo cual, también es posible que todo sea… química y que no haya nada más que eso.

Dejó los peros flotando en el aire.

Cada vez le costaba más encontrar excusas para que salir con Harrison le pareciera una pérdida de tiempo. Desgraciadamente, el verdadero motivo era un secreto que no podía contarle a su amiga y que hacía que todo eso fuese peor todavía.

–Tú dirás lo que quieras, pero a mí me parece que las cosas entre vosotros van sobre ruedas.

–No lo sé. Somos muy distintos, tenemos puntos de vista distintos sobre la forma de vida y sobre las cosas que nos gustan. ¿Cómo va a seguir adelante si no tenemos nada en común?

–Te pareces a tu madre. ¿Qué os diferencia de verdad? Vuestras familias son adineradas. Es posible que no pertenezcáis al mismo

grupo, pero vuestras familias tienen relaciones sociales parecidas. Los dos estáis muy comprometidos con vuestras profesiones y sois muy competitivos. A lo mejor te refieres a que se gana la vida como piloto de carreras y a que gana un montón de dinero haciéndolo, pero yo creo que te aburrirías con un empresario rechoncho al que solo le gusta hablar de cómo marcha su empresa. Necesitas a alguien que te… estimule.

–No paras de decir esas cosas, pero la emoción nunca me ha servido de criterio para que un hombre me parezca atractivo.

–¿Y qué resultado te ha dado?

London fue a contestar que estaba muy contenta con su vida, pero se encendió una luz en el teléfono de mesa. Era una llamada de Missy y, seguramente, querría decirle que Harrison ya había llegado.

–Creo que ya he llegado Harrison.

–Llámame luego para contarme cómo ha ido todo.

–Estoy segura de que no habrá nada que contar –replicó London en vez de decirle que era una reunión de trabajo.

–Déjame que eso lo decida yo.

London sacudió la cabeza mientras cortaba la llamada con su amiga y contestaba la de la recepcionista. Harrison estaría esperándola en el vestíbulo. Comprobó el maquillaje, se repintó un poco los labios y tomó la tableta con toda la información sobre los sitios que iban a visitar. El brillo de los ojos y el rubor de las mejillas le recordaban cuánto le apetecía ver a Harrison. Evidentemente, la había cautivado… y lo peor era que se alegraba.

Aunque lo había visto la noche anterior, sintió que el corazón le daba un vuelco cuando llegó a la recepción y vio a Harrison. Aunque le había hecho esperar por acicalarse, él no estaba mirando el teléfono ni coqueteando con la recepcionista, estaba mirando hacia el pasillo que llevaba a su despacho. Sus miradas se encontraron y una descarga de chispas le arrasó las terminaciones nerviosas.

–Hola –le saludó ella en un tono que no pareció nada profesional. Se aclaró la voz y volvió a intentarlo–. Perdona que te haya hecho esperar –ella, azorada por su sonrisa sexy e indolente, se dirigió a la recepcionista–. Missy, estaré fuera el resto de la tarde. Hasta mañana.

–Claro –Missy le guiñó un ojo con descaro–. Que os divirtáis.

London abrió la boca mientras pensaba una respuesta cuando Harrison le tomó la mano y la llevó hacia la puerta. Ella captó su delicioso olor mientras iban hacia su Mercedes.

–¿Adónde vamos primero? –le preguntó él mientras se sentaba detrás del volante.

Aunque sabía perfectamente lo que iban a hacer esa tarde, London consultó la tableta para no tener que mirarlo. Le dio una dirección que estaba a unos ochocientos metros por la calle King y empezó a enumerarle los pros y los contras de ese sitio.

–Lo mejor es la carta. Tienen un cocinero fantástico. Sin embargo, no tiene ascensor y solo se puede llegar por las escaleras. Lo digo por si hay algún invitado que no pueda subirlas.

–Eso no debería ser un inconveniente.

Harrison encontró un sitio a media manzana del local y aparcó junto a la acera. Cuando llegaron y Harrison le abrió la puerta, ella notó que tenía el ceño ligeramente fruncido. La primera planta del estrecho edificio era un bar.

–No te dejes engañar por el tamaño de esta planta –comentó ella mientras saludaba al dueño con la mano–. El piso de arriba mide ciento cuarenta metros cuadrados y es mucho más espacioso. Hay sitio de sobra para tus invitados e, incluso, hay un patio al aire libre por si hace buen tiempo –London hizo una pausa para saludar Jim Gleeson y se lo presentó a Harrison–. Jim me ha ayudado en distintos actos corporativos los dos últimos años.

Los dos hombres se estrecharon la mano y subieron al piso de arriba.

–Podemos distribuir el espacio como te parezca. Es lo bastante grande como para poder dividirlo en dos zonas. Una de cóctel con mesas altas y asientos y la otra con mesas grandes y redondas.

–Creo que estaría bien –reconoció London.

Cuando llegaron al segundo piso, Harrison no se fijó en el espacio, no apartaba la mirada de ella.

–Como hemos hablado de un grupo de jazz –siguió ella decidida a tratarlo como a un cliente–, podríamos ponerlo cerca del bar, por donde entra la gente.

En un momento, el espacio se organizó para un cóctel, con una barra en cada fondo y mesas altas repartidas por el perímetro. Entonces, llamaron a Jim por el teléfono. Se disculpó y se marchó de la habitación.

En cuanto se quedaron solos, ese cuarto enorme resultó extrañamente íntimo. Aunque quizá fuese la forma que tenía Harrison de mirarla. London no pudo evitar acordarse de la decepción que se llevó el sábado cuando él no intentó darle un beso de buenas noches, ni de cómo se acercaron el uno al otro durante el vuelo de vuelta para que él le enseñara la grabación de la cámara

que había dentro del coche de carreras.

–Lo que me encanta de este sitio son los detalles de época.

London se refugió en la profesionalidad para evitar la mirada ardiente de Harrison. Se apartó de él para señalar los ladrillos vistos y los revestimientos de madera. Los tacones resonaron en el suelo de madera de pino y retumbaron en el artesonado original del techo.

–¿No te parece fantástica la chimenea? –añadió ella.

–Tú me pareces fantástica.

–Me imagino diez mesas de diez personas con grandes jarrones de cristal en el centro llenos de cuentas también de cristal y con una vela. Como es diciembre, podríamos hacer centros con plantas de hoja perenne, aunque a lo mejor está un poco trillado –London estaba hablando por hablar porque si paraba podría dejarse arrastrar por el anhelo que estaba adueñándose de ella–. También podríamos poner tubos de cristal con caramelos y bombones envueltos en papeles verdes y rojos.

Harrison había estado siguiéndola con los ojos entrecerrados. Cuando llegaron a la puerta que daba a la azotea, él agarró el picaporte para impedir que ella la abriera.

–Creo que eres fantástica –repitió él para que ella dejara de eludirlo–. Me interesa todo lo tuyo.

–Me gustas mucho –reconoció ella para sorpresa de los dos–. Lo que haces es peligroso y emocionante. Nunca me imaginé…

¿Qué estaba haciendo? Estaba a punto de soltarlo todo sobre los sentimientos descontrolados y traicioneros que dirigían sus actos, de contarle lo decepcionada que se quedó el sábado porque él no intentó nada cuando la acompañó hasta la habitación de su hotel. Sería un error monumental confesarle cómo habían ido evolucionando sus sentimientos. ¿Cómo iba a salir de ese atolladero verbal en el que se había metido sola?

Harrison vio que el rostro de London reflejaba una docena de sentimientos conflictivos. Había demostrado que podía ser una esfinge y disimular lo que pensaba, y esa necesidad de ocultarse le desesperaba, quería que se abriera y le transmitiera lo que le hacía vibrar.

–También he tenido mucho éxito con farolillos con luces de colores y bolas de navidad –aseguró ella casi sin respirar y volviendo al asunto de los centros de mesa–. O con cuencos de cristal con velas que flotan encima de ramas de acebo.

–¿Qué es lo que no te habías imaginado? –le preguntó él sin hacer caso de su intento de cambiar de conversación.

–Este no es el sitio indicado para esta conversación –contestó ella sacudiendo la cabeza.

–¿Adónde quieres que vayamos?

Harrison esperó que propusiera su casa o la casa de él, ya era hora de que estuviera a solas con ella.

–Te he reservado esta tarde para ayudarte a encontrar un sitio para la fiesta de cumpleaños de tu hermano.

–London… –susurró él pasándole un pulgar por la mejilla sonrojada.

–¿Qué…?

Ella también lo dijo en voz baja y a él le pareció captar cierto tono de desesperación, como si estuviese perdiendo la batalla para conservar el dominio de sí misma. Era lo mismo que le pasaba a él cuando estaba con ella. Cada momento que pasaba con ella, le ponía a prueba su fuerza de voluntad. Sabía que no podía presionarla de esa manera. Aunque le encantaría atacar con fuego a discreción, tenía que engatusarla, atraerla, tentarla… Sin embargo, lo que más le gustaría era ver que se rendía a su caricia.

–Me da igual el sitio que elijamos –contestó él–. Si estoy aquí, es para estar contigo.

Le acarició la espalda solo con las yemas de los dedos. Ella se estremeció antes de inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Se sintió fascinado por la avidez que vio en sus ojos. Inclinó la cabeza hasta que notó el aliento de ella en la piel. Rozó la nariz con la de ella y lo aprovechó para moverle un poco la cara. Sonrió por el suspiro que dejó escapar ella y la besó casi sin tocarla. Aunque ya la había besado en aquella calle del centro, no pudo hacerlo con toda la intimidad que la situación merecía. Además, había sido demasiado pronto como para llevar las cosas hasta donde él quería.

Esa vez sería distinta.

Ella hizo un sonido de impaciencia justo antes de que sus labios se encontraran y el mundo dejó de ser normal y corriente para él. Entonces, se le escapó otro sonido de la garganta mientras una oleada abrasadora se adueñaba de él. Las terminaciones nerviosas se le descontrolaron y el corazón se le desbocó. Volvió a ver en la cabeza esas fantasías interminables de ella y él desnudos en la cama y dominados por una pasión irrefrenable.

Le importaba un rábano que el dueño pudiera volver y los interrumpiera, lo único que tenía en la cabeza era esa mujer que hacía que el corazón se le desbocara y el cuerpo le abrasara. El

anhelo se había adueñado de él y no iba a soltarlo.

La estrechó contra sí con una mano, le tomó la cara con la otra y profundizó el beso. Le costaba un esfuerzo sobrehumano ir despacio cuando lo quería todo, los labios, la lengua, los dientes… Casi se volvió loco cuando ella separó los labios con un gemido.

Cuando sus cuerpos se fundieron, Harrison se sintió incapaz de parar. A pesar de sus mejores intenciones, el beso se disparó de tal manera que no pudo contenerlo y se dejó arrastrar por el deseo mientras se daba cuenta de que London lo deseaba tanto como él a ella.

Así tenía que ser un beso, un toma y daca de delicadeza y pasión, puro anhelo e intenciones obscenas. Entrelazó la lengua con la de ella para enardecerle la pasión más todavía. London le introdujo los dedos entre el pelo y se los clavó en la cazadora de cuero.

Oyó unos pasos por detrás y volvió a la realidad. Soltó una maldición, se separó de ella y tomó aire. Sin soltarla, parpadeó varias veces para intentar orientarse. ¿Cuándo había perdido el dominio de sí mismo de esa manera jamás? ¿Quién era esa mujer que podía volverle loco solo con hablarle de metros cuadrados, colores y centros de mesa?

–¿Qué tal todo? –preguntó una voz desde el extremo opuesto de la habitación.

London dio un respingo y apartó la mano de Harrison de su cara mientras retrocedía un paso mirándolo con los ojos como platos. El pecho le subía y bajaba y se llevó una mano a la boca para sofocar una exclamación. Él se fijó en el color congestionado de su piel y en los labios hinchados por la pasión y no pudo contener una sonrisa.

Estaba maravillosa cuando mostraba vulnerabilidad. Era todo suavidad y entrega, pero mientras se le pasaba eso por la cabeza, también podía decir que estaba recuperando muy deprisa la entereza. Su rostro volvió a tener la frialdad discreta con la que se enfrentaba al mundo. Solo los ojos la delataron antes de que los cerrara para ocultar su perplejidad.

–Me parece fantástico –le contestó él al dueño–. Creo que nos lo quedaremos.

–Perfecto. Prepararé el papeleo.

–Muy bien. Nosotros tenemos que comentar un par de cosas y ahora bajamos.

–Tengo que enseñarte tres sitios más –susurró London con rabia mientras se oían los pasos del dueño bajando por las escaleras–. No puedes tomar una decisión sin verlos todos.

Él le pasó un dedo por un pómulo y se maravilló de sus facciones.

–¿De verdad quieres pasar el resto de la tarde viendo sitios cuando lo que queremos hacer es conocernos mejor?

–Yo… –ella entrecerró los ojos–. Si crees que vas a acostarte conmigo por un beso, estás muy equivocado.

Le había salido un tono muy poco convincente.

–Tienes una mente obscena –le riñó él mientras le daba un golpecito cariñoso en la nariz–. Me gusta eso en una mujer.

–No tengo nada de eso.

–¿De verdad? –él arqueó una ceja–. Te digo que quiero conocerte mejor y tú das por supuesto que quiero acostarme contigo.

–Ya, claro… –ella se mordió el labio inferior y frunció el ceño–. Quiero decir…

–No lo digas –Harrison bajó la cabeza y le dio un beso fugaz y firme–. Lo que yo quería decir con conocerte mejor es que fuiste a Richmond a ver la carrera y que pensé que me gustaría que me enseñaras algo de tu mundo.

La noche anterior, cuando la dejó, se le ocurrió que ella sabía más cosas de él que él de ella.

London, sin dejar de mirarlo, hizo un gesto que abarcaba toda la habitación.

–Este es mi mundo.

–¿Te refieres al trabajo? Tiene que haber algo más en tu vida –ella negó con la cabeza y él asintió. Evidentemente, eran únicos en su especie en lo que se refería a sus profesiones–. Entonces, seguiremos organizando la fiesta. Ya hemos elegido el sitio. ¿Qué viene ahora?

–El menú, las flores, las invitaciones, el tema…

–Entonces, vamos a firmar el contrato y a pensar la comida. Luego, compraremos algunas flores.

–¿De verdad? –ella lo miró con escepticismo–. ¿Eso es lo que quieres hacer?

–Quiero estar contigo y ver lo que te gusta hacer. Si hay que elegir flores e invitaciones, así sea.

Ella titubeó unos segundos, pero Harrison no dijo nada y dejó que ella se aclarara.

–De acuerdo.

–Pero antes –Harrison le dio la vuelta hasta que los dos estuvieron mirando por la puerta de cristal–, vamos a hablar del patio.

–De acuerdo –repitió ella.

London lo miró con desconcierto, pero desconcertarla era parte de su plan para descubrir las pequeñas cosas que mantenía ocultas.

–¿Cómo podemos aprovecharlo para la fiesta de Tristan? –le preguntó Harrison mientras le tomaba las manos y se las ponía en la puerta–. Deja las manos ahí y dime lo que piensas.

London se estremeció cuando él le acarició los brazos hasta que llegó a los hombros y le apartó el pelo para verle el cuello.

–Se pueden colgar luces y poner asientos.

–¿Qué más?

Fue bajándole los labios por el cuello hasta que llegaron al borde del vestido. Se lo bajó un poco para besarle la parte alta de la espina dorsal, el hombro y la nuca.

Ella se echó hacia atrás y gimió cuando su trasero se encontró con su erección. Eso inflamó más su ya incontenible deseo y le mordió ligeramente el lóbulo de la oreja entre murmullos.

–¿Qué más? ¿Cómo te imaginas la escena?

–Mmm… –murmuró ella con la respiración acelerada–. Podemos poner una barra. Eso me gusta…

La última frase fue porque él estaba acariciándole el abdomen mientras ella contoneaba las caderas para frotarse contra él.

–¿Cuántas personas crees que caben ahí fuera? –le preguntó él mientras le acariciaba un muslo por debajo del vestido.

–Un par de docenas. Ah… –ella dejó caer la cabeza sobre el hombro de él cuando le pasó los dedos por el interior del muslo–. Lo que estás haciéndome…

–¿Qué?

¿Sabía ella que había separado las piernas para que él llegara mejor? Le mordió ligeramente el cuello mientras se moría de ganas por comprobar si estaba húmeda.

–No pares.

–Aparte de las luces y los asientos, ¿cómo lo decorarías?

Pasó los dedos por encima de las bragas de algodón y, efectivamente, la tela estaba húmeda.

–Por favor…

Ella jadeaba y se cimbreaba contra su mano entre sonidos incoherentes para pedirle más.

–¿Cómo lo decorarías? –repitió él.

Introdujo la mano por debajo del elástico de las bragas y la acarició antes de hundir un dedo entre los pliegues húmedos. Dejó escapar un gruñido mientras descubría cómo le gustaba que la acariciara y ella se estremeció.

–Velas. Montones de velas.

Estaba llegando al clímax, arqueaba la espalda y oscilaba las caderas. La tormenta iba a desencadenarse y eso le producía placer. Ya no eran dos personas sino un solo ser que buscaba que tuviera un orgasmo deslumbrante.

–Concédemelo, cariño –le susurró él–. Déjame que me ocupe de ti.

Ella le clavó las uñas en el muslo. Había estado tan pendiente de ella que no se había dado cuenta de que le había agarrado tan cerca de la erección que hizo que se le endureciera hasta casi dolerle.

–Harrison…

London acabó con un estremecimiento interminable y él la acarició con más delicadeza para darle hasta la última gota de placer. Se apoyó en el marco de la puerta con una mano, jadeando para intentar respirar, soltó la otra mano de su muslo y se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

–Me encanta que llegues al clímax conmigo –murmuró Harrison mientras retiraba la mano de entre sus muslos.

La puso sobre su abdomen para estrecharla contra sí y le dio un beso en el cuello.

–No tanto como me gusta a mí llegar al clímax –replicó ella con una risa entrecortada.

–Jamás había conocido a nadie como tú –reconoció él.

–¿De verdad? –preguntó ella girando la cabeza lo suficiente como para que él vislumbrara su gesto de escepticismo.

–De verdad.

Bajo esa fachada de contención, él ya sabía que era algo que había representado toda su vida, había una mujer desenfrenada e insatisfecha con todos los límites que le habían impuesto la sociedad y las expectativas. Estaba deseando persuadirla para que dejara de esconderse.

–¿No habías hecho esto con otra mujer?

–La mayoría de las mujeres con las que he estado sabían a qué atenerse. Estuvieron conmigo por ser quien soy y estaban dispuestas a hacer lo que se me ocurriera –Harrison le dio la vuelta y no dijo nada hasta que ella lo miró a los ojos–. Tú estás conmigo a pesar de quien soy. Lo que acaba de pasar ha sido por ti, para ti, y para mí ha sido un honor inmenso haber formado parte.

–No puedo creerme lo que he hecho –murmuró ella en un tono de incredulidad sincera–. Es muy impropio de mí.

–Yo no lo creo, lo que pasa es que no quieres reconocerlo –él hizo una pausa al notar que seguía insegura–. Has estado increíble.

–No esperes que vuelva a pasar.

Sin embargo, los dos sabían que la cosa no había terminado ahí.

–Pasará lo que quieras que pase.

London lo miró con el ceño fruncido como si quisiera interpretar lo que había querido decir, y Harrison supo que organizar una fiesta jamás había sido tan sexy.

Capítulo Siete

Chip Corduroy era de lo más granado de Charleston y London había empezado a tratarlo mucho antes de crear su empresa de eventos porque conocía los secretos más abyectos de todo el mundo y le daba información a cambio de favores. Era espigado, tenía cincuenta años, era de rancio abolengo y tenía gustos caros. Desafortunadamente, eso significaba que vivía por encima de sus posibilidades y por eso le encantaba que London lo llevara al spa, de compras o a los mejores restaurantes a cambio de presentaciones y pistas.

–Me han dicho que has salido un par de veces con Harrison Crosby –comentó Chip mirándola de soslayo.

Estaban esperando a que los sentaran en Felix Cocktails et Cuisine.

–Ha sido por trabajo –contestó ella–. Estoy organizando la fiesta de cumpleaños de su hermano.

–No parece tu tipo.

–¿Porque es piloto de coches?

Ella misma captó el tono defensivo de sus palabras e hizo una mueca de fastidio para sus adentros.

–Porque su familia no es de Charleston de toda la vida.

–No hay muchos candidatos que lo sean pero, según lo que he oído, Tristan y yo encajaríamos mejor.

Se le quedó un regusto espantoso por la mentira, pero tenía que sacarle a Chip todo lo que supiera sobre Tristan.

–Entonces, ¿te has dado por vencida en cuanto a volver con Linc? Quiero decir, formabais una pareja de oro.

–Sobre el papel.

La verdad era que cuanto más tiempo habían pasado juntos y más empeño había puesto Linc en sentar la cabeza y formar una familia, más había remoloneado ella para fijar una fecha de boda. La verdad era que le había aterrado que esperaran que abandonase su profesión y que le había costado imaginarse como madre.

Sin embargo, no se planteaba esas preguntas o inseguridades

cuando se imaginaba con Harrison, aunque tampoco veía un porvenir con él. Su madre dejaría de hablarle si se casaba con un piloto de coches. Además, estaba la trama contra Tristan, algo que tendría que ocultarle a Harrison toda la vida. ¿Cómo podía salir una relación si la pareja no era sincera entre sí?

Como era imposible que Harrison y ella fueran felices y comieran perdices, no tenía que angustiarse. Como no tenían ningún porvenir juntos, podía soñar despierta que vivían en una casa entre el centro de Charleston y la sede de Crosby Motorsports; que su empresa era cada vez más próspera gracias al trabajo de los fantásticos empleados que había contratado y que ya podía delegar más; que tenían dos hijos, un niño y una niña, con los ojos azul verdoso de Harrison y el pelo rubio de ella y que llegarían a ser lo que quisieran porque sus padres los animarían en todo momento.

–¿Te has enterado de que está con su empleada doméstica? –le preguntó Chip sacándola de sus sueños.

A London le costó salir de esa fantasía tan placentera.

–¿De verdad?

Hizo un esfuerzo para parecer horrorizada porque sabía que así conseguiría que su acompañante siguiera cotilleando.

–Se acuesta con ella, no hay duda.

Cuando la madre de Linc lo animó para que contratara a Claire Robbins, su reacción inicial había sido no creerse que la guapa viuda de un militar pudiese ser competencia para ella, como le preocupaba a Maribelle, y pasar por alto que Linc y Claire se entendieran muy bien. Para ella, estaba muy claro que Claire seguía enamorada de su difunto marido y que estaba completamente concentrada en su hija pequeña.

–¿Lo ha reconocido él o es un rumor? –preguntó London rompiendo la promesa de no hablar sobre los rumores que afectaban a su ex.

–Han salido a cenar y él le ha comprado unos pendientes –contestó Chip como si eso le diera toda la razón–. Además, cómo se miraban en la fiesta de su madre… –Chip puso los ojos en blanco teatralmente–. Algo está pasando sin ninguna duda.

–Todo son conjeturas –insistió ella con la esperanza de que las habladurías no fuesen verdad. Había algo de Claire que no le gustaba, había sido muy ambigua sobre su vida antes de llegar a Charleston–. Además, aunque se acueste con ella, no durará.

–¡Claro que no! –exclamó Chip como si le indignara.

Mientras los acompañaban a la mesa, London se olvidó de Linc. Linc era asunto de Everly y ella tenía que aparentar que había

pasado página para que no le salpicara nada cuando el plan de venganza de Everly se llevara a cabo.

Se sentó y buscó la manera de llevar la conversación hacia Tristan Crosby y lo que Chip pudiera saber sobre él. Decidió que se lo preguntaría directamente.

–Harrison me ha contratado para que organice la fiesta sorpresa de su hermano. ¿Qué puedes decirme de Tristan?

Chip la miró con los ojos entrecerrados antes de contestar.

–Viste bien y le gusta lo mejor. Dona a organizaciones benéficas, pero no porque le importen, sino para que la gente pueda decirle lo bueno que es. Algunas mujeres me han dicho que es un depredador sexual. No te quedes a solas con él o acabará poniéndote las manos encima.

Todo eso no era ninguna novedad e insistió.

–¿No estuvo casado hasta hace poco?

–Con Zoe. Una gran chica. No sabía dónde estaba metiéndose cuando se casó con él.

–¿Chica? –repitió London al acordarse de la mujer que conoció hacia unas semanas–. Creía que tenía veintimuchos años.

–Hablo en sentido figurado. Él le echó el guante cuando todavía estaba en la universidad y siempre ha tenido un aire apocado. No hablaba casi cuando salían juntos. Solo era un elemento decorativo que todos los hombres presentes querían tener.

London sintió un escalofrío al pensar en lo que se sentiría si solo la valoraran por la cara y el cuerpo. Aunque no conocía casi a Zoe, a las dos las habían maltratado unos hombres ricos y poderosos y eso había hecho que sintiera cierta solidaridad que no había sentido con Everly, quien quería vengarse de Ryan Dailey por cómo había tratado a su hermana.

–Tú puedes conseguir algo mejor –siguió Chip–. Te propongo a Grady Edwards. De una buena y adinerada familia. Está un poco obsesionado con el polo, pero nadie es perfecto.

–Lo tendré en cuenta –replicó London diplomáticamente sin saber cómo volver al asunto de Tristan–. Aunque he oído decir que Landry Beaumont ha estado viéndolo… –eso era falso porque, según los rumores, Landry estaba persiguiendo a Linc–. ¿Y qué pasó entre Tristan Crosby y su exesposa?

–La dejó porque ella tenía una aventura. Luego me enteré de que él había montado toda la historia para no tener que pagarle nada a ella. Es un hombre sin escrúpulos –Chip se inclinó hacia delante y bajó la voz aunque no había nadie que pudiera oírlos–. Magnolia Spencer me dijo en confianza que ella no se llevó casi nada.

–¿Por algún contrato prematrimonial?
–Porque no hay dinero.
–¿Cómo es posible? Crosby Automotive va excepcionalmente bien y, según me han contado, Tristan lleva cinco años restaurando la casa Theodore Norwood en Montague. Un cliente mío ha hecho parte del trabajo y me ha contado que Tristan ha metido casi tres millones en el proyecto.
Chip se encogió de hombros y se concentró en la carta.
–¿Qué te apetece?
A ella le encantaría mantener viva esa conversación, pero decidió que si seguía indagando, Chip acabaría sospechando. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo Tristan, no provocaba ese tipo de habladurías que le perjudicarían si se sabían. London también miró la carta, pero estaba pensando que parecía casi imposible encontrar una manera indirecta de hundir a Tristan Crosby.
Zoe había explicado que Tristan era increíblemente discreto sobre sus asuntos económicos. Tanto que cuando el abogado de ella investigó su situación, a raíz del divorcio, resultó evidente que gastaba más que lo que recibía en concepto de sueldo de Crosby Automotive y por sus inversiones.
–Creo que voy a tomar la *tarte flambeé* –siguió Chip–. O el pulpo.
Una vez elegida la comida, London se dejó caer en el respaldo y escuchó a medias lo que estaba contándole Chip sobre los últimos acontecimientos. Dejó de pensar en Tristan para empezar a pensar en Harrison y en el peligroso camino que estaba tomando. Lo que había pasado en el sitio donde iba a celebrarse la fiesta de su hermano era un ejemplo perfecto del poder que ejercía ese hombre sobre su libido. Ella no podía creerse todavía que hubiese tenido un orgasmo en un sitio donde podrían haberlos descubierto en cualquier momento.
Se sonrojó al acordarse de cómo se había restregado contra él para exprimir todo el placer que le ofrecía. Jamás había tenido un clímax como ese y tenía que reconocer que había sido en parte por el peligro de que los descubrieran con la mano de él debajo de su falda.
Cuando se lo contó a Maribelle, su amiga se quedó atónita al principio y luego la animó encarecidamente. Decir que había dado un paso adelante era decir muy poco. Lo que más le sorprendía era que no se arrepentía ni lo más mínimo. Había hecho algo perverso y lujurioso y no oía la voz de su madre recriminándoselo en todos los tonos. Quizá estuviese progresando.
Le sonó el teléfono. Era el jueves por la noche y Harrison se

había marchado a Miami para correr la última carrera de la temporada, pero le impresionó un poco que el corazón se le acelerara de esa manera solo de pensar en hablar con él. Aun así, dejó el teléfono boca abajo en la mesa.

Después de aquel encuentro increíble del lunes, Harrison había cumplido su palabra y la había acompañado a elegir las flores y las invitaciones, y los días siguientes, aunque había estado ocupado con los preparativos de la carrera, le había mandado unos mensajes que habían hecho que le vibrara el cuerpo. Se había sentido cada vez más impaciente por volver a verlo con cada mensaje que recibía. Incluso, había soñado despierta con lo que haría la próxima vez que lo viera a solas.

El teléfono volvió a sonar.

Hace calor en Miami. Pienso en ti en bikini.

La alegría se adueñó de ella. Mareada por el placer, se olvidó de que estaba sentada enfrente de uno de los cotillas más empedernidos de Charleston.

Te echo de menos.

London se quedó mirando el mensaje que acababa de mandar. Sin bien era verdad, no podía creerse que se hubiese sincerado de esa manera.

¿Seguro que no puedes venir aquí conmigo?

Ella se mordió el labio inferior por la tentación. Grace podría ocuparse del acto que tenía organizado para el sábado por la noche. Sería muy fácil montarse en un avión y el domingo estar en las gradas animándolo.

No puedo. ¿Cenamos el lunes en mi casa?

La respuesta apareció en cuestión de milésimas de segundo.

Claro

London le mandó una cara sonriente y dejó el teléfono en la mesa con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces, se dio cuenta de que su compañero de mesa la miraba con una expresión pensativa.

–Eso no era trabajo…

–¿Por qué lo dices? –replicó ella sonrojándose.

–Jamás te había visto con esa sonrisa –Chip entrecerró los ojos–. Ni siquiera cuando empezaste con Linc. Además, estás sonrojada. ¿Quién es él?

–¿Por qué crees que era él? –London sacudió la cabeza–. Podría haber sido Maribelle.

–Era Harrison Crosby, ¿verdad? –Chip mostró un convencimiento absoluto–. Te interesa, es un partido.

–¿Lo es…? –preguntó London en voz baja–. No había pensado en

él de esa manera…

Mentiras y más mentiras. No había pensado en otra cosa durante los últimos días. Se quedó espantada de la persona en la que estaba convirtiéndose. Tampoco había pensado cómo zafarse de su promesa de hundir a Tristan si sus sentimientos hacia Harrison se hacían más intensos. Cada vez estaba más convencida de que todo eso iba a estallarle entre las manos y que acabaría perjudicándole a Zoe en vez de ayudarla.

Everly, en una mesa al lado del ventanal de una cafetería que había enfrente de las oficinas de London, bebía té verde y pensaba en lo mucho que le preocupaba la relación de London con Harrison. Era una majadera. Al menos, había elegido al hermano sin importancia, si se hubiese enamorado de Tristan, habría tenido que matarla.

Sonó su móvil y vio el nombre de su secretaria. Dejó que saltara el buzón de voz porque no quería cometer el mismo error que London, no quería que nada la distrajera. El teléfono volvió a sonar un segundo después y era Nora otra vez. Resopló, dejó de apretar los dientes y contestó.

–Qué.

–Devon Connor está aquí para la reunión de las cuatro –contestó Nora sin inmutarse por el tono cortante de su jefa.

–¿Qué reunión de las cuatro?

Everly se ocupaba de potenciar la marca de los muchos centros turísticos con campos de golf que Devon Connor tenía a lo largo de la costa. Su cuenta se había convertido en la parte principal de su actividad desde que detuvieron a Kelly hacía un año.

–La que te comuniqué por mensaje, por correo electrónico y de viva voz ayer y esta mañana. ¿Dónde estás?

–Dile que me he retrasado –le pidió Everly maldiciendo para sus adentros.

–¿Cuánto tiempo?

Everly miró el reloj y vio que ya eran las cuatro y cuarto. London solía salir a esa hora de trabajar.

Antes, ese mismo día, se había hecho con cierto dispositivo que podía ayudarles a todos. Como decidió que London no sabía nada de tecnología ni tenía las herramientas necesarias para enterarse de los trapos sucios de Tristan Crosby, había tomado cartas en el asunto.

La memoria USB que llevaba en el bolso tenía un software que si

se conectaba a un ordenador, podía sortear las contraseñas y hacerse con la información del disco duro. La cuestión era si London sería capaz de llegar hasta el ordenador de Tristan.

–Vuelve a citarlo para mañana –Everly calculó todo el trabajo que le quedaba para la presentación de la última adquisición de él–. Si puedes posponerlo para la semana que viene, sería mucho mejor.

–No va a hacerle ninguna gracia.

–Invéntate algo. Dile que tengo que resolver una emergencia –Everly vio a London que salía del edificio–. Tengo que dejarte.

Everly cortó la llamada de su secretaria, salió de la cafetería y siguió a London aparentando ser una mujer anodina que iba mirando escaparates por la calle King.

London caminaba con decisión. Evidentemente, tenía que ir a algún sitio. Con toda certeza, iría corriendo a encontrarse otra vez con Harrison. La idea hizo que le rechinaran los dientes. ¿Podía saberse qué se creía que estaba haciendo? ¿Acaso se creía que tenía la más mínima posibilidad con Harrison? Aunque solo estuviese divirtiéndose un rato con el atractivo piloto de coches, se había desviado de sus prioridades. Le irritaba tener que recordárselo otra vez.

London había llegado casi a su coche, pero Everly aceleró el paso y la alcanzó justo cuando estaba abriendo la puerta con el mando a distancia.

–¿Adónde vas tan deprisa? –le preguntó Everly en un tono más acusatorio del que había querido emplear.

–¿Qué haces aquí?

London miró alrededor para comprobar si estaban viéndolas.

–Tranquila, nadie va a vernos –Everly se cruzó de brazos y la miró con desdén–. Has pasado mucho tiempo con Harrison Crosby, ¿le has sacado alguna información que podamos utilizar contra su hermano?

Everly lo preguntó aunque creía que ya sabía la respuesta. A juzgar por cómo había desviado la mirada London, era evidente que no estaba tomándose en serio el pacto de venganza que habían hecho.

–Mira, no es tan sencillo, no puedo limitarme a pedirle a Harrison que me cuente los secretos de Tristan.

–Claro que no –Everly sacó la memoria USB del bolso–. Por eso te he traído esto.

London miró el artilugio unos segundos.

–¿Qué es eso?

–Es una memoria USB con un programa especial. Solo tienes que

conectarlo en algún puerto del ordenador de Tristan y teclear algunas órdenes. Así le sacaras toda la información del disco duro.

–¿De dónde lo has sacado?

–Eso da igual –contestó Everly menos irritada–. Solo tienes que saber que funciona.

–¿Y cómo voy a llegar hasta el ordenador de Tristan?

London no servía para nada. Estaba dejando que sus sentimientos hacia Harrison la desviaran de su misión principal. Afortunadamente, Everly lo tenía todo pensado y había trazado un plan.

–Va a haber un partido de polo benéfico en la finca de Tristan –le explicó Everly–. Ocúpate de que te inviten. Será la ocasión perfecta para que consigas la información que necesitamos.

–Parece arriesgado…

Everly quiso zarandearla.

–¿Crees que eres la única que se la juega?

–No lo sé –contestó London endureciendo la mirada–. Además, ¿no se trataba de que no tuviéramos ningún contacto? Si cada una se ocupaba del problema de otra, nadie podría seguirnos la pista, solo habría sido un encuentro casual de unas desconocidas en un acto. ¿No era ese el plan? Sin embargo, me has seguido a la salida de mi empresa para darme un dispositivo que debería utilizar. ¿Qué pasaría si me capturan y siguen el rastro hasta ti?

–No dejes que te capturen.

–¿Pueden localizarte por este cacharro?

–No. La persona que me lo dio es muy meticulosa.

–¿No podría esa persona entrar en los archivos de Tristan? ¿No es eso lo que hacen?

–Si hubiese querido contratar a un pirata informático, no te habría necesitado a ti y tampoco tendría por qué arruinarle la vida a Linc de tu parte –Everly no le contó que el pirata había intentado meterse en el ordenador portátil de Tristan y no lo había conseguido–. Cumple tu parte y todo se resolverá.

Everly se dio media vuelta y se marchó antes de que London pudiera abrir la boca. Una princesa malcriada como London McCaffrey acabaría estropeándolo todo. Aunque, naturalmente, no era el único problema. Zoe también se había estancado en su misión de hundir a Ryan Dailey. Al menos, era muy poco probable que la exesposa de Tristan fuese a enamorarse de su objetivo. Tristan la había dejado escaldada durante el matrimonio y el divorcio y, seguramente, Zoe no volvería a confiar en un hombre jamás. Eso le venía bien a ella. Esos tres hombres eran lo peor de lo peor y se



merecían todos los espantos que pudieran pasarles.

Capítulo Ocho

London se había pasado los días previos a la cena con Harrison pensando en cómo quería que transcurriera la noche. Ya había decidido que dormiría con él y había cambiado las sábanas de la cama. También había puesto flores y velas en el dormitorio. Seguramente, él no se fijaría en ninguno de esos detalles, pero ella era una organizadora de eventos y llevaba en la sangre lo de acondicionar los sitios para que la experiencia fuese más intensa.

Además, no quería que él la sorprendiera desprevenida por segunda vez. Lo que pasó entre ellos en Upstairs fue increíble, pero no estaba acostumbrada a que fuese tan… espontáneo. Esa noche sería distinto. Ella sabía qué podía esperar. ¿Podía Harrison decir lo mismo? ¿Se daría cuenta de que estaba dispuesta a llevar las cosas al siguiente nivel? ¿No debería hacerlo él después de haberla llevado al clímax en un sitio público?

Cuando él llamó a la puerta con una botella de vino blanco en las manos, ella estaba perfecta.

–¡Caray! –exclamó Harrison mirándola detenidamente con esos ojos del color del mar.

London había elegido un vestido de seda rosa oscuro que le resaltaba las curvas y hacía que se sintiera sexy y cómoda a la vez. Se había pintado las uñas de los pies a juego con el vestido y había dejado los zapatos en el armario para mostrarle una faceta de su personalidad que salía a la luz cuando estaba en su propio espacio.

–Gracias –murmuró ella–. Pasa.

–¿Sabías que somos vecinos? –le preguntó él mientras le rodeaba la cintura con un brazo y la estrechaba contra sí–. Vivo en el edificio del al lado –Harrison bajó la cabeza para ponerle la nariz debajo de la oreja–. ¡Qué bien hueles!

–¿De verdad? –ella ladeó la cabeza para que la oliera mejor–. Me refiero a que vivas en el edificio de al lado.

–Es increíble, ¿verdad? –él la soltó y levantó la botella de vino–. Dijiste que íbamos a comer marisco.

–Risotto con vieiras.

–Tiene muy buena pinta –la acompañó a la cocina mientras miraba alrededor–. Es muy bonito. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

–Tres años. ¿Desde cuándo tienes tú tu casa?

–Casi cinco años.

–Me sorprende un poco que tengas un piso en el centro. Me pegaba más que prefirieras un garaje grande y mucho sitio al aire libre.

–Había pensando venderlo, pero con mi tipo de vida me resulta más fácil vivir en un sitio donde no tengo que ocuparme de nada. ¿Te ayudo?

Ella le pasó la botella de vino y el sacacorchos. Él sirvió dos copas y le llevó una a los fuegos.

–También cocinas –comentó él en tono de admiración–. Eres una mujer con infinidad de talentos.

–Me gusta probar recetas nuevas. Solía recibir mucho, pero hace tiempo que…

London no terminó la frese al acordarse de todas las cenas que habían dado Linc y ella allí.

–¿No tienes a quién cocinar?

Ella asintió con la cabeza, aunque habría preferido que no hubiese invocado al espectro de su exnovio con esas palabras tan irreflexivas.

–Maribelle viene una vez a la semana para ponerme al día de sus preparativos de boda, pero le da miedo no entrar en el vestido de novia y le pongo ensalada con pollo cocido.

–Puedes cocinar para mí siempre que quieras. La mayoría de los días, durante la temporada de carreras, estoy tan ajetreado que me alimento con batidos de proteínas y comida preparada. Algunas veces, alguna de las esposas de mis compañeros se compadece de mí y me trae algo de comida casera.

–Pobrecito… –se burló ella cuando su teléfono empezó a sonar.

London miró la pantalla e hizo un gesto de fastidio. Llevaba una semana eludiendo las llamadas de su madre. Alguien le había informado a Edie sobre el hombre nuevo que había en su vida y le había dejado unos mensajes en el buzón de voz salpicados de decepción y comentarios desagradables.

–¿No contestas? –le preguntó Harrison.

–No.

–¿Pasa algo? –insistió él con las cejas arqueadas por el tono tajante de ella.

–Le gusta meterse donde no le llaman.

–¿Dónde es eso?

Harrison apoyó la cadera en encimera y la clavó la mirada.

–En mi vida.

–¿Se ha enterado de que estamos viéndonos?

–No quiero estropear la cena con una conversación sobre mi madre.

–Lo tomaré como un sí.

Él lo había dicho como si eso le preocupase, pero ella no quería que se quedara con una impresión equivocada.

–Me da igual lo que ella piense, no es asunto suyo.

–Sin embargo, ella no me habría elegido…

–Me da igual a quién hubiese elegido ella. Yo soy quien está saliendo contigo.

–Seguro que estaba encantada de que te casases con Linc Thurston.

Necesitaba que la cena fuese perfecta para lo que tenía pensado y no lo sería si la actitud elitista de su madre le ponía de mal humor.

–Si no te importa, no quiero hablar ni de mi madre ni de mi compromiso fallido.

–Lo entiendo.

Ella captó algo en su tono que le indicó que no se había quedado satisfecho con la forma de haber acabado la conversación.

–Creo que el risotto ya está. ¿Te importaría llevar los platos?

Fueron a la mesa del comedor y se sentaron. La luz de las velas suavizaba los rasgos de Harrison y le daba un aire misterioso a sus ojos del color del mar cuando hablaba de la carrera del día anterior y ella le contaba cómo era el grupo de jazz que había contratado para el cumpleaños de su hermano.

Mientras comían, ella lo devoró con la mirada. Era un temerario y un competidor. Era un hombre que clavaba la mirada en la línea de meta y no paraba hasta que llegaba. Por eso se había imaginado que la cena transcurriría de otra manera, que la tensión sexual habría ido creciendo y que habrían acabado el uno encima del otro antes del postre.

Harrison, sin embargo, había estado cambiando de conversación de un tema a otro. Fue cómodo y divertido, pero London no pudo evitar un arrebato de desaliento mientras llenaban el lavaplatos entre los dos.

¿Se habría equivocado al haber dado por supuesto que acabarían en la cama? Harrison parecía tan relajado como ella alterada.

Entonces, cuando el lavaplatos empezó a funcionar, se dio la

vuelta para mirarlo. Se miraron durante un rato largo y silencioso. La avidez y el nerviosismo se debatían dentro de ella mientras esperaba a que él diera el primer paso. Cuando la tensión llegó a un punto crítico, London levantó una mano hasta el lazo que le mantenía cerrado el vestido. Había llegado el momento de ser lanzada con él. Tiró y el lazo se deshizo. Harrison se quedó en silencio mientras miraba cómo le caía el vestido a los pies. Se quedó con una camisola de seda y un tanga a juego y le sonrió.

–He pensado que podríamos ver una película –London tomó un mechón de pelo entre los dedos–. A no ser que prefieras hacer otra cosa.

Él resopló, dejó escapar una risa entrecortada y esbozó media sonrisa.

–Vamos a pasarlo bien juntos.

–Lo sé –London le agarró la camisa y tiró de él–. Bésame.

Él obedeció, pero no como había esperado ella. London quería que le devorara la boca y le desarbolara el alma, pero él la atormentó con delicados besos por las mejillas, la nariz, los ojos y la frente.

–La de cosas que quiero hacerte… –murmuró él junto a su oreja.

London se sintió aliviada aunque los pechos anhelaban sus caricias.

–¿Como qué?

–Llevarte al dormitorio.

Subió las manos por sus costados y le pasó un pulgar por debajo de un pecho hasta que se arqueó para que le pasase el pulgar por el pezón, pero volvió a acariciarle la espalda.

–¿Y luego? –le preguntó ella con cierta frustración en el tono.

–Quitarte la ropa.

¡Por fin parecía que estaban llegando a algo!

–¿Y… qué más?

–Tumbarte en la cama y abrirte bien las maravillosas piernas.

Sus palabras estaban haciendo que se pusiera a temblar y sospechaba que lo que estaba haciéndole con las palabras no podría compararse lo más mínimo con lo que le haría cuando empezara a utilizar las manos y los labios.

–¿Qué te parece? –preguntó él.

Ella asintió con la cabeza porque se había quedado un segundo sin voz por la excitación.

–¿Qué más? –susurró London con un hilo de voz.

Él, sin embargo, la oyó y sonrió.

–Te besaría por todos lados hasta que te retorcieras del placer.

–Sí, por favor.

–Te lo aviso desde ahora, pienso hablar mientras…

–¿Qué? –London lo miró deleite–. ¿Qué vas a decirme?

–Lo hermosa que eres y lo mucho que me excitas.

–¿Y esperas que te conteste?

A esas alturas de la relación, no sabía si estaba preparada para abrir el corazón y transmitirle lo que pensaba y sentía.

–No espero nada. Relájate y escucha.

–¿Que me relaje? –tenía todos los músculos en tensión y los nervios a flor de piel mientras esperaba sus caricias–. Tengo la sensación de que puedo hacerme añicos en cuanto me toques.

–Eso no va a pasar –le tranquilizó él antes de besarla.

London suspiró y cambiaron sus sensaciones. El nerviosismo dejó paso al ardor y las oleadas de placer. Intuía que Harrison no haría nada que fuese a romperle el corazón. En realidad, podría curárselo si ella lo dejara.

Sin embargo, era imposible.

Una mentira enorme se cernía sobre ellos y proyectaba una sombra sobre cada una de las maravillosas sensaciones que le oprimían el pecho. Anhelaba estar con él aunque sabía que el remordimiento acabaría destruyendo todo lo bueno que había entre ellos.

Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo cuando él le recorrió el brazo con una mano y le bajó el tirante de la camisola. Se olvidó del futuro en cuanto la seda le rozó el pecho y el ardor se hizo abrasador. Se estremeció cuando él bajó los labios por el cuello. Lo deseaba. Era sencillo y complicado a la vez, pero, sobre todo, era inevitable.

Le tomó el borde de encaje con los dedos y fue bajándole la tela, que se atascó un poco en los pezones endurecidos. Ella contuvo la respiración cuando la piel ardiente quedó expuesta.

–Tienes unos pechos perfectos –murmuró él pasándole los labios por la parte de arriba.

London introdujo las manos entre su pelo y tuvo que contener un grito de rabia cuando él apartó los labios de los anhelantes pechos y volvió a besarle el hombro.

–Necesito tu boca en mi cuerpo. Harrison, por favor…

Él, en vez de hacer lo que le había pedido, se apartó un poco y la miró con los ojos nublados por la avidez, lo que le disparó el deseo y la seguridad en sí misma.

Sabía lo que era la pasión y se había entregado al deseo y a las relaciones sexuales incontenibles. Sin embargo, lo que sentía por

Harrison no era solo físico. Le gustaba de verdad.

Linc y ella habían sido novios durante tres años y habían pasado mucho tiempo separados, pero muy pocas veces se los había imaginado haciendo el amor y nunca se había excitado tanto que había necesitado… liberarse. Harrison, en cambio, le había despertado un anhelo incontenible casi desde el principio. Un anhelo que una vez, cuando estaba sola en la cama, le había obligado a tomar el asunto entre las manos antes de volverse loca.

–¿Estás húmeda? –le preguntó él en un tono susurrante que le disparó la avidez.

–Sí…

Él introdujo los dedos por debajo de la escasa tela del tanga y ella contoneó la pelvis para que ahondara más.

–Lo estás –murmuró él sin dejar de acariciarla–. ¿Puedes estarlo más?

–Sigue así… –a London se le quebró la voz cuando él presionó levemente en la pequeña protuberancia– y lo verás…

Él se rio ligeramente en un tono ronco.

–¿Y si meto la cabeza entre tus piernas y te paladeo?

Las piernas habían estado a punto de doblársele antes de esa oferta, pero, en ese momento, el anhelo la dominaba.

–Harrison.

Le temblaban las rodillas, pero sabía que él se ocuparía de ella. Él la tomaría en brazos y le daría un placer como no había conocido hasta la fecha.

–¿Sí, London?

Sus diestros dedos la acariciaban tan maravillosamente que le parecía que podía morirse. Cerró los ojos con fuerza y tomó aire para decirle lo que quería.

–No quiero que nuestra primera vez sea aquí –aunque estaba a punto de darle igual que se hubiese pasado horas preparando la noche perfecta–. Llévame al dormitorio.

A él le daba igual dónde fuese la primera vez si ella estaba contenta. Se inclinó y la tomó en brazos. Ella se rio mientras se agarraba al cuello y se lo besaba.

Él se dio cuenta de que ella lo había planeado, de que lo había invitado a cenar con la intención de acostarse con él. Menuda mujer.

La dejó en el suelo y la abrazó para besarla. Sintió una descarga eléctrica cuando ella introdujo la lengua en su boca para que

paladeara su deseo. El beso, ardiente y vibrante, auguraba unas fantasías que todavía no había llegado a soñar. Esa noche se trataba de averiguar más cosas sobre London y algo le decía que iba a sorprenderlo.

–Estoy obsesionada con tu boca –comentó ella cuando él dejó de besarla y apoyó la frente en la frente de ella–. No puedo dejar de pensar en dónde quiero que me beses.

Harrison se limitó a sonreír y a dejar que sus ojos hablaran por él. Ella suspiró sin dejar de mirarle los labios.

–He intentado resistirme –siguió ella–, he intentado mantener la sensatez, pero me excito solo de oír tu voz.

Le acarició las caderas. No quería hacer o decir nada que detuviera aquella confesión. Ella hacía que sintiera cosas desconocidas para él y flotaba de placer cuando ella se hacía eco de los mismos deseos que sentía él.

–¿Cuánto te excitas?

–Me arde la piel, me duelen los pezones, quiero que te los metas en la boca y succiones con ganas.

–Sigue –le ordenó él con la voz ronca mientras le besaba el hombro.

Ella le rodeó los hombros con los brazos y echó la cabeza hacia atrás para mostrarle el cuello. Harrison lo aprovechó con los labios y los dientes. London dejó escapar un gruñido que le brotó del pecho y se le contrajeron los músculos.

–Harrison…

Su voz ronca delató lo excitaba que estaba y él sonrió a pesar de que casi sentía dolor por debajo del cinturón. La acercó a la cama y se quitó la camisa y los zapatos. Introdujo los dedos por debajo del elástico del tanga y le bajó el trozo de seda y encaje por las caderas y los muslos. Se estremeció cuando él se arrodilló para ayudarle a quitárselo de los pies.

Mientras se tumbaba en la cama, se quitó los pantalones y los calzoncillos. Su erección la señaló directamente en cuanto estuvo libre. London se apoyó en los codos y se lo comió con la mirada. Cuando vio que había captado toda la atención de él, separó las rodillas. Harrison quiso gritar de felicidad al verla tan rosa y húmeda. Se subió a la cama con una sonrisa.

–Eres preciosa.

Le pasó la yema de un dedo por el abdomen hasta que llegó a la franja de vello que llevaba a donde anhelaba entrar.

–¿De verdad? –preguntó ella mirándose con el ceño fruncido.

–Tú no puedes apreciarlo como yo –un dedo se abrió paso entre

los pliegues húmedos y ella abrió los ojos mientras dejaba escapar un sonido gutural–. Me encanta lo sensible que eres.

–Tú sacas eso de mí –murmuró ella con unos delicados jadeos.

Él sonrió, bajó la cabeza entre sus piernas y le pasó la lengua por ese centro ardiente. Ella levantó las caderas mientras dejaba escapar un improperio.

–Avisa antes… –farfulló ella presionando contra su boca.

–Voy a volverte loca antes de que llegues al clímax.

–Mejor… –gimió ella antes de que él la paladeara por segunda vez.

Sonrió por su dulzura y su sabor. Ella gemía con cada movimiento de su lengua e introdujo los dedos entre su pelo para clavárselos en el cuero cabelludo cuando tomó el palpitante clítoris entre los labios y lo succionó. Ella gritó antes de decir su nombre y arqueó las caderas para recibir más placer de su boca.

–¡Harrison…! –gritó ella con la voz quebrada–. Me encanta…

Él le tomó el trasero con las manos y abrió los ojos para ver sus reacciones mientras seguía deleitándola con la lengua y los labios. Su cuerpo se movía con una elegancia perfecta, como en todo lo que hacía, aunque se había esfumado su discreción habitual. Se dejaba arrastrar por el momento y contoneaba las caderas como si estuviese bailando para él. Era tan increíblemente sensual que él sabía que tenía que darle más placer todavía. Redobló los esfuerzos y la deleitó con todos los recursos que conocía. Ella no sabría qué le había pasado cuando alcanzara el clímax, pero antes quería que conociera todo lo que él podía darle.

–Harrison, es demasiado…

London se agarró a la colcha hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

–Acaríciate los pechos –le ordenó él aunque no sabía si ella podría oírlo–. Enséñame lo que hago que sientas.

Para su sorpresa, ella soltó su pelo y la colcha y empezó a acariciarse los pezones con un desenfreno que él jamás se había imaginado que vería.

–Ah… –gimió ella–. Más… Más…

Sus gritos apasionados lo endurecieron como no había estado nunca, pero ese no era su momento. Al menos, no lo era directamente. Sentía una satisfacción enorme al desenfrenarla de esa manera. Cuando comprendió hasta qué punto quería ella llegar al clímax, le introdujo dos dedos. Ella dejó caer la cabeza fuera de la cama y un sonido incoherente le brotó de la garganta.

–Muy bien, dámelo todo –Harrison la agarró del trasero y le

presionó el clítoris con la punta de la lengua–. Déjate llevar.

–Es… Es… Es increíble…

Entonces, soltó un grito y explotó. Harrison la observó. No había nada tan perfecto en el mundo como London McCaffrey desmantelada por el placer, arqueándose y contoneándose para restregarse contra su boca. Un orgasmo devastador se apoderó de ella y él saboreó todas las oleadas que la arrasaban.

Cuando se quedó inerte, retiró la boca y le besó con delicadeza el vientre y el abdomen. Le subía y bajaba el pecho mientras intentaba recuperar el aliento. Estaba con las manos en los ojos mientras emitía unos sonidos incoherentes.

–¿Estás bien? –le preguntó él besándole el cuerpo y fijándose en el rubor maravilloso de su piel por el clímax.

–¿Qué me has hecho? –le preguntó ella como si estuviese desfallecida.

–Yo diría que ha sido un orgasmo.

Él no disimuló su satisfacción y esperó que ella no se abochornara de repente por cómo se había dejado llevar. Había sido increíblemente sexy y él no quería que ella se retrajera.

–Uno bastante intenso –añadió él.

Ella separó los dedos de las manos y lo miró.

–¿Qué voy a hacerte yo…?

Un segundo después, ella contestó su propia pregunta y le tomó la erección con una mano.

–Puedes acariciarla un par de veces –le propuso él con un gemido cuando ella lo hizo y le demostró lo dispuesta que estaba a complacerlo–. No hace falta que seas muy delicada, no va a romperse.

–¿Así?

Él gruñó después de una serie de caricias provocativas.

–Muy bien.

Harrison se inclinó para besarla con ganas y para que supiera lo mucho que le gustaba que lo acariciara.

–No está mal –murmuró ella–, pero estaría mucho mejor que te pusieras un preservativo y me hicieses el amor.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Tardó segundos en encontrar el envoltorio de papel de aluminio y en protegerse. Ella lo observó con los ojos entrecerrados y mordiéndose el labio inferior. Él se tomó un instante para deleitarse con su pelo rubio y despeinado y con sus labios inflamados por la pasión. Entonces, se puso entre sus muslos y fue abriéndose paso con cuidado. La notaba tan receptiva que quería que fuese un momento perfecto para ella.

Le apartó un mechón de la cara y le dio un beso en la mejilla.

–¿Preparada…?

–¿De verdad crees que tienes que preguntarlo?

Tuvo que concentrarse todo lo que pudo para entrar despacio y que ella fuese adaptándose. Lo que no había tenido en cuenta era que él también tenía que adaptarse a ella. London soltó el aire lenta y entrecortadamente a medida que iba llenándola. Era como si estuviese liberándose de algo que llevaba conteniendo desde hacía mucho tiempo.

Cuando terminó la lenta y prolongada acometida, ella abrió los ojos y lo miró. Él captó tanta confianza que se sintió el hombre más poderoso del mundo.

–Eres increíble, cariño –murmuró él para cumplir la promesa de hablar–. Me encanta cómo me atenazan tus músculos, como si me quisieras ahí y no quisieras soltarme.

–Así es –London bajó las manos por su espalda hasta clavarle los dedos en el trasero–. Me encanta tenerte dentro.

Entonces, no hizo falta decir nada más. Fue una mezcla de manos, lenguas, labios, respiraciones y pieles que se descubrían a un nivel completamente nuevo. Decir que le gustaba estar dentro de ella era como no decir nada. London era ardor, avidez e intensidad mientras le rodeaba la cintura con las piernas y se aferraba a él, que acometía con un ritmo firme que parecía gustarle a ella. Movía las caderas a su ritmo y hacía que la intensidad aumentara un poco más.

–Harrison, por favor –le pidió ella atenazándolo con los músculos internos–, llévame al clímax otra vez. Lo necesito.

Él jamás había decepcionado a una mujer. Introdujo una mano por debajo de ella para levantarla y adaptó las acometidas para rozarle el clítoris cada vez que entraba en ella como un émbolo. Eso parecía, entraba y salía una y otra vez con los dientes apretados para contener su propio placer. Hasta que ella arqueó la espalda y dejó escapar un grito mientras le clavaba las uñas en los hombros y decía su nombre al ritmo de las embestidas. Unos segundos después, se estremecía con toda una serie de convulsiones que lo arrastraron detrás de ella.

Acometió una última vez, se dejó caer en los antebrazos con la cabeza en la cama por encima del hombro de ella, que movió la cara para que se encontraran las sudorosas mejillas. Harrison tenía la respiración entrecortada y le costó abrir los ojos. Aunque más le costó levantar la cabeza. Sin embargo, tenía que mirarla para comprobar que ella había sentido la misma sensación devastadora

que él.

Para su desconsuelo, ella tenía los ojos cerrados y una expresión de satisfacción.

–London…

–Ha sido mejor de lo que me esperaba –ella abrió los ojos con un brillo posesivo y volvió a cerrarlos–. Y había esperado mucho…

Él se tumbó de costado con la cabeza en una mano. Le apartó un mechón de pelo que le cruzaba la cara y se deleitó con ese momento de quietud. Ella levantó una mano para tomarle la cara y pasarle el pulgar por los labios.

–Ya no estoy obsesionada solo con tu boca –comentó ella en un tono adormilado–, ahora también lo estoy con tu… miembro.

Harrison se quedó boquiabierto. ¿De verdad había dicho eso? ¿Sus amigas de la alta sociedad sabían que esa mujer existía? Él no lo creía. En realidad, diría que London no se había dado cuenta de lo… ardiente que era hasta hacía muy poco.

–Me alegro de oírlo –murmuró él abrazándola con fuerza–. Yo también lo estoy…

Capítulo Nueve

A London se le aceleró el corazón cuando Harrison desvió el Mercedes para tomar el camino que llevaba a la entrada de Crosby Motorsports. Encima de ellos, el logotipo de la empresa y los números de los cuatro coches del equipo recibían a los empleados y a los admiradores.

Esa noche iban a asistir a una fiesta de final de temporada para los seiscientos empleados que habían conseguido que Crosby Motorsports acabara tercero. Era su primera aparición como novia de Harrison y llevaba todo el día nerviosa por las posibles repercusiones de lo lejos que habían llegado las cosas.

El dispositivo que le había dado Everly era una carga psicológica, pero cada día que no lo utilizaba era un día más que no había traicionado a Harrison. Ya no se identificaba con la mujer que se había comprometido a vengarse de Tristan. Además, ¿qué les debía a Zoe y Everly?

Quince edificios componían los treinta y cinco mil metros cuadrados de instalaciones de última tecnología que acogían a cuatro equipos permanentes de Ford. London y Harrison, de la mano, se dirigieron al museo de la empresa, al lugar donde estuvo la tienda original cuando se fundó la empresa en 1990, al edificio que albergaba la imponente colección de coches de Jack Crosby.

La corriente de invitados los arrastró dentro del edificio y pasaron de largo junto a algunas casetas que, según Harrison, eran muy visitadas por los aficionados. Se habían colocado distintas barras para que los invitados pudieran beber algo antes de que se sirviera la comida en una carpa.

–Alguna noche te traeré y te haré una visita guiada como dios manda –comentó Harrison mientras pasaban junto a unos coches únicos.

–¿Qué tiene de malo este momento? –le preguntó ella.

–Me he expresado mal. Quería decir una visita como dios no manda. ¿Nunca te ha apetecido hacerlo en el asiento trasero de un Chevrolet de 1969? –le preguntó él con una mano encima de un

coche naranja.

Ella lo miró con un brillo burlón en los ojos, aunque se había sonrojado.

–¿Te parezco el tipo de chica que tendría esas fantasías?

Sin embargo, notó unas palpitaciones entre los muslos mientras lo decía. Se imaginó montándolo en uno de esos coches, empañando los cristales y mirándolo cuando llegaba al clímax. Se estremeció de placer.

–Creo que ya has hecho cosas conmigo que jamás te habías imaginado que harías.

Ella se encogió un poco de hombros porque tenía razón, pero un joven se acercó antes de que pudiera replicar y le pidió a Harrison si le importaría conocer a su abuela, que era una gran admiradora de él y estaba inmovilizada por la artritis.

–Ve –le dijo London–. Voy a buscar el cuarto de baño.

–¿Nos reencontramos aquí? –Harrison miró el Chevrolet–. Puedes pensar mi oferta mientras tanto.

–Estaré esperando.

Diez minutos después, volvió a ese punto, pero no le sorprendió que Harrison no hubiese llegado todavía. De repente vio a Tristan. Se abría paso entre la gente como si fuese la persona más importante que había allí. No irradiaba seguridad en sí mismo, más bien la atronaba. La gente lo observaba y ella no podía reprochárselo. Era difícil permanecer inmune a la perfección de sus rasgos cincelados y a su poderosa constitución.

Iba vestido con un elegante traje gris oscuro y parecía más ancho de espaldas que Harrison, pero ella sospechaba que no todo era músculo. Ella sabía de primera mano la fuerza que tenía ese cuerpo espigado de Harrison, afinado y esculpido por horas de entrenamiento físico y mental. Tristan no parecía un guepardo hambriento, parecía un león saciado. Aun así, era igual de peligroso. Por eso sintió como si recibiera un puñetazo en la boca del estómago cuando la miró fijamente. Cambió de dirección y se dirigió directamente hacia ella, que puso una expresión de agrado.

–Nos vemos otra vez –Tristan le tendió la mano mientras la miraba con un interés que no mostró la primera vez que se encontraron–. Te llamas London, ¿verdad?

–Sí –ella le estrechó la mano y tuvo que hacer un esfuerzo para no retirarla cuando él la tomó con una confianza injustificada–. Me sorprende que te acuerdes de mí. Nos conocimos un instante durante el acto benéfico de tu tía.

–Eres una mujer impresionante –replicó él sin disimular el brillo

sensual de sus ojos–. Recuerdo que pensé que me gustaría llegar a conocerte mejor.

Ella no se lo creyó. No le había hecho ni caso y se había ido con una mujer que llevaba un escote de vértigo. Entonces, ¿por qué ese repentino interés? Desconcertada, esbozó una sonrisa forzada.

–Me siento halagada.

–Pareces tan fuera de lugar como yo.

London habría pensado lo mismo hacía unas semanas. Miró alrededor y vio la diferencia de esa fiesta con el acto benéfico donde conoció a Harrison y a su hermano. Aquella vez, las mujeres iban vestidas de largo y cargadas de joyas. Esa noche, los invitados llevaban vaqueros. Tristan llevaba un impresionante traje hecho a medida más apropiado para el club náutico que para esa carpa.

–Tengo que reconocer que no es mi… círculo habitual –a London le espantó cómo había sonado aunque fuese verdad–. Doy por sentado que no tienes mucho que ver con Crosby Motorsports.

–Casi nada –Tristan se inclinó como si fuese a hacerle una confidencia–. A mi hermano es al que le gusta mancharse las manos –su sonrisa jactanciosa dejó claro el desprecio que sentía hacia Harrison–. Que sea piloto es un bochorno para la familia.

London se preguntó si Tristan sabría que Harrison y ella habían estado saliendo juntos.

–Lo hace muy bien…

–¿Muy bien? –él volvió a mirarla de arriba abajo y detuvo la mirada en su escote–. No irás a decirme que eres una de esas admiradoras que rondan por los circuitos. Parece que tienes demasiada clase para eso.

Los prejuicios de ese hombre eran tan descarados que London se quedó muda un momento.

Además, mientras buscaba una respuesta, pensó que ella había sido así de esnob hasta que conoció a Harrison y se sonrojó de vergüenza.

–¿Te apetece que nos marchemos?

Tristan le puso una mano en la cadera como si quisiera comprobar su reacción. Cuando ella no hizo nada por el estupor, él debió de considerarlo un consentimiento, porque bajó la mano por el trasero y se lo acarició sin reparos.

–Mi casa está a veinte minutos de aquí –añadió él.

London pensó en el dispositivo que había guardado en el bolso. ¿Qué excusa podía darle a Harrison para marcharse con Tristan y sacarle la información del ordenador? Le dio vueltas a la cabeza, pero no encontró ninguna que le convenciera.

–Yo…

No llegó a terminar de rechazarlo porque Harrison apareció entre la multitud y la vio con su hermano. Frunció el ceño con enojo y perplejidad al percatarse de dónde le había puesto la mano. London contuvo el aliento, se apartó de Tristan e intentó captar la atención de Harrison, pero fue inútil porque él no apartaba la mirada de su hermano.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Harrison con una cara y un tono de pocos amigos.

–Soy el presidente de Crosby Automotive.

–Eso no contesta a mi pregunta.

–Esta es una empresa familiar.

–Y tú has dejado muy claro que no quieres saber nada de nosotros –Harrison entrecerró los ojos–. Al menos, esa era tu actitud hasta que los beneficios de tu empresa empezaron a caer. ¿Acaso esperas convencer a Jack para que te ayude económicamente?

La expresión de Tristan se ensombreció. Evidentemente no le gustaba que su hermano pequeño sacara a relucir sus malos resultados.

–No necesito su ayuda ni la tuya. Además, este festejo es un aburrimiento. Tengo cosas mejores que hacer –dejó escapar un suspiro, miró a London y señaló hacia la puerta–. ¿Nos vamos?

Harrison la miró sin salir de su asombro y ella abrió la boca para darle una explicación, pero tenía el cerebro bloqueado y no pudo decir nada. ¿Por qué no había sido sincera y le había dicho a Tristan que estaba saliendo con Harrison? Maquinar no era su fuerte.

–Ella no se va a ninguna parte contigo.

–¿Por qué no le dejas a ella que lo decida?

–La verdad es que he venido aquí con Harrison –intervino London, aunque se dio cuenta de que era demasiado tarde y demasiado poco.

–¿Estáis saliendo…? –preguntó Tristan en un tono burlón.

–Bueno… –titubeó ella.

–Sí –contestó Harrison con rotundidad.

Tristan se rio por lo distintas que habían sido las respuestas y London miró fijamente a Harrison y se quedó sin respiración cuando sus miradas se encontraron. Vio su porvenir en esos ojos del color del mar y le gustó tanto que quiso llorar. Lo había tirado todo por tierra.

–Me parece que tenéis que aclararlo un poco… –Tristan agarró del brazo a London–. Llámame si te cansas de haber caído tan bajo.

Ella no dijo nada y se mordió el labio inferior mientras el hermano de Harrison se alejaba. Las palabras se le agolpaban en la garganta, pero el nudo no dejaba que salieran. Se daba cuenta de que al enamorarse de Harrison había hecho que sus sentimientos entraran en conflicto directo con lo que le había prometido a Zoe.

–Creía que remábamos en la misma dirección –le reprochó Harrison–. Si no estamos saliendo, ¿qué estamos haciendo?

–No lo sé –a ella le gustaría eludir sus preguntas, pero él se merecía sinceridad–. Esto no debería haberse complicado.

–¿Porque no soy el hombre que crees que quieres?

–¿Qué?

London estaba empezando a creer que él era el único hombre para ella y lo había embrollado todo. Él desvió la mirada hacia la espalda de su hermano.

–¿Crees que él puede hacerte feliz? Te diré que es incapaz de poner los sentimientos de nadie por encima de los suyos.

–Tu hermano no me interesa.

Al menos, en el sentido que estaba insinuando Harrison. ¿Cómo podía apaciguar esa situación sin comprometerse en ningún sentido?

–En realidad, estaba a punto de defenderte, pero nos interrumpiste antes de que pudiera hacerlo –añadió ella.

Harrison la miró un rato y debió de captar algo en ella, porque se relajó.

–No necesito que me defiendas.

–Lo sé.

Sin embargo, ella notaba que él lo agradecía. Le tomó una mano entre las suyas, se acercó a él y esperó a que la tensión se disipara de su cuerpo antes de terminar.

–Pero tampoco iba a quedarme de brazos cruzados mientras criticaba lo que haces.

–Hace un par de semanas tú pensabas lo mismo… –le recordó él rodeándole la cintura con un brazo y estrechándola contra sí.

–Razón de más para que te defendiera. Era ignorante y no veía más allá de mis narices. Haces lo que te gusta hacer y nadie tiene derecho a juzgarte por eso, ni siquiera tu hermano.

–Muy bien, te perdono.

Le tomó la cara entre las manos y bajó la cabeza para besarla. Fue un beso cariñoso y embriagador. Ella se dejó llevar por el abrazo y dejó a un lado las preocupaciones, por el momento. Ya analizaría más tarde ese embrollo.

No supo cuánto tiempo se habían quedado absortos el uno en el

otro en medio de la fiesta, pero cuando Harrison acabó soltándola, volvió a la realidad con un respingo.

¿Adónde iban a parar el decoro y los modales cuando él la abrazaba? Jamás había actuado así, pero le encantaba cada segundo que lo hacía. Su relación con Linc, en cambio, siempre había sido muy comedida. Jamás le había rodeado el cuello con los brazos ni lo había besado en público. Siempre había estado pendiente de las apariencias y de quién pudiera estar mirando. Con Harrison, aunque también era famoso, nunca pensaba en las apariencias antes de mostrarle cariño.

–Lo siento –se disculpó cuando dejó de besarla.

–¿Por qué?

–Cuando estoy contigo, me siento emocionada y asustada a la vez, jamás había sentido algo tan intenso.

–A mí me pasa exactamente lo contrario –Harrison le dio un beso en la frente–. Me calma estar contigo. Me siento a gusto cuando estamos juntos.

London notó que le escocían los ojos. Ese hombre era perfecto y ella no se merecía la felicidad que le daba. Se secó la comisura de un ojo, le tomó una mano y suspiró ruidosamente.

–Siempre dices lo acertado.

London deseó que hubiese mostrado algo de la maldad de su hermano, así le habría resultado más fácil aprovecharse de él.

–¿Vamos a buscar nuestra mesa?

–Vamos.

–Es un sitio tranquilo –comentó London.

Estaba observando los establos, el campo de polo y la amplia casa con vistas a los pastos que pertenecían al hermano de Harrison. Había empezado a estudiar la casa en cuanto la vio para encontrar la manera de usar el dispositivo de memoria externa que llevaba en el bolso. Era una tarea que la aterraba. ¿Qué pasaría si la atrapaban o el dispositivo no funcionaba o la información que necesitaba no estaba en el ordenador? Había muchas cosas que podían salir mal.

Como había previsto Everly, Harrison la había invitado al acto benéfico que se celebraba en la finca que tenía Tristan a las afueras de Charleston. Había asistido a muchos actos como ese con Linc. A él le gustaba corresponder con la comunidad y apreciaba mucho a ese proyecto benéfico en concreto. No podría sorprenderse si se encontraba con su ex, pero ¿le sorprendería a él encontrarla con Harrison? ¿Le importaría lo más mínimo si era verdad todo lo que

había oído sobre su relación con su empleada doméstica?

–No puedo imaginarme lo que costará mantener todo esto –siguió con cierta torpeza por el nerviosismo–. Además, también tiene una casa en el barrio histórico. Crosby Automotive debe de ir muy bien…

Harrison la miró de una forma rara. ¿Estaba dejando demasiado claro su interés otra vez?

–Es una finca muy impresionante –añadió ella precipitadamente.

–Supongo… Nunca lo había pensado.

–Además, costará una fortuna mantener a todos esos caballos.

–Mira, deja de irte por las ramas –replicó Harrison algo molesto–. ¿Quieres saber algo concreto?

–Voy a meterme donde no me llaman, pero he oído decir que su exesposa no recibió casi nada en el convenio de divorcio porque a Tristan le iba mal económicamente.

–Es posible que eso sea lo que dice la gente –Harrison se encogió de hombros–, pero, seguramente, lo que recibió se deba más bien a algo relacionado con ciertas cláusulas del contrato prematrimonial.

–Ah…

London ya sabía a qué se refería Harrison. Habían acusado a Zoe de infidelidad y Tristan se había salido con la suya. Se habían presentado fotos y pagos de hotel. Ella había rebatido la acusación y había demostrado su inocencia, pero el litigio había disparado las minutas de los abogados y había acabado con su pequeña indemnización. Tristan, en cambio, la había engañado todo lo que había podido sin que le pasara nada.

–¿No te lo crees? –le preguntó Harrison demostrando otra vez que sabía interpretarla.

–Bueno, tiene sentido.

Como sabía muy bien que había metido la pata, miró alrededor para dirigir la atención hacia otra cosa y vio a Everly. Se ponía tensa y muy nerviosa cada vez que se encontraba con esa mujer. Harrison, que captaba todas sus reacciones, le acarició la espalda para calmarla.

–¿Pasa algo? –le preguntó él con la preocupación reflejada en los ojos del color del mar.

London buscó alguna excusa creíble, pero no encontró ninguna y él, ante su falta de respuesta, también miró alrededor. Everly, Linc y la hermana de él paseaban entre la multitud. Él parecía contento. Evidentemente, la ruptura le había sentado bien.

Ella, en cambio, tenía los nervios a flor de piel y se sentía como si estuviese en un bote de remos azotado por un vendaval. Desde

hacía un mes, desde que salió a cenar con Harrison la primera vez, el dolor por la ruptura se había convertido en un recuerdo lejano. Desde la noche que pasaron en el piso de ella, habían pasado juntos casi todas las noches.

–¡Ah! –exclamó Harrison al ver a Linc–. ¿Te incomoda?

–No –ella sacudió la cabeza–. No pasa nada.

–¿Estás segura?

Aunque lo había preguntado en tono de preocupación, su gesto era inexpresivo. Evidentemente, había interpretado mal el motivo de su desasosiego. Ella podía imaginarse cómo se sentiría si Harrison tuviese una exnovia y estuviese asistiendo a la misma fiesta. Aunque no podía decirse que Harrison fuese inseguro.

–Claro –contestó ella con una firmeza especial para tranquilizarle a él también–. Es agua pasada.

–¿Por eso estás tan tensa?

Ese hombre era demasiado perceptivo. Ella notaba que los hombros se le estaban poniendo rígidos e hizo un esfuerzo para relajarlos. Normalmente, solo su madre tenía ese efecto, pero tenía que reconocer que Everly Briggs también la asustaba.

–No había vuelto a verlo desde que rompimos. Me cuesta un poco acostumbrarme.

Sintió cierto placer al ver la preocupación en los ojos de Harrison. Estaba acostumbrada a ser fuerte todo el rato, pero le gustaba apoyarse en alguien.

–Gracias por preocuparte de mí –añadió London.

Entonces, como los actos eran más elocuentes que las palabras, se olvidó del decoro, lo agarró de la chaqueta y tiró de él. Como llevaba tacones, sus labios quedaron a muy buena distancia de los de Harrison, que inclinó la cabeza. El beso fue como una descarga eléctrica que la aturdió y se alegró de que un poderoso brazo le rodeara la cintura.

El beso no se descontroló gracias a él. De haber sido por ella, lo habría llevado a un rincón y habría introducido las manos por debajo de la inmaculada camisa blanca. Aun así, los dos tenían la respiración un poco entrecortada cuando él levantó la cabeza.

–Caray… –murmuró él–. Me sorprendes algunas veces.

–Eso está bien, ¿no?

–Muy bien –él le dio un beso en la punta de la nariz y la soltó–. Vamos a buscar un sitio.

Lo encontraron cerca del centro del campo y se sentaron. Harrison le acariciaba los dedos, y a ella le costaba concentrarse en el juego. Se acordaba de esa mañana, de cómo la había acariciado

hasta que le había pedido que la llevara hasta… el final.

Vio otra vez a Everly y dejó de pensar en todo. Para su desasosiego, la otra mujer también la vio y le frunció el ceño antes de mirar expresivamente a Linc. Su exnovio estaba charlando con unos amigos, pero no estaba atendiendo a la conversación, estaba observando a una morena esbelta que estaba preparando las cestas del pícnic. Reconoció a Claire Robbins, la empleada doméstica de Linc. Todas las habladurías y conjeturas sobre esos dos se hacían realidad y ella no sentía nada, era como si hubiese dejado atrás a Linc, o como si no hubiese nada que dejar atrás y él hubiese acertado al romper el compromiso.

Sonrió y miró a Harrison, pero él estaba atendiendo al partido de polo. Le encantaría contarle lo que había descubierto, aunque no dijo nada. La presencia de Everly le recordaba que tenía otro motivo para estar allí en ese momento.

La necesidad de colarse en la casa y conectar el dispositivo al ordenador de Tristan la tuvo agobiada durante el segundo partido y el descanso para almorzar. Le sorprendió muy agradablemente le cesta de pícnic para dos que había preparado Claire. La comida era fantástica. Probó un poco de todo, pero era tanto que se quedó llena y adormilada.

–Ha sido increíble –comentó London dejándose caer sobre el respaldo con un gruñido.

–Falta el postre.

Harrison señaló hacia la carpa de la comida, donde había mesas con bandejas de tartas.

–Yo no puedo más –London vio que eso podía ser una ocasión–. Ve tú. Yo voy a buscar el cuarto de baño.

Fue sorprendentemente fácil entrar en la casa de Tristan. Casi le decepcionó no encontrarse la puerta cerrada. Levantó la barbilla y tomó aire para intentar serenarse. Lo mejor que podía hacer era terminar lo antes posible.

No tardó ni cinco minutos en encontrar el despacho de Tristan. Entró con el pulso acelerado y cerró la puerta. Si la sorprendían allí, no tendría ninguna excusa. Era un disparate. ¿Compensaba eso el daño que hacía a su relación con Harrison?

Sintió una opresión en el pecho. Anhelaba pasar más tiempo con Harrison, pasar más horas hablando con él, pasar más minutos tomándole la mano, pasar más mañanas desayunando con él, pasar más noches haciendo el amor, pasar más semanas para que creciera esa relación íntima, pasar más años para formar una vida con él.

Todo era una fantasía absurda. No tenía ningún porvenir con

Harrison. Estaba en el despacho de su hermano a punto de robarle el contenido de su ordenador, eso indicaba dónde había puesto su lealtad.

Se apoyó en la pared con un repentino ataque de impotencia y miró alrededor.

Cuanto más tiempo se quedara allí dándole vueltas a lo que estaba haciendo, más probable sería que la atraparan. Se oían los vítores del público que estaba viendo el partido de polo mezclados con los latidos de su corazón. No tenía mucho tiempo. Si se retrasaba, Harrison empezaría a preguntarse dónde estaba.

Le pareció un poco ridículo ir de puntillas hasta la mesa. Le temblaron las manos mientras rodeaba la enorme mesa de caoba para acercarse al ordenador. Levantó la tapa del ordenador portátil y la pantalla se iluminó. Previsiblemente, vio una imagen de Tristan con un aspecto viril y pulcro, montado en uno de sus caballos de polo y mirando directamente al fotógrafo.

Se estremeció, pero encontró donde conectar el dispositivo, aunque titubeó antes de insertarlo en la ranura. Tenía el corazón desbocado, como los cascos de los caballos en el campo de juego. Si iba a hacerlo, tenía que ser en ese momento. Aun así, siguió vacilando.

Entonces, oyó unas voces; la aguda de una mujer y la grave de un hombre. Se apartó precipitadamente del ordenador, pero se golpeó con la silla y la mandó contra la pared. Fue como una explosión en el silencio de la habitación y buscó un sitio para esconderse antes de que entrara la pareja. Vio los cortinones y no tardó ni un segundo en meterse por detrás de la pesada tela con la esperanza de que la cubriera por completo.

Esperó con el pulso acelerado, esperó que se abriera la puerta e intentó serenar la respiración, pero el miedo la tenía atenazada. ¿Era Tristan el hombre del pasillo? Se acordó de cuando se vieron en la fiesta de Crosby Motorsports. Con toda certeza, tendría un montón de mujeres a su disposición. El apetito insaciable de ese hombre no era solo un cotilleo. Había engañado a Zoe desde el principio de su matrimonio.

No supo muy bien cuánto tiempo había pasado detrás de la cortina antes de darse cuenta de que no iba a entrar nadie. Asomó la cabeza, miró hacia la mesa y fue hasta la puerta. Pegó la oreja, contuvo el aliento y la abrió un poco. No había nadie, salió del despacho de Tristan y volvió al exterior. No consiguió respirar del todo hasta que notó la luz del sol y la brisa en la cara. Un segundo después, soltó todo el aire con un chillido cuando alguien habló.

–¿Lo has hecho?

Se dio media vuelta y vio a Everly con un brillo implacable en los ojos.

–No he podido.

–¿No ha funcionado el programa?

London apretó con fuerza el artilugio. ¿Lo habría llevado a cabo si no la hubiesen interrumpido?

–No lo he probado –reconoció London.

–¿Por qué?

–No sé si está bien lo que estamos haciendo.

–¿Por qué? ¿Porque estás saliendo con Harrison? De repente, como estás contenta, ¿te parece que puedes echarte atrás? ¿Te parece justo para Zoe? Está viviendo en la trastienda de la boutique que abrió y no puede pagar la renta porque se gastó todos los ahorros en el abogado del divorcio.

Como no deberían estar en contacto unas con otras, no sabía que la situación de Zoe fuese tan apurada.

–Le daré algo de dinero para que salga del paso.

–No puedes –Everly resopló con desesperación–. No podemos tener contacto entre nosotras.

–Y tú me lo dices –London miró alrededor para comprobar que estaban solas–. Además, al parecer, también has estado pendiente de Zoe.

–Estoy cumpliendo mi parte –Everly no contestó a la acusación de London–. Si tú no cumples la tuya, Zoe no tendría por qué ir a por Ryan. Ese hombre destrozó la vida de mi hermana y estoy dispuesta a que reciba su merecido.

–No sé… –London, crispada por la vehemencia de Everly, intentó escabullirse–. Todo esto es mucho más de lo que me comprometí a hacer.

–Escucha –Everly se aceró a ella con un gesto intimidatorio–, hicimos un trato y vas a cumplirlo.

–Los tratos pueden romperse.

Everly cambió el gesto bruscamente y volvió a ser fría y contenida.

–Me imaginé que esto podía pasar contigo, pero no vas a romper este trato.

–¿Qué vas a hacer para impedirlo? –preguntó London con una seguridad en sí misma que no sentía.

Los cambios de estado de ánimo de Everly le preocuparon más todavía. ¿Con qué tipo de desequilibrada se había mezclado?

–Ya lo tengo todo en marcha para arruinar la vida de Linc.

Tienes que cumplir tu parte. Me lo debes a mí y se lo debes a Zoe.

–Me retiro –London fue a marcharse, pero, para su sorpresa, Everly la agarró del brazo con todas sus fuerzas–. Suéltame.

–Si no lo haces, se lo contaré todo a Harrison.

El pánico se adueñó de ella e intentó encontrar la manera de aplacar la situación. Lo único que se le ocurrió para limitar el alcance del chantaje de Everly fue negar lo que sentía por Harrison.

–Si lo haces, solo conseguirás que toda la trama salte por los aires. He utilizado a Harrison para llegar hasta Tristan. No significa nada para mí, solo era un medio para alcanzar un fin. Si le cuentas lo que he estado tramando, todas caeremos.

Dicho lo cual, se soltó el brazo, pero notó que le arañaba. Se alejó todo lo deprisa que se atrevió. Le ardía la piel y la adrenalina le bullía por todo el cuerpo. No podía volver con Harrison así de alterada. Él querría saber qué le pasaba y no sabía qué podía contarle.

Entonces, se fijó en un pequeño grupo donde estaba alguien a quien conocía muy bien. Lincoln miraba a Claire y los dos tenían una expresión de angustia y desolación. Entendió que fuera lo que fuese lo que Everly había hecho, había logrado su objetivo. Se alejó apresuradamente con náuseas y los nervios de punta por el dolor y la rabia. ¿Qué habían hecho? ¿Qué había hecho? Linc no se merecía que le arruinaran la vida porque hubiera roto el compromiso. No estaban hechos el uno para el otro, pero ella no lo había visto porque se había regodeado demasiado en lo que le había parecido su propio fracaso.

Las lágrimas la cegaban, tenía un regusto amargo en la boca y la angustia le atenazaba el corazón. Everly había hecho lo que habría hecho ella para vengarse de Linc. Ya no tenía escapatoria.

Fue a la carpa donde se había servido la comida y en ese momento se servían las bebidas. Necesitaba un poco de agua y un momento de tranquilidad. Había sido una necia al hacer aquel pacto atroz. Apretó con todas sus fuerzas el dispositivo de memoria externa y se sintió aliviada porque ya había pasado el momento de usarlo.

No podía dejar de pensar en la amenaza de Everly. Estaba segura de que le contaría a Harrison lo que estaba pasando aunque eso significara tirarlo todo por tierra. Estaba loca, o quizá lo estuviese ella. Seguía pensando cómo podía conseguir información que acusara a Tristan sin que, al hacerlo, destruyera lo que estaba levantando con Harrison. Se encontraba entre la espada y la pared.

Harrison se había acabado un plato de postres sin que London hubiese aparecido y se preguntaba dónde se habría metido.

El día había amanecido cálido y despejado para ser noviembre y se había sentido muy optimista. Había considerado esa primera aparición como pareja ante la flor y nata de Charleston como una declaración sobre su relación, y lo había sido, aunque no como él había esperado.

Había sentido una inquietud constante desde que London había visto a Linc Thurston. Había estado desasosegado desde la primera noche que pasaron juntos y ella reconoció que su madre creería que él no era el tipo de hombre con el que debería salir.

No sabía si ella lucharía por ellos o se plegaría a la voluntad de su madre llegado el caso.

Había llegado a conocer muy bien a London las dos últimas semanas. Al principio era reservada e incluso un poco recelosa con él, pero cuando había llegado a conocer a la mujer que había debajo de esos impecables y exclusivos trajes, se había encontrado una complicada mezcla de ambición, pasión y vulnerabilidad que lo intrigaba. Él ya aceptaba que no podría dejar lo que habían empezado, que merecía la pena luchar por esa mujer.

–Vaya, por fin te encuentro –la sonrisa de London, demasiado radiante, no podía disimular la sombras de sus ojos azules–. He estado buscándote por todos lados.

–Me alegro de que me hayas encontrado.

Harrison le tendió la mano y sonrió cuando ella la tomó. Hacía diez días, ella se habría negado a hacer algo tan sencillo e íntimo. Había avanzado mucho en muy poco tiempo, pero él no podía dejar de tener la sensación de que las cosas siempre andaban en la cuerda floja.

–¿Te lo has pasado bien? –le preguntó él.

–Mucho. Me han entrado ganas de aficionarme al polo.

–¿De verdad? –a él le gustaría verla galopando por el campo con un mazo en la mano–. ¿Sabes montar a caballo?

–Montaba cuando era más joven. Mi padre me enseñó. A él le encanta cazar. Ya sabes, cazar zorros con perros –añadió ella con una sonrisa infantil.

–¿Todavía se hace eso?

–Los martes, jueves y domingos durante la temporada.

–Quién lo diría…

–¿No podríamos irnos? –le preguntó ella tomándolo por sorpresa–. Quiero estar a solas contigo…

–Nada me haría más feliz.

Sin embargo, le quedó la duda de si realmente quería estar con él o quería escaparse de un acto donde su ex estaba con otra.

–Podemos tomar una copa… –propuso él.

–Claro. ¿Adónde quieres ir?

–¿Al Gin Joint o al Proof?

–Prefiero el Gin Joint.

Quince minutos más tarde estaban sentados en el acogedor bar y habían pedido dos de los cócteles que habían hecho famoso al local.

–Está delicioso –comentó London después de dar un sorbo–. Es la bebida perfecta para el otoño.

Se hizo el silencio mientras bebían y ojeaban la carta de aperitivos. Harrison no sabía si sacar el tema de su ex.

–Voy a decírtelo claramente –London, sorprendida, dejó de mirar la carta–. Hoy parecías incómoda y estabas pensando en otra cosa después de ver a tu ex.

–No es verdad… –replicó ella con los ojos muy abiertos.

No sabía mentir, pero él decidió no insistir y le hizo otra pregunta que lo quemaba por dentro.

–¿Has hablado con tu madre sobre nosotros? –él mismo hizo una mueca de disgusto por lo directa que había sido la pregunta–. Te lo pregunto porque veo un porvenir para nosotros…

–¿De verdad?

Ella pareció más asombrada todavía.

–Pienso todo el rato en ti cuando no estamos juntos, y no me había pasado jamás.

–Pero no nos conocemos casi.

La preocupación se apoderó de él. ¿Estaban en lo mismo o no?

–No digo que quiera casarme mañana, pero tampoco puedo imaginarme que esto vaya a acabar, y eso es decir mucho –él la miró fijamente–. Tengo que saber si sientes lo mismo.

–Yo… no… lo sé… –ella miró la mesa con una expresión de angustia–. Me gustas… mucho, pero no he pensado en el futuro.

Harrison se incorporó insatisfecho por la respuesta. Si bien tenía que aplaudir su sinceridad, no era lo que había esperado.

–Entonces, eres la primera mujer con la que he salido y no lo ha pensado. ¿Es por lo que hago?

–¿Te refieres a pilotar? No –él resopló con incredulidad y ella le tomó las manos por encima de la mesa–. Mi compromiso terminó hace un par de meses y había pasado tres años con Linc. Estaba empezando a entender quién soy cuando apareciste en mi vida.

–Creo que eso es una sandez. Sabes perfectamente quién eres. La

cuestión es si esa mujer puede imaginarse con un hombre como yo. Tu madre no me daría el visto bueno. No pienso pavonearme entre la alta sociedad de Charleston y nuestra hija no iría a ninguna puesta de largo, pero te aseguro que jamás haría nada para que te arrepintieras de un solo día de los que pasaríamos juntos.

–Harrison… –susurró ella parpadeando y dejando escapar un suspiro.

–Tienes que decidir lo que es importante de verdad para ti.

–Haces que parezca una esnob –se lamentó ella sin disimular la confusión que sentía–. Ya sé que la gente dice que no estaba enamorada de Linc y es posible que sea verdad. Hay un buen motivo para que estuviéramos dos años comprometidos sin que fijáramos la fecha de la boda, pero, además, creo que Linc me engañaba –a London se le entrecortó la voz–. Es posible que no tenga lo que se necesita para mantener el interés de un hombre.

Harrison se quedó pasmado. ¿De verdad era eso lo que le preocupaba? ¿Creía que no era deseable? ¿Cómo podía creer eso cuando él le había demostrado lo contrario una y otra vez?

–Sí tienes lo que se necesita para mantener el interés de un hombre. Lo que pasa es que elegiste al hombre equivocado. Tienes que tener fe en lo que quieres y en quién eres –él le apretó la manos porque le desgarraba el corazón que ella no pudiera mirarlo a los ojos–. Tienes lo que se necesita para mantener mi interés toda la vida.

–No deberías decir esas cosas –replicó ella conteniendo la respiración.

–¿Por qué? ¿Crees que no lo digo de verdad?

–Creo que todavía tienes que saber muchas cosas sobre mí y que podrían hacerte cambiar de opinión.

No entendía de qué estaba hablando ni se le ocurría qué podía hacer para sacarla de esa crisis.

–Supongo que eso podría decirse de mí también. Solo te pido que estés dispuesta a ir descubriendo lo que podemos ser el uno para el otro.

–Eso sí puedo hacerlo –ella le apretó un poco las manos y las soltó. Dio un sorbo del cóctel y sonrió–. ¿Qué te parece que vayamos a mi casa y hagamos algunos de esos descubrimientos?

Harrison también sonrió, dejó un billete de cien dólares en la mesa, se levantó y le tendió la mano.

–Vámonos.

Harrison no sabía qué esperar cuando llegaron al piso de London. Ella había estado mirándolo con un brillo abrasador en los

ojos durante todo el trayecto. Entonces, cuando la puerta casi no estaba ni cerrada, lo empujó contra la pared del recibidor, se estrechó contra él y lo agarró del pelo mientras lo besaba con voracidad. La sangre le bulló en las venas y lo latidos le retumbaron en los oídos mientras ella le anulaba los sentidos con los dientes, la lengua y la respiración entrecortada. Era incapaz de asimilar esa voracidad asombrosa que se había adueñado de ella, solo podía dejarse arrastrar.

Introdujo una mano entre su sedoso pelo mientras bajaba la otra por su espalda hasta tomarle el trasero para apretarla contra la erección creciente. Ella se estremeció y le mordió el labio inferior. Él gruñó por el mordisco y por el alivio posterior, cuando se lo lamió con la lengua.

–Voy a hacer que tengas un orgasmo como no has tenido otro igual –le susurró ella al oído mientras bajaba la mano a su cinturón.

La sangre se le concentró entre las piernas. Jamás había esperado que London fuese tan descarada ni que estuviese dispuesta a llevar las riendas, y eso le excitaba.

–Estoy deseándolo.

Se la echó sobre un hombro y la llevó al dormitorio para que empezase la fiesta. Ella pataleó por esa forma tan indigna de llevarla y, a juzgar por la cara que tenía cuando la dejó a los pies de la cama, pensaba hacérselo pagar. Harrison se quitó la chaqueta y la corbata y empezó a desabotonarse la camisa. Estaba impaciente por ver qué le hacía ella.

Para cuando se quitó los zapatos, ella ya estaba desnuda y había dejado su ropa muy ordenada encima de la cómoda. Lo miró en jarras mientras se bajaba los pantalones y se los quitaba. Esbozó una sonrisa cuando se fijó en la erección que se le marcaba en los calzoncillos.

Harrison frunció el ceño mientras intentaba interpretar su expresión. Si creía que sabía todo sobre London, se había equivocado. Ese era un aspecto nuevo de ella. Naturalmente, la mujer que era capaz de llevar las riendas en su trabajo también podía hacerlo en el dormitorio. Sintió impaciencia por ver qué era lo siguiente.

Se acercó a él, le agarró la cinturilla de los calzoncillos y se los bajó un poco por los muslos. Le tomó la erección con una mano. La caricia, aunque enérgica, fue indescriptiblemente maravillosa.

–Túmbate en la cama para que pueda quitártelos del todo.

–Sí, señora.

Harrison obedeció y le encantó cómo se le movían los pechos

mientras lo desnudaba. Ella, como un ser salvaje, lo miró entre los mechones de pelo mientras tiraba los calzoncillos a un lado. Entonces, se incorporó y volvió a mirarlo con las manos en las caderas.

–¿Preparado?

–Vuélveme loco con la lengua –gruñó él en un tono gutural.

London sonrió con sarcasmo. Le pasó las uñas por los muslos y a él se le secó la boca. Evidentemente, ella estaba al mando y él se moría de ganas por saber qué se avecinaba. Afortunadamente, no tuvo que esperar mucho.

El anhelo lo dominó cuando ella bajó los labios hacia la punta de la erección, pero se quedó a unos milímetros en vez de tomarla con la boca. La provocación era casi dolorosa y entendió que ella pensaba tomárselo con calma.

Soltó un improperio cuando ella la rozó con la punta de la lengua y arqueó las caderas cuando se la introdujo en la boca y volvió a sacarla. London le separó las piernas con las manos en las rodillas y se tumbó entre los muslos. Contuvo la respiración cuando le tomó los testículos con la mano y se la introducía en la boca húmeda y ardiente otra vez hasta que gruñó. Le lamió la erección de arriba abajo y el placer lo deslumbró.

No podía hablar, solo podía pensar incoherencias.

Estaba cayendo en un mundo boca abajo donde sus deseos y su placer eran menos importantes que la felicidad de ver la mirada de ella y darse cuenta de que estaba gozando al observar la reacción de él.

Aunque quería cerrar los ojos para concentrarse plenamente en las sensaciones que le recorrían el cuerpo, también era digno de contemplar su pelo sobre los muslos y sus labios alrededor de él. London lo miraba con un brillo en los ojos azules y se dio cuenta de que ella estaba disfrutando tanto como él. Le tomó la cabeza entre las manos cuando se dio cuenta de que se le contraía el abdomen. Intentó contenerse para que el momento durara más, pero las llamas lo devoraban por dentro. Volvió a lamerle la erección y sintió la primera oleada devastadora, y luego otra… Esa boca era una maravilla.

–Ya…

El clímax lo arrasó por completo, fue tan poderoso que lo dejó sin palabras y le paró el corazón. Durante unos segundos, una felicidad inenarrable lo arrastró entre jadeos y convulsiones.

Ni siquiera supo que había explotado hasta que ella le recorrió el cuerpo con los labios y llegó a la oquedad en la base del cuello

donde el pulso palpitaba bajo la piel.

–Increíble…

La voz se le quebró con esa palabra. Había recuperado bastante fuerza como para abrazar su cuerpo desnudo y besarla una y otra vez.

–Maldita seas… –Harrison le tomó la cara entre las manos y la besó con delicadeza en los labios–. Cumples tu palabra. Creo que he llegado a perder el conocimiento.

–Al parecer, disfrutas con cualquier cosa.

Él levantó la cabeza de la almohada y la miró con perplejidad.

–Si con «cualquier cosa» te refieres a tu maravillosa boca, tienes razón. Jamás había tenido un orgasmo como este –él repitió lo que le había prometido ella–. Es distinto contigo.

Ella se quedó estupefacta y empezó a rodearse de sus muros emocionales.

–No hace falta que digas eso…

–¿Te parezco alguien que dice lo que no piensa?

–No.

–Entonces, créeme cuando te digo que estoy deslumbrado. No sé qué me haces, pero me encanta.

–Tú también me haces cosas que me encantan –replicó ella mirándolo entre las pestañas.

London estiró su esbelto cuerpo y a él se le despertó el deseo otra vez. Entrelazó las piernas con las de ella y le besó ese punto del cuello que hacía que se estremeciera.

–Me alegra saberlo porque voy a pasar el resto de la noche haciéndote todo tipo de cosas, y creo que nos gustará a los dos.

Eran casi las dos de la madrugada y Everly estaba en su coche enfrente de la tienda veinticuatro horas y estaba abriendo el envoltorio del móvil prepago que acababa de comprar. Era importante que no la localizaran por la llamada que estaba a punto de hacer.

Llevaba dos días pensando ese paso, sopesando las ventajas y los inconvenientes y analizando si algo tan radical sería beneficioso para sus planes. Al final, había decidido que London merecía un castigo, que no haber usado el dispositivo para obtener la información del ordenador de Tristan demostraba que no solo habían cambiado sus prioridades, sino que tampoco era leal.

¿Cómo iba a vengarse Zoe si London no cumplía su parte del trato? Peor aún, ¿qué motivación iba a tener Zoe para hundir a

Ryan si no le pasaba nada a Tristan? Necesitaba que Zoe se vengara devastadoramente de Ryan por lo que le había hecho a Kelly.

Ella sí había cumplido su parte del trato y se sentía plenamente satisfecha, casi ronroneaba de placer por lo que había hecho. Había arruinado la vida de Linc Thurston durante el partido benéfico de polo, le había contado la verdad sobre su empleada doméstica y había acabado con ese idilio ridículo. En ese momento, cuando el pasado de Claire había quedado al descubierto y se habían desvelado todas sus mentiras y engaños, Linc se sentiría desolado y como un tonto por haber caído tan fácilmente en las redes de una oportunista tan evidente.

En cierto sentido, le había hecho un favor. Aunque no esperaba que le diera las gracias por haber localizado a la familia de Claire y haberles dicho dónde estaba ella. Ver la cara de Linc cuando se dio cuenta de que le había mentido fue maravilloso. Había planeado y llevado a cabo un plan impecable y el resultado había sido mejor de lo imaginado.

Sin embargo, no todo el mundo tenía esa tenacidad, y que London hubiese preferido su aventura con Harrison a la lealtad al plan lo había dejado claro como el agua. Tenía que pagarlo y lo pagaría. Pulsó un botón de su teléfono y se oyó la voz de London firme y convincente.

–He utilizado a Harrison para llegar a Tristan. No significa nada para mí, solo era un medio para alcanzar un fin.

Marcó un número en el teléfono y esperó a que saltara el contestador automático. Había elegido esa hora porque sabía que Harrison estaría ocupado con London. Los dos habían estado todo el rato juntos y, después de haberlos visto en el partido de polo, era evidente que Harrison estaba enamorándose de la organizadora de eventos, y que ella estaba enamorándose de él.

Pues enamorarse no era parte del plan. London debería haberse dejado la ropa puesta y haberse concentrado en lo que estaban intentando conseguir.

–Soy Harrison. No puedo atenderte en este momento, pero déjame un número de teléfono y un mensaje y te llamaré.

Ella sonrió y pulso el botón de su teléfono.

Capítulo Diez

London se despertó con la tenue luz de la mañana que se filtraba entre los visillos de su dormitorio. Le encantaba que las ventanas estuviesen orientadas al este porque despertarse con el amanecer le daba optimismo. Los tonos dorados, rosados y melocotón le permitían empezar el día de una forma tranquila. Muchas veces, salía a la terraza con una taza de café y aspiraba la brisa que llegaba del río.

Palpó a su lado y encontró la cama vacía y las sábanas frías. Suspiró, se sentó y se pasó los dedos entre el pelo despeinado. Se hacía una trenza por la noche, pero a Harrison le encantaba que le cayera el pelo sobre el cuerpo y a ella le encantaba cuando introducía los dedos entre los mechones.

Se levantó de la cama, se puso una bata de seda y siguió el olor a café que llegaba de la cocina. Sin embargo, al acercarse, oyó su propia voz.

–He utilizado a Harrison para llegar a Tristan. No significa nada para mí, solo era un medio para alcanzar un fin.

Se quedó paralizada con una opresión insoportable en el pecho al recordar cuándo hizo esa declaración. ¿Podía saberse que estaba haciendo Everly?

Harrison estaba con una mano apoyada en la encimera de mármol de la isla de la cocina y miraba fijamente el teléfono como si le hubiesen dicho que no podría volver a correr nunca más. Era el mismo aspecto de desolación que había tenido Linc en el campo de polo durante el brutal incidente con Claire.

Oyó un zumbido en los oídos y la vista empezó a nublársele. Debió de hacer un ruido, porque él se giró para mirarla.

–¿Qué es esto? –le preguntó Harrison levantando el teléfono–. ¿Por qué dijiste eso?

No tenía palabras para explicárselo aunque hubiese podido hablar.

–London… –a él se le quebró la voz al decir su nombre–. Creía que teníamos algo…

Tenía que hablar, él se merecía una explicación, pero ¿la escucharía? Ella no creía que lo hiciera si la situación fuese al revés…

–No es lo que parece…

–No me mientas. Quiero saber qué está pasando.

London tomó una bocanada de aire, fue hasta la isla de la cocina, apoyó las manos en la encimera y se inclinó hacia delante.

–Intento averiguar si tu hermano está ocultando dinero.

–¿Por qué?

Se mordió el labio inferior. Habían prometido que no dirían a nadie lo que estaban haciendo. Sin embargo, Everly había roto el pacto al mandarle esa grabación a Harrison. ¿Qué más podía hacer? ¿Hundirle la reputación a ella? ¿Difamar a ExcelEvent?

Al final, se impuso la cobardía.

–No puedo decírtelo.

Harrison la miró fijamente durante unos segundos interminables. El desconcierto y el disgusto se reflejaban en su expresión.

–¿Por qué? –repitió él.

–Porque no es un asunto mío.

–Entonces, ¿nosotros…? –la pregunta no formulada le apagó todo el brillo de los ojos–. ¿Era un medio para alcanzar un fin?

Podía intentar mentirle, pero él ya la conocía lo bastante bien como para no tragárselo.

–Al principio.

Él encajó el golpe sin inmutarse.

–Supongo que pretenderás que me crea que las cosas han cambiado.

–Han cambiado. Yo nunca habría…

London se calló porque no supo cómo terminar. No se reconocía a sí misma gracias al trato para vengarse.

–¿Nunca habrías…? –repitió él–. ¿No te habrías acostado conmigo? ¿No me habrías hecho creer que sentías algo de verdad por mí?

Aunque lo dijo en un tono inexpresivo, la tensión que se reflejaba en sus ojos y el músculo que se le contraía en la mandíbula indicaban lo que estaba sintiendo por dentro.

–Siento algo por ti.

Sin embargo, London supo mientras lo decía que era demasiado poco y demasiado tarde. Harrison la miró con unos ojos duros como el pedernal y a ella se le paró el pulso.

–No lo entiendes –siguió ella.

–Entonces, cuéntame qué está pasando –replicó él insensible a la

desesperación de ella.

–No puedo.

London, atrapada entre sus errores y las ganas de aclararlo todo, cerró los ojos y deseó poder remontar en el tiempo hasta aquel funesto acto de empoderamiento para las mujeres. ¿Cómo había llegado a creer que algo bueno podía salir de hacer algo malo?

–Quieres decir que no quieres.

–Es muy complicado.

Fue una excusa tan mala que no dio lástima. Harrison se cruzó los brazos y la miró con desagrado.

–¿Podrías explicarme al menos por qué estás haciéndolo?

Quizá sirviera de algo. No podía contárselo todo, pero quizá sí pudiera decir lo bastante como para que él lo entendiera.

–Estoy ayudando a una amiga. Tu hermano le hizo daño y estoy intentando…

Ahí se enturbiaba la historia. Ya no se creía que lo que estaban haciendo Everly, Zoe y ella fuese a servirle para algo a ninguna de las tres.

–¿Darle su merecido? –preguntó Harrison.

–Así empezó todo –contestó ella haciendo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

–¿Han cambiado las cosas?

–Sí y no. No hay duda de que Tristan es una mala persona que ha hecho cosas espantosas, pero no sé si la respuesta es hacer cosas espantosas a malas personas. ¿De qué le sirve a alguien darle su merecido?

–Soy el primero en reconocer que mi hermano ha sido despiadado y que yo no he querido ver muchas de las cosas que ha hecho.

London creyó, durante un segundo, que Harrison podría llegar a entenderla y a perdonarla, pero no vio compasión en sus ojos, solo arrepentimiento.

–Los comentarios que hiciste en el campo de polo sobre cómo gasta el dinero me hicieron pensar. No sé si se ha metido en actividades turbias, y espero que no tengan nada que ver con Crosby Automotive, pero es verdad que gasta mucho más que lo que ingresa –Harrison se frotó los ojos con una mano–. También sé que trató muy mal a Zoe. Ella no se merecía sus maltratos cuando estaban casados ni que la repudiara como hizo.

–Ella no tuvo ninguna aventura, eso se lo inventó Tristan para no pagarle una indemnización justa.

–Nunca pensé que la hubiese tenido y yo debería haberla

defendido, se merecía más de lo que recibió.

London no dijo nada y Harrison entrecerró los ojos.

–¿Estabas ayudando a Zoe? –le preguntó él después de un rato en silencio.

Ella, intuitivamente, quería confiar en él aunque no sabía para qué. ¿Esperaba que él la perdonara si sabía lo que habían tramado? Además, ¿qué le parecería lo que le había hecho Everly a Linc para vengarle a ella? ¿Qué pasaría si Everly se enteraba de que se lo había contado a Harrison? ¿Qué disparate haría?

–Cuéntamelo –Harrison suavizó el tono–. ¿Puede saberse qué está pasando?

London se mordió el labio inferior y se quedó paralizada por el miedo a las consecuencias. Hasta que dejó escapar un suspiro.

–Solo puedo decir que estaba intentando averiguar la verdad sobre la situación económica de tu hermano. Parece probable que esté ocultando dinero porque casi todo el mundo sabe que Zoe no recibió lo que se merecía ni mucho menos.

–¿Y cómo pensabas hacerlo? –preguntó Harrison.

–Tiene que guardar información de alguna manera. Pensé que si entraba en su ordenador, podría encontrar lo que necesitaba.

–Eso es absurdo –Harrison frunció el ceño–. ¿No pensaste que tendría el ordenador y los archivos protegidos con contraseñas?

–Tengo algo que, en teoría, puede saltarse eso.

–¿Qué?

Fue al bolso, sacó el dispositivo de memoria externa y se lo enseñó.

–Esto. Es una especie de programa especial que, en teoría, me permitiría burlar sus medidas de seguridad.

Harrison se acercó mirando fijamente el artilugio.

–¿De dónde lo has sacado?

London negó con la cabeza y le suplicó con los ojos que lo entendiera. Harrison apretó los dientes.

–¿Cómo funciona?

Ella se lo explicó y él extendió una mano.

–Dámelo.

London, mansa como un corderillo, se lo dio.

–Lo siento –susurró ella–. Por favor, no se lo digas a Tristan. Si se entera, todo empeorará para Zoe.

Él no se inmutó. Seguía furioso, pero ella esperaba que todavía la apreciara un poco y que no hiciese nada para perjudicarla.

Harrison le dio vueltas al dispositivo mientras lo miraba.

–Mi hermano no tiene por qué saber nada de todo lo que está

pasando, pero yo voy a quedarme esto y tú te mantendrás alejada de él.

El alivio se adueñó de ella. Retirarse de esa situación era lo que más le apetecía del mundo. Entonces, se acordó de que su problema no se reducía a Tristan. Everly le había mandado la grabación de su conversación como una advertencia. Todavía tenía que vérselas con ella.

–¿Qué vas a hacer con el dispositivo de memoria? –le preguntó ella.

–No lo sé –él se lo guardó en el bolsillo–. Lo único que sé en este momento es que tú y yo hemos terminado.

Harrison condujo por esas carreteras que conocía tan bien hasta Crosby Motorsports para buscar consuelo en lo que conocía y amaba. Siempre había recurrido a los coches y las carreras cuando las cosas se habían torcido. Había perdido la cuenta de las horas que había pasado de niño con una llave inglesa en la mano para desmontar algo y volver a montarlo. La razón de ser de las piezas que encajaban perfectamente en su sitio le daba seguridad.

Sin embargo, la vida y transitar por ella no era igual de fácil. Nada de todo lo que había vivido le había preparado para ver cómo se acercaba la colisión entre London y él. Ella lo había sorprendido por completo. Él iba por su trazado, creía que lo tenía todo dominado, y entonces, de repente, todo se le fue de las manos y tomó una dirección que podría haberlo estrellado contra un muro.

Las instalaciones de Crosby Motorsports habían sido más que su hogar durante casi dos décadas, habían sido el centro de su mundo. Sin embargo, esa noche, mientras aparcaba delante del taller de motores, su corazón no estaba allí.

Había esperado que el edificio estuviese vacío. La temporada había terminado y el equipo se marchaba a casa para descansar y estar con sus familias.

–¿Qué haces aquí?

Harrison vio a su tío que se dirigía hacia él desde detrás de una hilera de motores.

–Aclararme la cabeza.

–¿Qué tal está London? ¿Va todo bien?

–¿Por qué lo preguntas?

–Es la primera mujer que has traído por aquí desde hace mucho tiempo. Me imaginaba que era alguien especial. Además, con esa expresión de angustia que tienes, me ha parecido que algo iba mal.

Decidió aprovecharse de la experiencia que tenía su tío al estar casado con una mujer tan temperamental como Dixie.

–Cuando London y yo empezamos a salir, creí que nuestro mayor inconveniente iba a ser que nunca me daría una oportunidad porque yo no tenía las relaciones sociales que ella quería conseguir.

–¿Y ahora? –le preguntó Jack sin mostrar la más mínima sorpresa.

–Creo que ese problema todavía está ahí, pero no es el mayor de nuestros problemas.

Jack sacudió la cabeza con desagrado y, de repente, Harrison volvía a ser un adolescente ansioso por sentarse detrás del volante de un coche que no podía conducir.

–¿Crees por un segundo que si no hubiese peleado por Dixie estaríamos aquí? –le preguntó Jack–. Tu padre y yo teníamos la cabeza llena de sueños y los bolsillos vacíos de dinero cuando conocí a tu tía.

–Pero se casó contigo –le recordó Harrison.

–Lo dices como si nunca hubiese habido ninguna duda de que lo haría. Su padre me echó a patadas de sus tierras la primera vez que la hice llorar.

Harrison miró a su tío sin dar crédito a lo que había oído. Jack nunca le contaba nada sobre su vida personal, normalmente, se limitaba a hablar de la empresa o las carreras y él siempre había creído que había una buena historia que contar.

–¿La hiciste llorar? –él no podía imaginarse a su tía, dura como el acero, llorando–. ¿Por qué? ¿Cómo?

–Entonces no tenía la mano izquierda que tengo ahora.

Harrison resopló. Su tío solía contar historias, y cuanto más exageradas, mejor. No todo era completamente cierto, pero sí había lo suficiente como para sacar una moraleja. La clave estaba en saber lo que había que creerse.

–¿Qué pasó?

–Iba a presentarse en sociedad y quería que yo fuese su acompañante en el baile. Solo llevábamos unos meses saliendo y yo no era, ni mucho menos, el favorito de sus padres.

–¿Hiciste algo que la abochornó en el baile?

–No llegué a ir.

–¿Por qué?

–Por un orgullo ridículo –contestó Jack con una expresión de arrepentimiento–. Rechacé su oferta. Ella y yo éramos de mundos distintos. Yo creí que si la acompañaba, sería objeto de burlas y no quería que pasara por eso.

Harrison hizo una mueca de disgusto. Él pensó lo mismo cuando vio a London en el circuito de Richmond y le pareció evidente que ella no encajaba allí. Luego, cuando la vio con Tristan en la fiesta de Crosby Motorsports, se le pasó por la cabeza que ella podría preferir a alguien con las mismas relaciones profesionales y sociales.

–¿Y por qué empezaste a salir con ella?

–Porque dio un vuelco a mi vida. No podía separarme de ella, como no podía dejar de respirar. Ella era mi corazón y el motivo para que me levantara todos los días.

A Harrison le pareció que esas palabras podría haberlas dicho él…

–Entonces, ¿qué pasó cuando rechazaste su invitación para ir al baile?

–Había infravalorado lo fuerte que era y lo decidida que estaba. Le daba igual lo que pensaran los demás, ella estaba orgullosa de mí y quería que todo el mundo lo supiera –Jack pudo un gesto de arrepentimiento y Harrison vio que todavía, treinta años después, a su tío le habría gustado actuar de otra manera–. Pareció que yo creía que ella se había equivocado al elegir y que no confiaba en ella.

–Debió se superarlo porque se casó contigo.

–Me costó un año.

Él podía imaginarse lo que tuvieron que ser esos meses para su tío. En ese momento, él estaba sintiendo la angustia de la separación.

–Tenías que estar muy enamorado de ella para haber aguantado tanto tiempo peleando –comentó Harrison.

–Creo que al principio de ese año no entendía lo que estaba sintiendo. Además, si hubiese estado enamorado de verdad o, mejor dicho, si hubiese estado dispuesto a olvidar mi cabezonería y a dejarme llevar por los sentimientos, podría haberme ahorrado mucho sufrimiento.

Harrison no quería pasarse un año separado de London y reflexionando.

–¿Por qué insististe durante un año si te había rechazado?

–Porque estar sin ella me dolía, y no solo a mi ridículo orgullo. Intenté alejarme, pero no lo conseguí más de un par de semanas. La vida me parecía desoladora enseguida. También hacía que me sintiera más empeñado en ser digno de ella. Entonces fue cuando Crosby Automotive empezó a despegar. Dediqué toda mi desesperación, mi miedo y mi alegría a conseguir algo de lo que pudiera sentirme orgulloso. Creía que podría recuperarla si era rico

y triunfador.

–¿No dio resultado?

–No. Las cosas empeoraron. Cuanto mejor iba Crosby Automotive, más seguro de mí mismo estaba yo y menos caso me hacía ella.

–Entonces, ¿qué tuvo que pasar? –preguntó Harrison, a quien no le gustaba la dirección que estaba tomando la historia.

–Ella empezó a salir con un tipo que era perfecto para ella, un tipo de una familia adinerada y bien relacionada –Jack puso una expresión dura–. Yo caí en un pozo durante un par de semanas.

–¿Y cómo saliste de él?

–Puse en la balanza mi orgullo o ser feliz el resto de mi vida.

–¿Y? ¿Qué tuvo que pasar?

–La conversación más difícil de toda mi vida. Tuve que abrirme completamente a ella. Mis miedos, mis esperanzas, que ella hacía que mi vida mereciera la pena y que quería ser digno de su amor.

Jack lo dijo con una emoción muy intensa incluso treinta y cinco años después, y eso hizo que la desdicha de Harrison fuese mayor. Tenía un nudo en la garganta y no pudo hablar durante un rato, pero su tío siguió.

–¿Merece la pena luchar por lo que sientes por ella?

¿Podría vivir sin London? Seguramente, sí. ¿Sería mínimamente divertido? No lo creía. Pilotar coches de carreras había sido su pasión y su objetivo durante mucho tiempo. Jamás se le había ocurrido pensar que había sacrificado algo por estar en lo más alto, pero ¿era verdad?

Con London había empezado a pensar en tener una familia e hijos, y estaba claro que había dejado de pensar solo en las carreras. Lo revelador del asunto era que no le importaba, que, en realidad, había empezado a pensar que quería hacer cambios en el calendario del año siguiente para estar más tiempo con ella, que sospechaba que si el asunto de su hermano no se hubiese metido por medio, ya estaría buscando los anillos de compromiso.

–Durante mucho tiempo creí que sí, pero ya no estoy seguro.

Harrison sintió una opresión en el pecho solo de pensar en alejarse de ella, pero no sabía cómo olvidarse de que lo había utilizado. Nunca había sido rencoroso, pero tampoco creía que pudiera volver a confiar en ella.

Capítulo Once

London, abatida y apagada, entró en el Cocktail Club de la calle King y vio, entre la animada clientela, que su amiga Maribelle había conseguido dos sitios en la barra.

–¡Caray! –exclamó Maribelle mientras London se sentaba en el taburete–. Tienes un aspecto espantoso –añadió mirando a su amiga con los ojos entrecerrados–. ¿Vas a contarme de una vez lo que ha pasado?

Habían pasado diez días desde aquella mañana atroz cuando Harrison recibió la grabación de Everly. London empezó a contárselo y el rostro de Maribelle fue expresando distintas sensaciones, desde el asombro a la irritación pasando por la preocupación, pero no dijo nada hasta que la historia de London llegó a su amargo final.

–No va a dirigirme la palabra otra vez.

London remachó el último clavo del ataúd donde yacía la historia de amor más increíble de su vida.

–Y no me extrañaría –replicó Maribelle con el ceño fruncido–. Yo también estoy tentada de no volver a dirigirte la palabra.

London sabía que no lo decía de verdad, pero se quedó en un silencio culpable.

–Sabes que no puedo beber eso –se quejó London mientras servían el tequila con sal y limón–. Acuérdate de lo que me pasó la última vez.

–Me acuerdo y vas a beber hasta que estés lo bastante bebida como para que llames a Harrison, le cuentes toda la historia y luego le pidas perdón. Además, te llevaré a casa y te sujetaré el pelo mientras vomitas. Eso es lo que hacen las buenas amigas.

–Te quiero –murmuró London sin ver casi por las lágrimas que le nublaban la vista.

–Ya lo sé. Ahora, bebe.

London tardó una hora y cuatro vasitos de tequila, uno detrás de otro, para encontrar la seguridad en sí misma que necesitaba.

–Lo lamentaré mañana por la mañana –murmuró London

mientras sacaba el teléfono.

–Lo sé –replicó Maribelle–. Ahora, llama.

Desbloqueó el teléfono y buscó el número de Harrison bajo la atenta mirada de Maribelle. Lo pulsó con el corazón saliéndosele del pecho. Estuvo a punto de echarse atrás, hablar con Harrison después de lo que le había hecho era lo más difícil que había hecho en su vida, pero le debía la verdad y mucho más.

–Creía que no volvería a saber nada de ti.

London estuvo a punto de sollozar cuando oyó la voz de Harrison y se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar.

–London… ¿Estás ahí o me has llamado sin querer mientras estás pasándotelo bien? Parece que estás en una fiesta…

–No estoy pasándomelo bien –ni mucho menos, lo echaba de menos–. Tengo que contarte algunas cosas. ¿Podemos quedar para que te explique algo?

Él se quedó tanto tiempo en silencio que ella creyó que iba a rechazarla.

–Estoy en casa…

–No puedo esta noche –ella miró la fila de vasitos vacíos–. Esta noche voy a encontrarme fatal.

Él volvió a quedarse un rato en silencio.

–Entonces, ¿mañana por la tarde?

–¿A las dos?

–A las dos.

La línea se cortó y London se tapó la boca con la mano antes de salir corriendo al cuarto de baño.

Al día siguiente, poco después de las dos, Harrison abrió la puerta de su ático y maldijo a su corazón por encogérsele de esa manera al ver a London. Estaba pálida y tenía los ojos rojos y el moño torcido. Para su desasosiego, su primer impulso fue abrazarla en vez de soltarle todo su enojo. Ella lo miró fijamente mientras él se apartaba y le hacía un gesto para que entrara.

Cuando cerró la puerta, pareció que el recibidor se encogía. Se sintió asaltado por los recuerdos de todas las horas tan felices que habían pasado allí, de las noches interminables devorándose el uno al otro, de las apacibles mañana de domingo cuando charlaban delante de un café, un cruasán y una tortilla.

–Gracias por dejarme venir –murmuró ella.

Harrison se metió las manos en los bolsillos. No iba a tocarla, no

iba a consolarla por muy delicada y vulnerable que pareciera. No iba a perdonarla o a decirle que no había pasado nada porque no era verdad.

–Dijiste que querías explicarme por qué ibas detrás de mi hermano –gruñó él–. Adelante.

–Lo haré, pero antes quiero decirte algo –London le clavó los preciosos ojos azules–. Cuando estoy contigo, siento… todo. No había esperado que me hicieras desear y necesitar tantas cosas. No me di cuenta de que una vez que hiciésemos el amor, yo ya no podría dar marcha atrás.

Todos los músculos se le pusieron en tensión y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no reaccionar. Todas las palabras de ella expresaban lo mismo que había sentido él.

–Solo quiero estar contigo –ella agitó las manos con la elegancia de una bailarina–. Hacías que me sintiera hermosa y satisfecha, me ofrecías un sitio seguro donde abrirme y mostrar mi vulnerabilidad.

–Eso no es una explicación para que me utilizaras –replicó él, que tenía el corazón tan desgarrado que le costaba contener la impaciencia.

La expresión de ella fue de pura consternación.

–No me atrevía a decirte lo que estaba sintiendo por miedo a que me odiaras.

–Jamás podría odiarte…

Al contrario, la amaba y se quedó atónito al darse cuenta. Durante días, había desoído a esa parte de sí mismo que se había percatado de los indicios.

–Harrison, lo siento. Hice algo espantoso.

¿La amaba? ¿Cómo era eso posible después de lo que le había hecho? ¿Acaso no sabía ella que él habría hecho cualquier cosa que le hubiese pedido? Ella sería siempre su debilidad.

–Siento terriblemente haberte hecho daño –dijo ella con un hilo de voz y atragantada por las lágrimas–. Quiero contártelo todo.

La llevó a la sala y se sentaron juntos en el sofá.

–Todo empezó cuando hace unos meses conocí a Zoe y a otra mujer, Everly Briggs, en un acto social. No nos conocíamos y las tres guardábamos rencor. Linc acababa de romper nuestro compromiso, el divorcio de Zoe iba fatal y Everly nos aseguró que su hermana había acabado en la cárcel injustamente –London dobló los dedos con un gesto de crispación–. No sé quién fue la primera que tuvo la idea de vengarnos de nuestros ex, pero Everly la acogió con muchas ganas y nos contagió su entusiasmo.

A Harrison le fastidió que el dolor por la ruptura hubiese llevado

a London a hacer algo tan imprudente.

–Zoe tenía miedo a Tristan y yo no quería manchar mi reputación por hacerle algo a Linc y parecer vengativa. Por eso… –London resopló–. Como éramos unas desconocidas que nos habíamos conocido por casualidad, decidimos ocuparnos del hombre de otra. Everly se ocuparía de Linc en mi nombre, yo me ocuparía de Tristan y Zoe hundiría a Ryan Dailey en nombre de Everly.

Harrison, a pesar de lo tremenda que le parecía la historia, también veía cierta lógica.

–Entonces, ¿quién me mandó la grabación de tu voz?

–Everly. Quería que me odiaras –London lo miró con nerviosismo–. Vio que estabas convirtiéndote en alguien muy importante para mí.

Su traicionero corazón se alegró cuando sintió que se le disipaba parte de la rabia por esa confesión y el anhelo por abrazarla fue más intenso todavía, pero se contuvo. Aunque estaba claro que la deseaba, quería que le diera una explicación completa antes de decidir cuál sería el paso siguiente.

–Entonces, ¿cómo están las cosas ahora?

–No lo sé. Evidentemente, yo no cumplí mi parte del trato y ya viste cómo reaccionó Everly –London hizo un gesto de desagrado–. Lo siento mucho por Zoe. Lo que le pasó a ella es lo peor que nos ha pasado a las tres.

–¿No dijiste que la hermana de Everly fue a la cárcel?

–Sí, pero, según lo que he podido averiguar, hizo algo ilegal. Es posible que Ryan Dailey no hubiese tenido que llegar tan lejos como para demandarla, pero su empresa perdió millones por culpa de ella y estaba en su derecho.

London se quedó en silencio con una expresión abatida que derribó todas las murallas que había levantado contra ella.

Esos sentimientos sombríos habían hecho que hiciese cosas irracionales, como no las había hecho nunca. Se giró y tomó un sobre.

–Toma.

–¿Qué es? –le preguntó ella mirándole a él y al sobre alternativamente.

–Ábrelo y lo verás.

London levantó la tapa y miró dentro.

–Parece información bancaria.

–La información bancaria de mi hermano –concretó Harrison–. Resulta que Tristan tenía cuentas secretas en paraísos fiscales y

sociedades pantalla para traer dinero a Estados Unidos. No sé si le servirá de algo a Zoe, pero no era justo que Tristan le ocultara las cuentas.

Ella sacó algunas páginas y las hojeó mientras él hablaba.

–¿Por qué lo has hecho?

–Trató muy mal a Zoe.

No era el único motivo, pero tampoco estaba preparado para decir nada más. Lo había meditado mucho antes de decidirse a traicionar a su hermano con el dispositivo de memoria externa y de robarle los archivos.

–Es mucho dinero –comentó London–. ¿De dónde crees que ha podido salir?

La pregunta le había tenido desvelado. Todavía no sabía qué hacer con la información, pero sí sabía que tenía que hablar con su padre y su tío.

–Creo que ha estado blanqueando dinero.

–¿Dinero de quién?

–De narcotraficantes. De la mafia rusa. Me cuesta decirlo.

Cuanto más había analizado la información, más radicales habían sido sus conclusiones y más le había preocupado las posibles repercusiones para Crosby Automotive.

–No creerás en serio que tu hermano ha estado haciendo algo ilegal, ¿verdad? –le preguntó ella con los ojos como platos–. ¿Cómo es posible…?

–Crosby Automotive compra casi todos los componentes a fabricantes extranjeros y mi hermano es el encargado de decidir a qué empresas compramos. No sería complicado que desviara sobornos a esas cuentas en paraísos fiscales.

–¿Pero necesita más dinero del que recibe?

–Ya has visto sus casas y sus aficiones. A Tristan le gusta vivir como a un multimillonario. Si te comportas como si tuvieses una fortuna, la gente tiende a creérselo –Harrison imitó el tono jactancioso de su hermano–. Sin embargo, parece ser que cada vez tenía más deudas.

–¿Lo que ha estado haciendo ha puesto el peligro a Crosby Automotive?

–No lo creo.

Harrison esperaba que no, pero era algo que tendría que aclarar durante los meses siguientes.

London volvió a guardar las hojas en el sobre.

–¿Cómo podré agradecértelo?

–No hace falta. Lo que Tristan le hizo a Zoe estuvo muy mal.

Ella le puso una mano encima de la suya y él sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Apretó los dientes para contener las ganas de sentársela en el regazo e introducirle los dedos entre el pelo. Le miró los labios carnosos. Si la besaba una vez, volvería a caer hechizado, pero…

–Siento todo lo que hice –se disculpó ella.

–Verás, he empezado a entender tus motivos.

–Mis motivos originales –le corrigió ella–. Las cosas cambiaron cuando te conocí.

La sangre le bulló cuando ella se acercó más y el brillo suplicante que vio en sus ojos terminó de socavarle la fuerza de voluntad.

–Lo entiendo, pero no puedo hacer como si no hubiese pasado nada.

–No te lo reprocho –ella lo miró entre las pestañas–, pero solo quiero que sepas que me has cambiado como nunca me imaginé que fuese posible.

–London…

Harrison empezó a inclinarse antes de que él mismo se diera cuenta. El olor de su perfume lo atraía más todavía.

–Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero ¿alguna vez podrás…?

Ella se mordió el labio inferior y no pudo terminar la pregunta.

–¿Perdonarte?

Él estaba a punto de olvidarse de todo menos de las ganas que tenía de ahondar en su pasión mientras ella le pasaba la mano por el hombro.

–Si hay alguna manera de volver a donde estábamos –siguió ella–, o de pasar a algo mejor, solo tienes que decirme lo que tengo que hacer.

Harrison se pasó los dedos por el pelo mientras resoplaba y se debatía entre el anhelo hacia ella y la fe en ella que había quedado hecha añicos.

–Mi tío me contó una historia sobre algo que hizo mal cuando salía con Dixie y pasó todo el año siguiente intentando reconciliarse con ella.

–Si crees que tardarás un año en perdonarme –ella ya estaba tan cerca que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para rozarle la oreja con los labios–, haré lo que haga falta.

Harrison se estremeció cuando la voz ronca de ella le reverberó por el cuerpo.

–¿Te has comprometido sin saber si podría volver a confiar en

ti?

–Confío en que siempre serás justo conmigo –ella ladeó la cabeza para mostrar su convicción–. Merece la pena correr el riesgo.

–Pues cuando empezamos a salir tenía la impresión de que no opinabas lo mismo.

–¿Que merece la pena correr el riesgo? –ella sacudió la cabeza–. Es posible que muy al principio te juzgara por lo que haces para ganarte la vida, pero, en cualquier caso, estabas dispuesto a darme una oportunidad.

Una mujer cariñosa y dispuesta estaba subiéndole la mano por el muslo y él no entendía por qué seguía hablando, pero si bien su cuerpo estaba al límite, su corazón no se había repuesto todavía.

–Tenías unas piernas fantásticas.

–Pero no era tu tipo –London sacudió la cabeza–, ¿verdad?

–No, eras demasiado reservada.

Los dos sonrieron por lo mucho que había cambiado eso y cada vez iban quedándole menos dudas a Harrison.

–Si eso era verdad, ¿por qué me abordaste en la fiesta de la fundación? –preguntó ella inclinándose más sobre él.

–¿La verdad? –él suspiró cuando sintió sus pechos en los brazos–. Porque parecías atraída por Tristan y quería protegerte de él.

–¿De verdad? –ella se apartó un poco y sacudió la cabeza sin poder creérselo–. Entonces, si no hubiésemos tramado ese maldito plan contra tu hermano, no habríamos salido juntos.

–Es posible que sí –replicó él aunque no lo creía.

–Me extrañaría –insistió ella–. Éramos muy distintos.

Si bien le había llamado la atención en aquel acto, al principio había considerado que ella no era su tipo. Los dos habían estado a punto de permitir que sus prejuicios se interpusieran en algo increíble.

–Eso significa que, por una ironía del destino, esa conspiración vengativa nos unió –añadió ella.

–Efectivamente, eso parece –reconoció él después de pensarlo un rato.

–Me alegro, no me arrepiento ni de un solo segundo de los que pasé enamorándome de ti.

–¿Haciendo qué? –preguntó él al no dar crédito a lo que había oído.

A ella pareció sorprenderle que no lo supiera ya.

–Me he enamorado de ti –repitió ella con más confianza y poniéndose de rodillas para tomarle la cara entre las manos–. Te

amo, Harrison Crosby. Eres fuerte, considerado y sexy, eres el mejor hombre que he conocido en mi vida.

London dejó de halagarlo y lo miró con detenimiento para captar su reacción. Cuando las miradas se encontraron, a Harrison ya no le quedaba ni una duda. Esa era la mujer con la que tenía que estar. La prueba era la expresión franca de ella y que a él el corazón le latía estruendosamente. Esa vez, no pudo contener las ganas de rodearla con los brazos.

–Te adoro –murmuró él con la cara en su pelo–. Me has enseñado lo que siempre me había faltado en mi vida y ya sé que nunca seré feliz sin ti.

Él oyó y notó que ella dejaba escapar un suspiro cuando sus bocas se unieron, pero, acto seguido, se abrió paso en su boca con la lengua. Él dejó que tomara la iniciativa y se deleitó con esa voracidad que lo desarbolaba y lo ponía a mil.

Introdujo las manos por debajo de su jersey y no encontró ninguna prenda de ropa. Los dos gruñeron cuando le pasó los pulgares por los pezones endurecidos. Cambiaron de posición y ella quedó de espaldas con los muslos separados y las piernas entrelazadas con las de él. Harrison consiguió dominar por un momento el anhelo apremiante y le apartó unos mechones sedosos de la cara.

–Quiero casarme contigo, London.

–Yo también quiero casarme contigo, Harrison.

–¿No quieres pensártelo?

Él la miró con detenimiento para ver si encontraba algún atisbo de duda, pero solo encontró amor y confianza en sus ojos.

–Soy mejor persona cuando estoy contigo –contestó ella–. ¿Por qué iba a renunciar a eso? –ella sonrió y fue lo más maravilloso que él había visto en su vida–. Vas a tener que cargar conmigo.

–Me parece que vemos a tener que cargar el uno con el otro.

–Además, no quiero un noviazgo largo.

–Todos los días salen un montón de aviones a Las Vegas desde el aeropuerto de Charleston.

La idea la sorprendió desprevenida, pero enseguida esbozó la sonrisa más maliciosa.

–En este momento, me siento la mujer más afortunada del mundo, y esa idea me parece fantástica.

Él lo había dicho medio en serio y medio en broma, pero asintió con la cabeza cuando ella le siguió el juego.

–¿Tú y yo solos?

–¿Te importaría que invitara a Maribelle y Beau? Creo que me

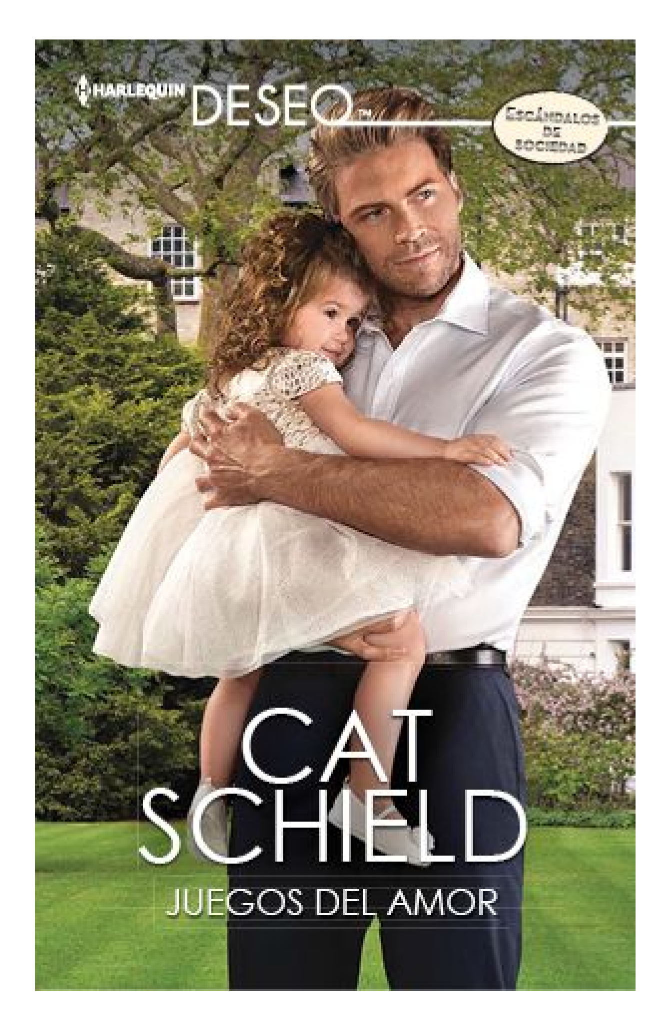
mataría si me casara sin ella.

–Vamos a llamarla.

–Más tarde –London le besó el cuello mientras lo agarraba del trasero–. Ahora, quiero hacer el amor contigo.

Harrison asintió con la cabeza y la besó para deleitarse con la dulzura de su boca. Ella sonrió, se contoneó contra la erección y disparó el deseo de los dos. Harrison sabía que acabarían en la cama, pero le gustó tontear un rato en el sofá como si fuesen unos adolescentes.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


HQN™
SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN
Atardecer en Central Park
"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio…El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón…Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

Cómpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SUSAN MALLERY
Lo mejor
de mi
amor

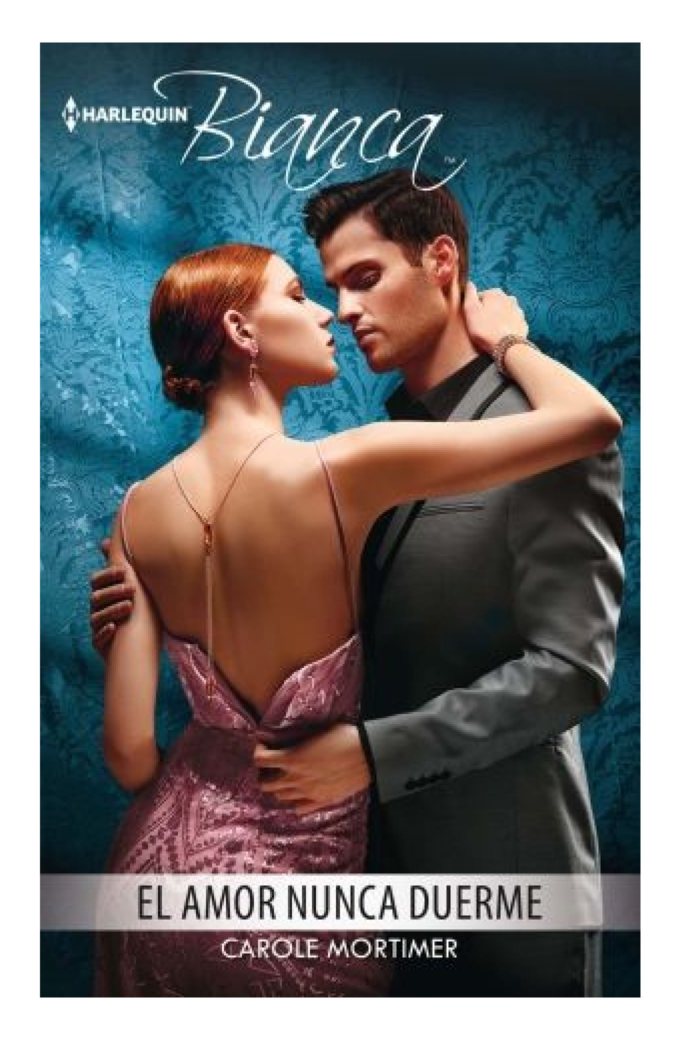
Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo?Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes… y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo.A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole
9788491881360
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Durmiendo con el enemigo…A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería…. ¡dispuesta y anhelante en su cama! Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él… pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos…

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN Deseo
Entre DIAMANTES
Por un millón de dólares
Maxine Sullivan

Por un millón de dólares

Sullivan, Maxine
9788467189650
192 Páginas

Tercero de la serie. Durante años, la modelo Briana Davenport había luchado contra la tentación… en forma de seductor de metro ochenta e increíbles ojos azules. Jarrod Hammond pertenecía a una familia enemistada con la empresa para la que ella trabajaba y, por lo tanto, era intocable en todos los sentidos.Pero cuando descubrió que su padre necesitaba un millón de dólares para evitar la cárcel, Briana no tuvo más remedio que pedir ayuda al empresario australiano. Y, después de una inolvidable noche de pasión como amante del millonario, ¿cómo podría decirle adiós?

Cómpralo y empieza a leer


Deseo
Novias
BARBARA DUNLOP
Tentaciones y secretos
HARLEQUIN

Tentaciones y secretos

Dunlop, Barbara
9788491881551
192 Páginas

Estaba dispuesto a hacer lo posible por recuperar a su hijo.Después del instituto, T.J. Bauer y Sage habían seguido caminos distintos. Un asunto de vida o muerte volvió a reunir al empresario y a la mujer que había mantenido en secreto que tenía un hijo suyo. Pero T.J. no quería ser padre a tiempo parcial. El matrimonio era la única solución… hasta que el deseo reavivado por su esposa, que lo era solo de nombre, cambió radicalmente lo que estaba en juego.

Cómpralo y empieza a leer